

Andrés Neuman

La vida en las ventanas



Lectulandia

A comienzos de la era internauta, desde alguna provincia española, un estudiante universitario le escribe insistentemente a alguien que no contesta. A través de sus agudos correos, va avanzando como un detective de las emociones hasta tejer un sutil juego de espejos e identidades donde ficción, virtualidad y memoria son espacios vecinos.

Las peripecias de este narrador en la estirpe de Salinger, con su voz intensa, sarcástica y lúcidamente inmadura, trazan un retrato de la furia melancólica de la juventud, a la vez que ofrecen una crónica del decisivo interregno que tuvo lugar entre el mundo analógico y el de las redes sociales. La angustia del futuro, en una sociedad que finge adorar a sus jóvenes mientras les cierra las puertas, se combina con la búsqueda de un territorio propio.

Andrés Neuman

La vida en las ventanas

ePub r1.0

Titivillus 01-01-2021

Título original: *La vida en las ventanas*
Andrés Neuman, 2002

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

A:> El correo del náufrago

Imposibilidad de sentir, estrategia del vacío.

GILLES LIPOVETSKY, *La era del vacío*

La soledad ocupa tanta gente
que el nombre que no tienes me acompaña.

ROBERTO JUARROZ, *Poesía vertical*

Ayer resucité. No estuvo mal. No hay grandes cosas que hacer, los domingos.

Afuera han empezado a limpiar la piscina. Los vecinos se asoman de vez en cuando a las ventanas, como para presionar al jardinero. Por mí puede tomarse todo el tiempo que quiera. Verlo trabajar me tranquiliza. Arrincona las hojas que han caído en la superficie, cuela el agua con una paciencia adormecedora, pasa un aspirador por el fondo y vuelta a empezar. Cuando se marcha, el agua va aquietándose. Avanzada la tarde, toma un brillo de pantalla. Nadar en la piscina se parece bastante a navegar por la Red. Es silencioso. Es fresco. Es fácil sumergirse. Y muy fácil ahogarse.

Mi madre acaba de llegar y ni siquiera me ha mirado. Vete a saber qué ha hecho con su antiguo entusiasmo. Admito que yo tampoco me he levantado a saludarla. Llamémoslo empate.

No espero que me llames uno de estos días, pero siento cierta curiosidad: ¿qué haces con tu vida, Marina? Te imagino ocupadísima, estudiando para esas oposiciones que nunca llegan. Lo comprendo, de veras, lo comprendo. Aun así, me permito añadir que es de buena educación responder de vez en cuando los correos.

Anoche vi un anuncio que me dejó impresionado. Un hombre y una mujer avanzaban de la mano por encima del mar. No quiero decir que volaran. Sencillamente caminaban como nosotros, solo que ellos lo hacían sobre el agua. Lo que más me impactó fue que al fondo de la imagen, a los costados, en el cielo, por todas partes había un color blanco. Un color blanco y nada más. Una pareja había conseguido el milagro de andar entre las olas, pero no tenía ningún horizonte hacia el que dirigirse.

Qué idiotez.

En fin, pronto estará lista la cena. Me inquietan las comidas con mi madre. De vez en cuando recupera cierta iniciativa y me pregunta cómo estoy, qué hago, con quién voy, esa clase de amabilidades que suelen terminar en y por qué no te buscas un trabajo, ya que no vas a tomarte en serio los estudios. ¿Tomarme en serio los estudios? Prefiero ser inútil que carne de cañón.

Si no tienes tiempo para salir, a lo mejor podría hacerte una visita. Tu casa me encantaba. Sobre todo el balcón. Las vistas eran una mierda —mis disculpas— pero ahí estaban tus flores, yo diría que jazmines y ciclámenes y algunos pensamientos. En primavera daba gusto asomarse a ese balcón. Era como entrar en el cuarto de los aromas. Pensarás que lo que me interesaba era terminar desnudos contra los azulejos. Y sin embargo, créeme, lo que tengo más presente es el perfume, una mezcla sin nombre que podría identificar entre cien jardines. Será porque aquí en casa solo tenemos tres macetas secándose, o porque a estas horas empiezo a divagar un poco, o yo qué sé. El único problema es que las vistas eran una mierda.

Me voy. Te llamo. No, mejor te escribo. Así pienso mejor lo que te cuento. Contéstame si puedes. Localizarte en el móvil es una quimera: siempre aparece ese buzón de voz. ¿Has pensado qué cosa más extraña es un buzón con voces?

Mi madre está gritando. Si no se comporta, se quedará sin postre. Te escribo de nuevo mañana o pasado,

Net

[http://www.?](http://www.)

Conéctate con nosotros.

Consigue tu e-mail gratis.

Es curioso comprobar, querida Marina, cómo cambian las familias conforme envejecen. Casi todas comienzan con los mejores propósitos, pero acaban desenmascarándose en cuanto la autoridad se tambalea: entonces inventamos cuentos sobre los paraísos de la infancia. Hace un rato presencié cómo mi madre le prohibía a Paula ir a dormir con su novio. Yo no tenía ganas de intervenir en la discusión, aunque lo cierto es que mi hermana hubiera necesitado algún apoyo para ganar esa batalla. ¿Por qué no la ayudé? Misterio. Esas cosas se hacen o no se hacen.

Un momento, un momento. Se me ocurre una explicación honrosa. Por lo menos una. No intervine porque sospechaba que, en realidad, el instigador de la prohibición estaba ausente. Mi padre había transmitido ciertas opiniones, y estaba en la empresa o donde fuese. Yo hubiera querido ayudar a mi hermana para que se rebelase frente a él, no para hundir más a mi madre. Para hundirse, mi madre no precisa la colaboración de nadie. Así que me callé y me limité a seguir el intercambio de berridos como un partido de tenis.

No sé si recuerdas cómo es mi hermana. En la época en que nos veíamos, mi padre no tenía que desviar la vista de su escote para mirarla a los ojos. Paula siempre había sido una hija dócil. Sacaba buenas notas. Se acostaba temprano. Decía sí y decía bueno. Últimamente no dice nada, desaparece con sus amigos de las motos y vuelve de madrugada con olor a marihuana en el pelo. Nada grave. El caso es que ahora le ha salido a mi madre con que ella también tiene derecho a la intimidad y, en fin, para eso espérate a pagar tu propia casa y ya decidirás entonces qué se puede y qué no se puede hacer, etcétera y etcétera. Aburridísimo. Lo malo de recibir una educación tan previsible es que consigue que dejes de pensar en ella. Memorizas tan bien sus principios, sus lemas recurrentes, que ya no significan nada cuando te los repiten.

Evadámonos.

El otro día encontré una página sobre cine mudo. La información parece infinita, el diseño no es demasiado torpe y las imágenes se cargan rápido. Por si te interesa, la dirección es www.charlot!.com. Me acuerdo de cuando nos colábamos en las sesiones del cine club. Hace poco volví a intentarlo y

estuvieron a punto de echarme a patadas. Yo resistí en mi papel. Juré que acababa de salir de la sala para hacer una llamada urgente. A ver tu entrada, entonces, dijo el corpulento individuo que me cerraba el paso. La he perdido, le contesté, uno nunca se queda con esos papelitos. El individuo corpulento me miró fijamente y prefirió dejarme pasar, porque la gente de la cola empezaba a impacientarse con nuestra discusión. No fue tan divertido. El peligro resulta diferente en compañía: cada uno teme por el otro.

Fin del archivo: lo copio y pego tal cual. ¿Lo malo, si breve, mitad de malo? Salgo un rato al bar de Xavi. Al fin y al cabo, estoy en deuda con él. Le debo hasta el apodo. Ya sabes que empezó a llamarme así en la Facultad, por mi adicción a Internet y al correo electrónico. A nuestros compañeros les hizo gracia, y hoy casi nadie sabe cómo me llamo. Algún día podrías venir conmigo al bar. No ha cambiado mucho. Las copas siguen siendo relativamente baratas y objetivamente malas.

Salud,

Net

[http://www.?](http://www.)

Conéctate con nosotros.

Consigue tu e-mail gratis.

Y si tanto te molesta, ¿por qué no vives solo?, me repitió mi padre, dando golpecitos de capataz en la mesa. No te imaginas el placer que me produjo responderle: Ya vivo solo.

Lo raro es que con eso se tranquilizó. No dijo una palabra más, se levantó lentamente y se encerró en el despacho. Me molesta que haga eso porque, al fin y al cabo, uno siente algo de culpa. La culpa de haber sido el último en hablar.

Te lo creas o no, esta semana final de curso he asistido a clase. No es que esté reformándome, pero empezaba a cansarme de la calle y la idea de quedarme en casa tampoco me parecía demasiado atractiva. Así que quien suscribe madrugó heroicamente. Y allí estaba yo el lunes, a las ocho y media en punto, con todos mis carnés en el bolsillo, en la cafetería de la Facultad. A media mañana, armado de cafeína, conseguí entrar en el aula y asistí a varias clases sin arrepentirme: te doy mi palabra. ¡Incluso tomé apuntes!

Jugar a ser estudiante resulta, cómo decirte, de lo más teatral. No olvide, joven, que en este escenario está usted preparándose (entonan las togas). ¿Preparándome para qué? (pregunta inquieto el joven estudiante, con los bolsillos repletos de carnés). Bueno (carraspean las togas), esa ya es otra cuestión. Unos años después vemos aparecer a nuestro joven algo más gordo, ganándose la vida de alguna manera, o mejor dicho de cualquier manera. En el fondo siente que alguien lo ha engañado, pero no termina de encontrar culpables y tampoco queda tiempo. (Las luces van apagándose. Telón. Débiles aplausos).

Cuando estoy en el aula suelo acordarme de uno de mis autores predilectos. Lo cual confirma, por cierto, la utilidad de asistir a clase. Gombrowicz afirmaba que un joven sabe que todavía es tonto. Y que, si no lo sabe, es incluso más tonto. Gombrowicz fue un joven asmático que estudiaba Derecho para seguir recibiendo el dinero de su padre. La juventud, escribió más tarde, es inferior a la edad madura. Es más crédula, más débil, más indolente, y solo es superior en una cosa: en la juventud. ¡Elemental, Witold! Quizá por eso él, maduro hombre inmaduro, se follaba a tantos jovencitos. ¿Te imaginas si Gombrowicz nos viese ahora, en pleno año 2000? Él, que se

burlaba de los cachorros del 68. Nuestro nuevo milenio no le daría risa, sino un ataque de asma. *No logo*. Este lema, amigos, lo ha financiado X. Los héroes del mañana: ¿y mientras tanto? Se es joven, pero paciencia.

Ahora bien. Si nuestro estudiante acepta la farsa, se acostumbra al escenario y decide gozar el presente sin pensar en su lamentable futuro, entonces intentarán domesticarlo precisamente con el pretexto de que está preparándose para el futuro que le espera. Como si el tiempo esperase a alguien. Los únicos que esperan a que los alcances son los malos recuerdos.

¿Te aburres? Yo, bastante.

[http://www.?](http://www.)

Conéctate con nosotros.

Consigue tu e-mail gratis.

Hoy mi hermana ha anunciado que planea irse a vivir con su novio. Como es natural, no sabe lo que dice. Aunque ha sido interesante observar el efecto que la noticia ha producido en casa. De pronto mi madre se ha vuelto más tolerante con la vida sexual de Paula, intentando retenerla con nosotros. Mi padre, en cambio, parece más resuelto que nunca a evitar que su hija haga lo que le dé la gana antes de emanciparse. No se trata de una cuestión moral, insiste mi padre, sino de simples reglas de convivencia. Reglas de convivencia, añade él, que a Paula le vendría muy bien aprender antes de formar un hogar. Lo único que espero es que la niña acuda regularmente a las farmacias.

Yo en eso más bien me abstengo. En los últimos tiempos, prefiero las fotos de Internet a las chicas que me presentan en el bar de Xavi. Lo peor es que se nota que ellas piensan lo mismo de uno: que seducimos por costumbre, besamos por hastío, tocamos por desánimo. Hoy en la cama gobiernan ellas. Eso a mí me parece una conquista política. Era lo último que nos faltaba a los hombres para alcanzar la intrascendencia. Quizá deberíamos repartir vibradores entre nuestras amigas y retirarnos con el debido sigilo.

Me dirás que también están los sentimientos, y que en eso mujeres y hombres somos insustituibles. ¡El amor, claro! Al respecto, solo comentaré que ya he llenado el disco duro con las fotos que me bajo de Internet.

El amor. No me digas.

Pero tienes razón.

Pensarás que parezco imbécil (bueno, eso ya lo pensabas antes), pero el otro día se me ocurrió buscarnos en la Red. Qué elevado suena eso. Como si nos lanzáramos desde las alturas. Corriendo un riesgo sin daño final. Hay un anuncio de un perfume, no sé si te acuerdas, ya no lo ponen, un anuncio en el que una adolescente y un hombre algo mayor, los dos muy bellos, se detienen al borde de un acantilado. Abajo no parece esperarlos nada trágico, ambos se ven confiados y serenos. Se miran a los ojos. Se sonríen. Y dan un paso adelante. Cuando desaparecen, solo queda el cielo y la mansedumbre de las

nubes. Pasan unos segundos, y una voz femenina nos susurra que hay gente que daría la vida por un amor verdadero. Cuando el espectador se dispone a reflexionar sobre semejante afirmación, la pantalla entera se ve ocupada por un frasco húmedo y rociado de gotitas, con un nombre francés grabado en letras doradas. Entonces la voz añade: Hay perfumes por los que un hombre enamorado daría hasta la vida.

No sé si te acuerdas, ya no lo ponen.

Se me ocurrió buscarnos, y tecleé nuestros nombres uno a continuación del otro, unidos por un signo +, luego por *and*, luego por &, luego por un guion, luego en orden inverso, separados por una barra, una coma, incluso un punto. Y no apareció nada, Marina. Ni una palabra. No existíamos.

Por si te interesa saberlo, o al menos te divierte, hace algún tiempo que no me acuesto con nadie. Ocasiones no abundan, la verdad. Aunque tampoco sería exacto decir que no he tenido ninguna. La otra noche, en el bar de Xavi, iba completamente borracho (bueno, no: lo necesario para ser consciente de mi propia inconsciencia). Y una tremenda pelirroja se acercó a preguntarme si tenía fuego. La pregunta me hizo gracia. Ay, Prometeo. La había visto cruzar medio bar, entre una multitud de fumadores, para preguntármelo a mí. Yo no tenía fuego (estoy dejándolo otra vez) y dije: Lo siento, ya no fumo. Ella puso cara de pena calculada. Yo, calculadamente, imité su cara de pena. Ella calculó que era el momento de sonreír. Entonces, sin pensarlo, venciendo mi parálisis habitual, la besé. Ella movía mucho la lengua. Era como intentar comerse un mejillón vivo. Pensé en apartarme con suavidad, pero mis manos tomaron sus propias decisiones y me vi apretándole los pechos. Iba a escribir que eran turgentes y redondos, de pezones erectos como uvas, pero qué va, qué va. Estaban blandos, como rellenos de aire, y los pezones casi no se le notaban. Contra todo pronóstico, noté que esa flaccidez me excitaba. Que, al hundírseme los dedos, algo me reclamaba apretar más. La pelirroja emancipó su lengua de mi boca, se separó de mí con una sonrisa complacida, se arregló un poco el peinado y me dijo que enseguida volvía, que necesitaba ir un momentito al baño. Yo asentí con esa cara que se me pone cuando sé que voy a ser cobarde. En cuanto vi que ella se perdía entre el gentío, di media vuelta y salí corriendo del bar.

Las noches en mi habitación se componen de insomnio, mensajes y masturbaciones. Bah, y también de lectura. Televisor no tengo. Lo tiré: me encantaba. ¿Has leído al mártir de Ducasse? Xavi me prestó un par de libros

suyos. Yo prefiero a Rimbaud. Cuando se lo dije, Xavi me contestó muy serio: Mira que eres *mainstream*. Lo que yo me pregunto es por qué diablos era conde. Creo que había nacido en Montevideo, como el lunático de Laforgue. ¿Tienes idea de si en el siglo diecinueve los poetas uruguayos tomaban mate? Xavi admite que lo ignora. Andrés, el argentino pedante de la Facultad que no nos caía nada bien, ese tomaba mate todo el día. A veces intercambiábamos libros. A Xavi tampoco le inspiraba demasiada confianza. Según él, su comportamiento era tan sospechoso como un porteño conductor. Lo veíamos leyendo amaneradamente por los pasillos, o haciéndose el interesante con el cuenco entre las manos, sorbiendo el tubito de plata. Él siempre nos ofrecía, más que nada para hacerse el amable, porque sabía de sobra que no íbamos a aceptar. En fin, que si algún día lo veo, pienso preguntárselo: si Lautréamont tomaba mate.

Para serte franco, no me molestaría en absoluto doctorarme en onanismo. Xavi dice que pronto las enfermedades venéreas van a poder contraerse por Internet. Quizá sea cierto que las rutinas del onanista y del internauta son la misma, la del que busca solo.

Te ordeno que contestes. En otras palabras, te lo suplico.

[http://www.?](http://www.)

Conéctate con nosotros.

Consigue tu e-mail gratis.

Cuando tenía diez o doce años, mi tío Miguel me regaló una máquina de escribir. Una de esas Olivetti de color turquesa. Que hoy, no sé por qué, me resulta un color absurdo para una máquina de escribir. Como era de cinta doble, me pasaba horas enteras cambiando del negro al rojo. Creía que eso se llamaba énfasis. Escribía mi diario o algo así. El diario de la vida que quería tener. O de la que pensaba que tendría cuando fuese mayor. Con dos dedos torpísimos, tecleaba por ejemplo los nombres de las chicas que me gustaban: en tinta negra si no me hacían ningún caso, que era la gran mayoría, y en tinta roja si creía que la atracción era mutua. Inventaba una sinopsis de cómo sería nuestro primer encuentro, el momento de la seducción y la conquista final. Cuando me sentía lo suficientemente estimulado por esa vida paralela, tiraba de un extremo del folio, lo doblaba y lo escondía. Entonces corría al baño, para vengarme de todas las chicas en tinta negra.

Diez o doce años después, te escribo a ti sin tinta en un PC color amianto, y me masturbo menos. También hay menos chicas en la lista. De hecho, hay solo un nombre, que yo sepa. Ya no pliego las páginas, sino que las archivo en un segundo. Igual que sé que están ahí todas juntas, comprimidas, disponibles, sé también que algún día podrían desaparecer en un imperceptible desplazamiento de energía. Nuestra memoria, en apariencia tan amplia, puede borrarse por azar sin que nos demos cuenta.

Ahora que lo pienso, tal vez algo así le haya ocurrido a mi madre. Circula a mi lado, pero ya no se inquieta por nada de lo que haga. Hasta esta misma tarde, por ejemplo, llevábamos unos días sin cruzar palabra. Cuando me dirigí a ella (necesito tus llaves del coche, le dije) ni siquiera protestó. Tan solo bajó la vista y revolvió en su bolso y luego en un cajón hasta que dio con el llavero con el logo de Opel, que me entregó en silencio y evitando un excesivo contacto entre nuestras manos. Lo alarmante es que reconozco esa actitud: es la mía con ella.

Una buena noticia: el jardinero ha comunicado que es preciso someter el agua de la piscina a un nuevo tratamiento químico para purificarla. Así que lo

veré colar el agua y hacer surcos fugaces una semana más. Es lo único hermoso que se ve desde mi casa. Lo malo es que los vecinos tendrán que reprimir las ganas y, cuando al fin se anuncie que el agua está limpia, se lanzarán como caballos a un abrevadero. Entonces será imposible concentrarse, disfrutar del tedioso comienzo del verano. ¿Te irás de vacaciones a la sierra? ¿Me escribirás desde allí? Una postal, al menos, o una foto de lo que se vea desde la ventana de tu habitación.

Digamos que me estoy poniendo lírico. La culpa es tuya, por tener el teléfono apagado.

Me gustaría saber qué tal van tus oposiciones. Por mi parte, ya te imaginarás cómo estoy preparándome los exámenes. Me declaro técnicamente incapaz de concentrarme durante varias semanas, como hacía Xavi: el monje del estudio. Eso lo explica todo. Dependiendo de su grado de resignación, un alumno modélico solo puede acabar en las aguas revueltas de la universidad o —como él— con un mar de alcohol en las venas. Xavi no fue lo suficientemente resignado como para hacer una tesis. De todos modos, en el bar siempre tiene ocasión de sentar cátedra. La otra noche evaluó a dos clientes en la barra. Le preguntó al primer tipo: Eh, tú, indocumentado, ¿cuántas clases de ron se pueden pedir? ¿Qué, cómo?, se asombró el tipo. Xavi le repitió la pregunta a voces. Los dos tipos se miraron y se encogieron de hombros. Pero él volvió a la carga y encaró al segundo tipo: A ver, tontito, un *brandy*, ¿tiene que ser de Jerez para ser *brandy*? ¿El coñac es esencialmente distinto? Y el tequila, estimados lelos, ¿en qué se diferencia del mezcal? Tuvimos que separar a Xavi de esos dos, que casi lo masacran.

Demasiado estudioso. Demasiada obediencia.

No soporto el verano, Marina. Vivo agazapado y sudando, a la espera de algo inminente que al final nunca ocurre. Casi todas las noches termino sentado frente al monitor, hipnotizado por su parpadeo, informándome sobre los asuntos más remotos. Asuntos que jamás me habían interesado antes de buscarlos. Luego salgo de ahí y me quedo solo, apareciendo y desapareciendo del agua de la pantalla, hasta que se oscurece del todo. Entonces vuelvo a mirar mi cara, y ese no soy yo.

Cuando te escribo a ti es distinto. Algo me impide mentir demasiado. Mejor dicho —porque no existe la sinceridad desinteresada—, imagino que no creerías mis mentiras, que conoces mis palabras mejor que yo. Quizá por eso te escribo: para hacerme con mis palabras, para que me las devuelvas.

Cambiamos de tema. Si es que los temas cambian. Mi hermana, por ejemplo. La pobre creció demasiado rápido. Todavía no sabe muy bien qué hacer con el volumen de sus caderas, su vello más denso, sus tetas más pesadas. Y esta es una cuestión que me intriga particularmente: los pechos crecen apuntando al frente como pequeños misiles, y empiezan a caer mucho antes de que dejéis de ser jóvenes. Vuestro cuerpo es tan complejo que envejece por sectores. He visto mujeres en edad de ser abuelas con unos muslos vírgenes. O adolescentes de vientre plano y nalgas de anciana. Dirás que los hombres jóvenes también experimentan el desconcierto de su cuerpo en transformación. Pero nosotros tardamos más. Y no tenemos que aprender a soportar de golpe, en tan solo unos meses, la novedad de que te examinen, te asedien o te griten barbaridades en la calle.

En el caso de Paula, ella ha tenido que acostumbrarse también a que eso le suceda disimuladamente en casa. No por casualidad se ha buscado un novio mayor. Me temo que, cuando él viene de visita, todos sentimos peligrar nuestro territorio. A mí se me hace como que ella hubiera encontrado otro hermano mayor que la quiere mucho más. Aun así, intento parecer simpático con él. No me resulta difícil. Tiene mi edad, le encanta el fútbol. A mi madre, por su parte, le entra la ira de comprobar que su hija ha descubierto el placer antes que ella. Cuanto más cómplice intenta ponerse con mi hermana, más se le nota la envidia. O las dos envidias: la de su propia adolescencia casta, y la de saber que ella hoy no podría seducir a un muchacho tan guapo como ese.

Mi madre podría, por supuesto, irse con otros hombres. Hace no mucho estuve observándola mientras se maquillaba. Pensé que, si caminara con algo más de descaro, quizá yo mismo me daría la vuelta al cruzármela por la calle. Siempre ha tenido esa carnosidad exagerada en los labios que la hace parecer insinuante hasta cuando está distraída. Lo que mejor conserva es la espalda. Aunque el vientre ha engordado y las caderas se han vencido, su espalda se mantiene erguida, tensa, con esa afortunada concavidad que hace que sus pechos se anticipen. Por eso yo diría que su caso no es el de la mujer madura que ya no gusta a los hombres. Sino más bien el de la madre perpleja que, cuando fue hija, obedeció todo aquello que ahora la suya se complace en desobedecer.

Y está mi padre, claro, con sus dos tragedias complementarias. Primero, la de ver cómo un esbelto intruso le ha robado a su niña (quiero decir: cómo le ha robado la niñez de su niña). Y en una segunda instancia, acaso más secreta, la tragedia de comprobar cómo otro hombre mucho más joven que él, mucho más fuerte, se lleva a la cama a la mujer hermosa que comienza a ser Paula.

El resultado en casa es este desconcierto. Mi hermana está contenta como nunca: cuanto peor estén aquí las cosas, más motivos tendrá para fugarse con su esbelto intruso. De cualquier forma, para mi padre los asuntos internos son siempre provisionales. Lo que de verdad le quita el sueño son los conflictos de la empresa. Mi padre no descansa del trabajo en casa: huye de su casa hacia el trabajo. Así que quien padece estas cuestiones suele ser mi madre. Sé que, si ella hubiera tenido una profesión a la que dedicarse, todo habría sido más equilibrado en nuestra familia. Pero, ¿qué quieres que te diga, como madre tampoco está siendo demasiado profesional.

Ya estoy oyéndote: ¿Y qué clase de hijo has sido tú? No se admiten golpes bajos.

A veces pienso en pasar por tu casa y ver si estás. No lo hago porque supongo que te incomodaría. Siempre fuiste tan clara conmigo, Marina, que resultas casi indescifrable. Yo soy incapaz de sentenciar las cosas de ese modo. Suelo dar las suficientes vueltas alrededor de ellas como para saber que es perfectamente posible regresar al punto de partida.

Confieso que, en realidad, he pasado unas cuantas veces por tu casa. Pero no tuve la valentía de quedarme esperando en la puerta. O tuve la prudencia de dar media vuelta antes de que fuese demasiado tarde. Lo que más me intimida es la certeza de que no reaccionarías como en el cine o la tele. Jamás te rendirías ante un ramo repentino o una fragancia afrancesada.

Quizá necesitemos concebir en las pantallas la perfección narrativa de la que nuestras vidas carecen. Por eso, en vez de pretender que en las películas suceda lo mismo que nos sucede a nosotros, corremos a ver historias donde todo encaja. Aunque a ti, que yo sepa, las comedias románticas te dan náuseas. Más que reconfortarte, te hacen pensar en lo difícil que es tu vida.

Esta semana están repitiendo un anuncio que me obsesiona. En un inmenso hipódromo vacío, entre un eco de neumáticos, irrumpe un automóvil con las lunas oscuras. Da un par de vueltas alrededor de la pista y al frenar, por una de las puertas delanteras, huyen dos caballos blancos al galope. Así son las cosas: nadie presta atención, nadie dirige el coche y, cuando por fin se abren las puertas, las fuerzas se alejan y se pierden. La magia siempre ocurre sin testigos.

¿Alguna vez te he contado que de niño aprendí a cabalgar? Fue en el pueblo donde veraneábamos con mi familia. Lo que más miedo me daba era notar cómo sudaban los potros. Parecían personas resentidas. Yo creía leer

toda clase de pensamientos en sus ojos desorbitados. Todavía me persigue la idea de que los caballos esperan el momento apropiado para vengarse de sus jinetes.

Hora de desmontar. Descansemos las riendas de la Red.

[http://www.?](http://www.)

Conéctate con nosotros.

Consigue tu e-mail gratis.

Hay soledades que se revelan de improviso, como un golpe en la nuca. Piensas: estoy solo. No ahora. Siempre. Solo. Esa palabra afónica, redonda. Están también las soledades lentas, las que se forman con el tiempo. Hay otras que estaban ahí desde el principio, que son las soledades de las que estamos hechos. Suelen permanecer larvadas bajo alguna memoria difícil. De vez en cuando esas soledades despiertan, se enderezan y te hablan al oído. Entonces uno escucha algunos secretos acerca de sí mismo. También existe, ¿sabes?, la soledad que de tanto conocerla y tratarla a todas horas, acabas necesitando como a una leal, discreta compañía. Una soledad casi querida que, al marcharse, nos deja de verdad a solas.

No sé si alguna vez has sentido deseos de estar sola también en tu cabeza, dejar de escuchar voces que se contradicen. Y entonces has gritado hacia dentro, esperando que todos esos personajes desalojaran tu mente. Cuantas más voces emergen, más parecen quedar dentro: las que sabías que vivían emboscadas ahí, algunas que sospechabas que existían, también otras que ni siquiera reconoces. Estas últimas son las que más gritan. Las que viven de ti. Las que te ocupan la soledad.

Porque la soledad es generosa, Marina. O por lo menos sé que existen soledades propias, que no son pérdidas sino conquistas. Yo quisiera tener una de esas, disfrutarla despacio, comprenderla sin miedo. Pero cada vez que estoy a punto de sentirla, se me esfuma y me veo solo. Y quedo cara a cara con un extraño, intentando averiguar qué ha sucedido.

Me he quedado sin tabaco (he vuelto otra vez, sí). Así no hay quien se inspire.

[http://www.?](http://www.)

Conéctate con nosotros.

Consigue tu e-mail gratis.

Hoy ha sido un buen día, digamos. Resucité al mediodía, desayuné justo antes de almorzar, discutí con mi madre y salí a dar eso que los optimistas llaman un paseo.

Mientras llegaba al centro, tuve la satisfacción de ver pasar a mi lado el mismo autobús que habría tenido que esperar media hora. Después de curiosear aquí y allá terminé entrando en un centro comercial, que es la patria del que no sabe qué hacer.

El ruido era tan compacto que parecía un silencio. Pasé junto a un guardia que se había quedado embalsamado frente a un detector de metales. Me deslicé entre mostradores transparentes. En uno de ellos, una cajera le hablaba a otra con una voz aguda muy similar a una alarma. Pasé de largo y puse los pies en las escaleras mecánicas. Me dejé transportar hasta que, aleatoriamente, me bajé en una de las plantas. Como estamos en época de rebajas (el capitalismo es una interminable rebaja), había un gentío alrededor de los expositores. Parecía una reunión de canguros: todos daban saltos con una bolsa a cuestas. Los empleados iban y venían, deslizándose sobre el suelo pulido. De pronto me estrellé contra una señora abrazada a una pila de camisas. Iba peinadísima como un código de barras. Dije perdóneme y me alejé espantado. Pero justo en ese momento reparé en el estado de los puños de mi camisa, y pensé que quizá necesitaba una nueva. Así que me sumergí en el mar de compradores, que esperaban su turno mordisqueando sus tarjetas. Cuando volví a pisar las escaleras mecánicas, vi que llevaba un par de bolsas en cada mano.

Descendiendo hacia la planta baja, me crucé con una estudiante extranjera que conozco vagamente y que ascendía a las plantas superiores. Iba vestida con una falda corta y una camiseta de tirantes. Nos sonreímos desde nuestras respectivas plataformas. Mientras sus piernas flotaban, alejándose de mi vista, me quedé paralizado.

No llevaba bragas.

Al salir a la intemperie, tuve la sensación de que la calle era una prolongación del centro comercial. Solo que ahora las camisas, los zapatos, los trajes, los cosméticos, los bolsos, los teléfonos, los pantalones se movían. Me dejé ir a lo largo de la Avenida del General hasta la Plaza del Ayuntamiento. Seguí el flujo de los transeúntes y desemboqué en una hilera de cristales que vibraban de luz. Me detuve frente a un escaparate cualquiera. Vi pulseras y anillos en todos los matices de dorados y plateados. Calculé cuántas manos les harían falta. En el siguiente escaparate vi pequeños objetos electrónicos que parecían discutir entre sí, como si estuvieran intentando llegar a alguna conclusión. En el siguiente escaparate vi una bandada de despertadores, relojes de pulsera y de péndulo, el rostro de una anciana y un coche blanco atravesando el cristal.

Seguí caminando hasta que el paisaje varió, y me topé con una reunión de maniquíes a punto de asistir a una boda. Uno de ellos, en un extremo de la pasarela y de excelente esmoquin, lucía un cuello hueco, decapitado. Contemplé con atención su estampa, tan perfecta en su atuendo como en su mutilación. Mientras lo observaba, una muchacha con un traje rojo irrumpió en la pasarela. Se acercó al maniquí sin cabeza, se puso en puntas de pie e hizo ademán de abrazarlo. Sentí por un instante una insólita emoción. Pero la muchacha se agarró al cuello del muñeco, le clavó un óvalo sin facciones y desapareció. Desde esa cara lisa estuvo vigilándome hasta que reanudé la marcha.

Con una súbita sensación de ebriedad, me detuve en un puesto de macetas y flores. Compré seis claveles blancos. Luego seguí andando sin pensamiento hasta la parada del autobús.

Cuando volví a ser realmente consciente de dónde estaba, me encontré buscando las llaves para abrir la puerta de mi casa. Al entrar me di de bruces con mi madre, que levitaba en dirección a la cocina. Llevaba la memoria del insomnio en los ojos y el pelo hecho un desastre. Nos miramos sorprendidos. Contemplé sus rasgos avejentados muy de cerca, hasta que se mezclaron en uno solo. Entonces sentí una oleada de ternura: aquella era mi madre. Bajé la vista y me topé con los claveles. Extendí el brazo y le ofrecí el ramo. Ella lo estudió durante unos instantes, sin atreverse a quitármelo de las manos. Yo se lo acerqué al pecho. Mi madre sostuvo el ramo con cautela. Vi cómo desenvolvía el cono de celofán, cómo lo dejaba caer al suelo y cómo de golpe rompía a llorar, emitiendo un quejido que tenía algo de involuntario. Se

abalanzó sobre mí, apretándome contra su cuerpo sin poder apenas respirar, atragantándose con su llanto. Poco a poco fue amainando y mi madre quedó blanda. Sus ojos parecían más claros. Agitó sonriente los claveles, me besó en la frente y continuó levitando por el pasillo.

Cuando cerré la puerta de mi cuarto y me recosté en la cama para liarme un canuto, aún entendía poco de lo que había sucedido. Sin embargo, me sentía contento. Por eso hoy (ayer: ya son las dos), aunque te suene raro, he tenido un buen día. Y, sobre todo, es justo que te lo haya contado.

Que estés bella y redonda mientras duermes.

Tuyo,

Net

[http://www.?](http://www.)

Conéctate con nosotros.

Consigue tu e-mail gratis.

Mi invisible:

Quizás al leer alguno de mis mensajes se te ocurra llamarme. En ese caso, la mejor hora sería esta: muy tarde. No te preocupes por los demás. Antes de que sonara dos veces, yo atendería el teléfono. Soy el único que está en vela. Dicen que soy noctámbulo, pero lo único que busco es una porción de silencio. Si para eso hay que esperar hasta la madrugada, espero. Uno no ama la noche, sino sus atributos.

Hablando de estas horas, ¿a que no te imaginas qué escuché hace dos noches, mientras iba de excursión a la cocina? Una pista: gemía, aceleraba. Otra pista: era como un graznido familiar. Tercera pista: él se quedó callado antes, pero todo parece indicar que continuó como pudo. Paula aún está aprendiendo a llegar al orgasmo. Y, para eso, mejor que no cuente demasiado con su novio. Supongo que ella pensaba que el salto de las caricias al sexo era como pasar del agua tibia a la caliente. Aún le faltaba descubrir que a veces, en mitad de la compañía, te cae el hielo encima y el otro desaparece. En fin, no te diré que no me quedé escuchándolos. Pero —lo juro— al día siguiente no hice el menor comentario. ¿Me he portado bien?

Para estos casos, Paula necesitaría más bien una hermana con quien poder hablar. Claro que de mí podría decirse otro tanto. Y es curioso, porque mi padre necesitaría una mujer, y resulta que a mi madre le haría falta un marido. Todos necesitaríamos aproximadamente lo que ya tenemos.

Pero me estoy poniendo estupendo, como dice Xavi. La confirmación más exacta de que ya está borracho es observar si ha comenzado a emular a Max Estrella. ¡Cráneo *previlegiado*!, felicita a cualquiera que diga algo que le haga cierta gracia. Y, a partir de determinada hora, para Xavi casi todo tiene cierta gracia. La última noche, mientras servía las copas, no dejaba de recitar: ¡Cuidado, compañeros! ¡Las imágenes más bellas en un espejo cóncavo son absurdas! ¡Mucho cuidado con los espejos! Desde la barra alguien le preguntó de qué espejos hablaba. Xavi contestó con una risotada: ¡Los del fondo de tu copa! Y no volvió a abrir la boca el resto de la noche. Mientras cerrábamos el bar, le comenté que lo veía demasiado callado. Él levantó la cabeza y balbuceó: Los muertos no hablan.

Debo de darte la impresión de que vivo en la calle. Sin embargo, Marina, cada vez me cuesta más trabajo salir. Por la calle tengo la sensación de cruzarme con menos desconocidos que enemigos. La gente parece pasarlo tan bien que me da asco, es decir, una envidia incrédula: tiene que haber grandes razones para deprimirse, ¿no? Razones que los demás todavía no han descubierto. Veo a mis compañeros de la Facultad, o a los amigos de mis compañeros de la Facultad, o a posibles conocidos de los amigos de mis compañeros de la Facultad, todos ellos sentados con un litro al borde de la acera (una que, a ser posible, no esté vomitada). Los veo allí sentados, partiéndose de risa, convencidos de estar exactamente donde están. Yo no me río nada y pienso: Se podrían decir cosas más inteligentes. Después me digo: Vamos, di alguna cosa más inteligente. Y en ese momento compruebo que tengo la mente en blanco.

El único refugio, entonces, es el bar de Xavi. Ahí suelo terminar. Me figuro que, en el fondo, todos los que vamos ahí vamos a terminar algo. ¿No es eso el bar de siempre? No el lugar al que se va de fiesta, a bailar o a conquistar el mundo. Sino ese lugar inevitable al que acudes porque no hay adónde ir, porque es el último que no aborreces. Al menos que yo sepa, existen tres maneras universales de beber: por timidez, por euforia, por olvido. Pero en el bar de siempre se descubre otra manera: beber por solidaridad. Cuando voy donde Xavi acabo emborrachándome por solidaridad con quienes, como yo, han acabado ahí porque no había otro remedio. ¡Cráneos *previlegiados*!

Tengo tanto sueño que me quitaría la cabeza.

[http://www.?](http://www.)

Conéctate con nosotros.

Consigue tu e-mail gratis.

Alarma. En medio de la noche luminosa, veo un *e-mail* clavado en mi pantalla. El mensaje no tiene asunto. El remitente dice: El Diablo.

Quizá deba correr el riesgo. No sé si se trata de otro virus o —por fin— de una señal. Dicen que en la Red está todo. Si abro ese mensaje, ¿arderá en llamas el teclado? Soy un curioso y un cobarde: qué tragedia.

En medio de la noche luminosa pienso en Maldoror, en las antiguas tentaciones, en aquellas temporadas infernales. ¿Será posible todavía mantener correspondencia con el Diablo?

Entonces me decido.

Borro el correo, salgo de la Red, cierro todas las ventanas. Me temo que no creo en los milagros.

Todos duermen. Me asomo al balcón y enciendo un cigarrillo: es uno de esos *light* que no saben a nada.

[http://www.?](http://www.)

Conéctate con nosotros.

Consigue tu e-mail gratis.

Mi sol, ¿no vas a callarte? Eso era lo que, durante las comidas, le susurraba mi tío Miguel a su esposa Remedios. Mi tía Remedios solía reaccionar levantando la voz con vengativa vehemencia. Mi sol, ¿no vas a callarte?, y la tía Remedios gritaba un poco más, y mi madre bostezaba y asentía, y mi padre cambiaba de tema, y mi tío respondía sin ganas, no del todo convencido de abandonar la pugna con su esposa. Y yo, lleno de acné, con una melena descuidada, callado en un extremo de la mesa. Y Paula, con coletas y zapatillas rosas, dormida en el sofá o mirando la tele.

Me gustaban, pese a todo, las visitas a casa de mis tíos. En una de las habitaciones había una pequeña biblioteca que, durante años, se me antojó la más vasta posible. Allí hice mis primeros descubrimientos literarios. Es decir, de allí salieron los primeros libros que elegí por capricho y no por indicación escolar o paterna. Mi padre hacía bien en obligarme a leer, pero yo hacía bien en resistirme, no sé si me explico. La lectura necesita tener algo furtivo: se lee mejor a escondidas, en contra de algo o de alguien. Solía deslizar el dedo por los lomos hasta que alguno me llamaba la atención por su color, su forma o el sonido del título. Entonces lo abría y leía el último párrafo. Si no me convencía, lo cerraba. Y buscaba el siguiente. Desde la biblioteca se oían risas esporádicas, alguna recriminación, silencios incómodos, el nervioso estallido de más risas, mi sol, ¿no vas a callarte? Mi tío Miguel ha engordado bastante, pero hubo un tiempo en que me parecía un atleta: corpulento como mi padre, aunque mucho más alto. Mi esperanza era parecerme a él cuando fuese mayor. Ya ves qué fracaso, el mío.

Además de libros, en aquella habitación había varias máquinas de escribir. Todas antiguas y en desuso, delectando su museo. Mi tía Remedios golpeaba de pronto la puerta y, asomándose, me preguntaba: ¿Necesitas algo, querido? ¿Te interesan las máquinas? ¿Quieres unos folios? ¿Más café? ¿No hace un poco de frío? ¿Te traigo una estufilla? Y enseguida se oían los pasos pesados de mi tío Miguel llegando por el pasillo: Oye, que el muchacho se las arregla muy bien solo, ¿no ves que prefiere estar aquí sin que lo molestemos? Si necesita algo ya nos lo pedirá, ¿no te das cuenta?

Malcriar a los jóvenes los daña, opinaba mi tío, y su esposa respondía: Y lo dices justo tú, que no has tenido hijos. Ambos se enzarzaban en otra discusión que interrumpían cuando, al cabo de un rato, reparaban de nuevo en mí y me sonreían, encantadores. Mi tía Remedios me dedicaba una última mirada protectora y, bueno, querido, si necesitas cualquier cosa... ¡Qué va a necesitar!, exclamaba mi tío Miguel, dedicándome una última mirada cómplice. Yo asentía, agachaba la cabeza y entonces se marchaban los dos juntos, cerrando con cuidado la puerta de la biblioteca. Lo cierto es que me hubiera encantado probar las máquinas de escribir en aquella habitación helada.

Más tarde mis padres lo lamentaban mucho pero debían irse, y mis tíos también lo lamentaban aunque ya iba siendo hora de pelearse a solas. Mi hermana lloriqueaba insistiendo en que nos fuéramos. En una casa sin juguetes se aburría y, me temo, poca atención le prestábamos. Besos, besos, queridos. Mis tíos nos despedían desde el umbral, tomados de la mano y sonrientes. Mientras nuestro ascensor se hundía, los oíamos reñir a lo lejos. Y, enseguida, el golpe de esa puerta que, estoy seguro, mi tío era el encargado de cerrar.

Marina, sol de noche, ¿no vas a hablarme nunca?

[http://www.?](http://www.)

Conéctate con nosotros.

Consigue tu e-mail gratis.

Me afeité con cuidado, seleccioné la ropa. Comprenderás que esta súbita coquetería equivale a una depresión bien encauzada. Me duché largamente, procurando lavar mis pensamientos, y mientras me vestía me asaltó la urgencia de masturbarme. Tú dirás: y a mí qué. Solo intento señalar cómo, por primera vez en varios meses, mi inconsciente masculino se ponía a funcionar. En otras palabras, mi cuerpo estaba preparándose por si más tarde debía entrar en acción. Ya sabrás que, en la cama, los jóvenes sementales disponemos básicamente de dos opciones: disfrutar a fondo de nuestro instinto durante unos instantes, para enseguida lamentar tanta torpeza (¿Estás bien? ¿Te ha gustado?), o bien tomar medidas anticipatorias para poder mantener la distancia y así cumplir con el papel. Supongo que recuerdas aquel anuncio de los neumáticos: La potencia sin control no sirve para nada. Eso era lo que mi cuerpo, adelantándose al posible ridículo, se disponía a hacer.

Claro que, bien pensado, el lema inverso al del anuncio tampoco estaría de más.

En fin. Que la correspondiente paja, que si bien afeitado, que si camisa nueva. Atravesando el sainete que, con gran verosimilitud y despliegue de recursos, estaba desarrollándose en el centro de la sala (mi padre hacía de barbudo temible, Paula de novia con aspiraciones, mi madre se movía entre bambalinas), gané la salida y di un ligero portazo como final de escena. Mientras esperaba el autobús, noté que aún mantenía una ligera erección. Va a ser mi noche, pensé.

Sigo contándote enseguida. Mi madre está llamándome. Parece un poco menos sonámbula.

Ya estoy aquí de nuevo. Releo lo anterior. Y pensé: Esta va a ser mi noche. El autobús me dejó en Fuente Nueva. Había quedado en encontrarme con unos compañeros de clase (debería decir: con unos compañeros que tampoco van a clase) y aún faltaba un rato para la hora. Me acomodé en uno de los bancos y me dediqué a ver circular, calle arriba, calle abajo, a la juventud alcohólica local. Todos hacían muecas. Se habían disfrazado de no

haberse disfrazado. Sentí una moderada confianza en mis posibilidades: un payaso consciente nunca ha sido ridículo.

Media hora después, estábamos en un antro con estética de garaje y música presuntamente bailable. En mitad del estruendo, el pinchadiscos tuvo la inspiración de poner *Good day sunshine* y una horda de adolescentes empezó a burlarse. ¡Pero esto qué es! ¡Quita eso, carroza!, rebuznaban, mientras se les resbalaba la peluca. Comprenderás que ya fue demasiado para mi paciencia democrática.

Salí a tomar un poco de aire. Vi a varios compañeros cerca de la puerta. Me acerqué, aspirando a ser simpático. Fumaban algo mejor que cigarrillos. Me senté a esperar mi turno. Cuando por fin me toca —adviértase, diría mi profesora de latín, el uso del presente histórico— se me ocurre decir, por decir algo: Oye, qué bueno está. Entonces, a mis espaldas, oigo que una contesta: Pues es malísimo, nos lo han regalado. Me vuelvo hacia la voz impertinente y descubro que *Una* es una morena alta con un vestido negro que, por así decirlo, produce cierto efecto de distracción dialéctica. Le ofrezco una calada. *Una* mira mi mano con desconfianza y dice: No fumo dedos, gracias.

Yo preferí callarme, girar la cabeza y contemplar el carnaval. Todo el mundo parecía disputarse desesperadamente el premio a la Mejor Mueca de la Noche. Algunos ensayaban Muecas de Alma Noble. Otros replicaban con Muecas de Ser Fatuo y Repulsivo, que gozan de mayor predicamento. Otros, saludando y gritando en todas direcciones, se esforzaban por alcanzar una Mueca de Auténtica Pasión. No tardé en advertir que la predominante era la Mueca de Alegre Olvido. Por un momento yo también intenté componer mis muecas, pero pronto comprobé que tenían poco éxito. Apenas logré que me devolvieran un par de tenues Muecas de Yo a Ti te Conozco. Así que me aburrí enseguida, y comencé a sentir que todos me borraban la cara.

Del carnaval, no obstante, hubo una mueca que me maravilló. La morena antes llamada *Una* —y que, según la nombraron, se llamaba Cintia— improvisaba una espléndida Mueca Desprovista de Muecas. Yo quedé impresionado. Ella no solo no necesitaba hacer muecas, sino que además nos lo comunicaba sin hacer la menor mueca. De vez en cuando yo la miraba de reojo. Cintia no parecía darse por enterada, e insistía en conversar con un tipo que no recuerdo cómo se llama pero me cae fatal porque es horriblemente guapo.

Lo más preocupante era que Guapo, además de ser guapo, tenía bastante gracia en todo lo que decía, o al menos cierto don de la oportunidad. Yo trataba de pensar acotaciones brillantes y no se me ocurría ninguna. O,

cuando se me ocurría alguna, ya no venía al caso. Reconozco que Guapo era una máquina de hacer reír a Cintia. Y cómo se reía: sin avergonzarse. Con los dientes expuestos y la boca relajada. Como hay que reírse. Intenté sumarme a otra charla, pero no fui capaz de interesarme. Estuve allí, muerto en la puerta del local, más de una hora.

Resucité al escuchar que me decían algo sobre la ketamina. ¿Te apuntas o no?, preguntó un compañero sacudiéndome un hombro. ¿Eh?, dije yo. Esto es lo que les dan a los caballos para que vuelen, dijo mi compañero. Yo sonreí torpemente, sacudí la cabeza y los dejé con sus polvillos y pastillas de colores.

No hace falta que te explique adónde fui a parar después de un par de vueltas. Había poca gente para ser un sábado. Estábamos los de siempre, más tres o cuatro despistados. Así que Xavi y Marga, la camarera de los fines de semana, no tenían demasiado que hacer. Él bebía un *gin-tonic* —su enésimo *gin-tonic*— y parecía de buen humor. ¡Que se vayan todos a la competencia!, brindó, así Marga y yo tenemos un poco más de intimidad. Ella procuraba sonreírle pero, en cuanto alguien se acercaba a pedir una copa, se abalanzaba sobre la barra y se demoraba todo lo posible en servirla. Xavi la seguía con los ojos y se volvía hacia mí buscando una complicidad que no sé si encontraba. Le pregunté qué tal iba el negocio. Cada vez mejor, exclamó Xavi, cada vez mejor. Yo intentaba determinar si me sentía más aburrido que cansado, para decidir si me quedaba otro rato o me iba a dormir. Estaba a punto de inclinarme por el cansancio, cuando la noche se volvió completamente inexplicable.

Lo primero que ocurrió fue que Cintia, con toda su estatura y sin Guapo a la vista, apareció por la puerta del bar. Miró en todas direcciones, como buscando a alguien que sin duda no era yo, y se acercó a la barra. Cuando me vio acodado en un extremo, apretó los labios en señal de saludo. Marga le preguntó qué quería beber. Cintia se concedió un segundo de elegante duda, como quienes ya saben lo que van a pedir y buscan la entonación adecuada. En ese mismo momento cambió la música.

Lo segundo que ocurrió fue que, cuando ella intentó pagar, Xavi le dijo que no hacía falta y me miró con picardía. Cintia malinterpretó este gesto, y me dirigió una inclinación de cabeza en señal de agradecimiento. Yo levanté mi copa hacia ella. Xavi se retiró con deportividad. Cintia se acercó a mí. Entonces empezó a hablarme.

Me marché de su casa al amanecer. En efecto, elíptica mía, lo tercero que ocurrió fue su cama. Sin buscarla en absoluto, que es el único modo de que

ocurran los milagros. Había sido todo tan sencillo que ni siquiera pude reaccionar. Desde el primer beso, la primera mano y la primera prenda, ella tomó la iniciativa. Todas las iniciativas. Fulminado de miedo, me limité a escuchar cómo jadeaba y a mirarme la punta de los pies. Ella en cambio pareció creer que yo estaba ocultándole algún secreto fascinante: suele pasarnos a los tímidos. Se dedicó a descifrar mi silencio idiota mientras fumábamos. Poco después, se durmió recostada en mi vientre. No fui capaz de pegar ojo. Me deslicé sin ruido.

Mi mayor placer, para qué engañarte, fue sentir en la cara el aire nuevo de la calle.

Ya ves cómo suelen ser mis amores: culpables o inconclusos. Espero que a ti te esté yendo un poco mejor. En cuanto a mis estudios, marchan admirablemente: yo los dejo hacer, y ellos no me molestan.

He estado unos días desconectado por culpa de nuestra compañía telefónica, que es con toda justicia la más barata del mercado. Hoy vuelvo a funcionar. Así que te mando esto. Si por casualidad esta semana me escribiste unas líneas, te ruego que me las reenvíes. Y si no guardas el mensaje, inventa otro. Las cartas más sinceras son las que se reescriben.

[http://www.?](http://www.)

Conéctate con nosotros.

Consigue tu e-mail gratis.

Cuando Paula era una niña, solía ponerse la ropa de mi madre y desfilarse para mi padre. Él aplaudía las exhibiciones de mi hermana, que caminaba de un extremo al otro de la sala, maquillada como una vampiresa y haciéndole guiños. Cuando yo saqueaba el armario de mi padre, en cambio, me ganaba una buena reprimenda. Las cosas han cambiado bastante desde entonces. Ahora Paula es más alta que mi madre. Y alguna vez mi padre me ha pedido prestada una camisa.

Aunque mi hermana no ha perdido del todo aquel aire infantil, su cara se ha tallado y su mirada se ha vuelto recelosa. Su cuerpo, por supuesto, es otro cuerpo. Lo único que no ha cambiado son sus piernas, las mismas largas piernas. Mi madre solía decirle a Paula que, cuando fuese mayor, sus minifaldas iban a quedarle mucho mejor que a ella. Mi padre resoplaba y miraba a Paula como alarmado. Ella le lanzaba besos aéreos. Recobrando la sonrisa, mi padre los recibía abriendo mucho la boca y cerrándola bruscamente. Entonces Paula volvía a desfilarse. Mi padre volvía a aplaudir y la abrazaba por la espalda.

Aquello duró algunos años.

Una noche escuché que mi padre y mi madre discutían. Era más tarde de lo habitual, y la voz que se imponía era la de mi madre. Me acerqué con sigilo: oí que hablaban de Paula. A la mañana siguiente, mi madre le prohibió a mi hermana usar la ropa de su armario. A partir de ese momento, en casa se acabaron los desfiles. Y también los abrazos por la espalda.

Mi padre ya no duerme siempre en casa. La versión oficial es que la empresa lo manda a hacer inspecciones en distintas provincias. Como dice que ya no tiene edad para conducir ida y vuelta en el mismo día, suele pasar la noche en un hotel. A veces, dos noches. Cada vez que mi padre sale de viaje, aunque parezca harta de él, mi madre se pone a deambular de un lado a otro, sin saber muy bien qué hacer con su pequeña libertad. Más de una vez la he visto regando los geranios moribundos del balcón, tratando de salvarlos. Las píldoras después de la cena se han convertido en su postre. Paula le insiste en

que no las tome. Pero, cuando no lo hace, se queda toda la noche recorriendo la casa como una exploradora.

Te sorprendería ver cuánto ha cambiado mi hermana. Hasta hace un par de años, me hacía caso en todo y quería parecerse a mí. Ahora no solo ha comprendido que sus héroes deben ser otros, sino que además ha empezado a ser quien da las órdenes en casa. Teniendo en cuenta el estado de nuestra familia, no me parece mala idea. El rol de primogénito me produce espanto. Aunque no hablemos mucho (llegados a cierta edad, los hermanos parecen alcanzar un acuerdo tácito mediante el cual el amor se presupone pero rara vez se demuestra), la considero una chica inteligente. También es caprichosa y un tanto melodramática, como toda la gente de su edad. Tiende a golpear las puertas y adora a cualquier músico que se vista de negro y le cante a la destrucción. Cada vez que hace falta, sin embargo, Paula se pone seria y trae algo de sensatez a esta casa. ¿Y yo? Intento no molestar demasiado. Soy, digamos, un huésped permanente.

Mi hermana ha empezado a invitar a su novio a comer con nosotros. He notado que, si mi padre está presente, ella tiende a tocar y besar más al muchacho. Mi madre se enternece con las caricias, pero solo hasta cierto punto. Más allá de ese punto —algún punto por debajo de la blusa de Paula—, se pone nerviosa y habla sin parar. El momento más delicado llega cuando Paula se levanta de la mesa y conduce al novio hasta su habitación. Poco después, se oye una música metálica. Ella siempre ha tenido más talento para derribar la autoridad. Yo he tenido que conformarme con fingir que no la percibía.

Es cierto que, a su edad, yo podía salir y entrar cuando me daba la gana. Pero se trataba de un derecho concedido de antemano, un plan que de algún modo mi padre había dispuesto: hacer de mí un hombre cuanto antes. Y si además tenía la ocasión de asegurarse personalmente de que así era, mejor. Mi padre es una extraña mezcla de socialista desilusionado y bestia primitiva.

Es muy tarde. Casi temprano. Sigo mañana. En realidad no sé, Marina, si lees una sola de mis cartas. Hay cosas que nunca te dije y que escribo ahora, con todo perdido. Si tuviese la certeza de que estás ahí, al otro lado del vacío, tendría tanto más para contarte. Tendería un puente entre tus pechos y viviría cruzándolo. Un puente chino, curvo, que uniera tus dos pechos.

No conviene que tomes demasiado en serio las sandeces que uno escribe desde un PC obsoleto. Hay días en que, después de chatear durante horas con

desconocidas, de coquetear para descubrir si alguien es de verdad como dice y es realmente capaz de hacer las cosas que teclea, uno incurre en ciertas debilidades. Si es que *ellas* no son ellos, claro. En el chat todos tienen un nombre distinto al suyo y unos deseos diferentes de los que declararían en su propio nombre. En esas comunicaciones yo tampoco uso mi apodo habitual. A veces tengo la edad de mi hermana o de mi padre. Y otras veces me gustan cosas que en teoría me espantan. Por eso resulta un alivio dirigirme a ti. No necesito otra vida inventada ni un personaje nuevo.

Aunque, pensándolo bien: tú y yo, ¿llegamos a saber quién era el otro?

Kreutzer

[http://www.?](http://www.)

Conéctate con nosotros.

Consigue tu e-mail gratis.

Temiendo que estos correos te parezcan demasiado clásicos y no acrediten la debida modernidad, procedo a comunicarme contigo con la eficacia que demanda nuestra era.

Probemos. Al fin y al cabo, todo el mundo lo hace.

*oi tng pco tmpo. toi n ksa. pq n m rsponds?
n s q t abre exo xa rcibr st slncio.*

Problemas en la transmisión. Error de marcado.
Segundo intento.

*qro ablr cntgo. t yamo td l dia. toi knsad.
alg invsbl m dvora.*

Nada, nada. Error, error. La servidumbre de los servidores. Baterías sin carga. Cobertura desnuda.

Tercer intento.

*st pqñ lbro s t mmoria. n l borrs.
q qda d t imgn?
oys? oys?
ey.*

Añdsfjadjwikjadfe! Aitartopsedkjo!
Ñajkdsfaljdf. Askfjñldjf. Kdjfei.
Ekss. Ejh. Pf.

Bla bla.

Insert coin.

Esto es absurdo.

¿Sabes qué? Hoy, más que nunca, somos unos antiguos.

[http://www.?](http://www.?.)

Conéctate con nosotros.

Consigue tu e-mail gratis.

Regreso a mis epístolas, Marina.

Vas a reírte. Después de varios días, por fin me decidí a buscar a Cintia (Cintia, *Una*, la morena) para pedirle disculpas por mi huida de su casa la otra noche. Y por haberme mostrado tan poco receptivo cuando ella había sido tan pasional, se había entregado más allá de lo físico, *and so on*.

Dos o tres bares más tarde, di con ella y con el mismo Guapo que la cortejaba en aquella ocasión. Cintia estaba radiante: sin maquillar, blanca y negra, perfecta. Resolví hacer una excepción y, al menos por una vez, no ser cobarde. Me acerqué a ellos y bla, bla, bla. Ya te lo imaginas: mascarita por aquí, mascarita por allá. Los tres, simpatiquísimos. Guapo y yo, encantados de vernos. ¡Tío, qué te cuentas! Dos ciudadanos ejemplares.

Como al cabo de un rato comprendí que Guapo no pensaba irse a ninguna parte, tuve que confesarle a Cintia que necesitaba hablar un momento a solas. Ella compuso una Mueca de Sincera Sorpresa que logró confundirme. Razoné: es el despecho. Salimos a la puerta, Cintia encendió un cigarrillo y se dispuso a escucharme. Ahora parecía algo incómoda. Me exigí calma, aproximé una Mueca Paternal e intenté explicarle. Mira, empecé, lo que hice la otra noche... ¿Lo que hiciste la otra noche?, repitió ella. Vi que el asunto iba a resultar más difícil de lo previsto: sin duda estaba ofendida, pero el orgullo le impedía reconocerlo. Creo, me lancé, que te debo una explicación. ¿Sí?, sonrió ella, ¿te parece? Hombre, sí, ¿no?, fue mi respuesta. Poniéndome una mano sobre el hombro, Cintia dijo: Disculpa, ¿te importa que vayamos al grano?, Gustavo está esperándome. Y miró de reojo hacia el interior del local. Completamente desconcertado, continué: En fin, lo que quería decirte es que a veces nuestra actitud no se corresponde con la emoción real, ¿me entiendes? No, no te entiendo, dijo ella. Sí, no sé, insistí ya muy nervioso, me refiero a que, en determinados momentos, uno puede llegar a huir de aquello que desea, y quizá por eso yo... Justo entonces Cintia desarrugó el ceño, soltó una carcajada y me interrumpió risueña: A ver, a ver, escúchame. Supongo que te habrán contado eso de que a las mujeres nos encantan los hombres sensibles y afectivos, de esos que corren a abrazarnos a cada rato. Y, para serte sincera, no te han informado mal. Pero si confundes eso con un simple polvo, si crees

que nosotras no sabemos distinguir una noche de un romance, te recomendaría con todo cariño que cambies de asesores.

Dicho lo cual soltó otra carcajada, en apariencia con gran alivio. Me rozó una mejilla con los labios y, palmeándome la espalda, dio media vuelta hacia el local.

¿No te dije que ibas a reírte?

[http://www.?](http://www.)

Conéctate con nosotros.

Consigue tu e-mail gratis.

Hubo un tiempo en que Xavi, antes de que heredase y abriese el bar, hacía lo que se esperaba de él. Universitario ejemplar. Notas máximas. Estudioso de fines de semana. Y, lo que es mucho más admirable, criterio propio. En clase intervenía con extravagante contundencia. Podía llegar a ofenderse seriamente si algún profesor biempensante afirmaba, por ejemplo, que los poetas malditos representan el fracaso de la Ilustración. ¡Eso es una infamia!, se exaltaba Xavi, ¡estiércol de manual! ¡Lautréamont creyó en el progreso, igual que Rimbaud!, era capaz de exclamar levantándose, como en una secuela de los poetas muertos. ¡Y le digo más: Lautréamont murió de bondad! La mayoría de nuestros compañeros se burlaba de él. Otros lo escuchábamos boquiabiertos. Y después corríamos a la biblioteca.

Xavi tenía una fe fanática en los libros. Creía en la lectura como centro de la realidad. Como una parte digamos fisiológica de la vida, tan básica como la cópula. Y era, todo él, una parodia literaria andante. ¡Derrotemos a los cancilleres del análisis!, nos arengaba (plagiando a Laforgue, como descubrí más tarde). ¡La técnica es la letra, no la carne de las palabras! ¡Marionetas tripudas, me nie-go a se-pa-rar en sí-la-bas! Los que explican sin sentir — opinaba en resumen— son incapaces de explicar nada. Por eso desconfiaba tanto de nuestros profesores. Se divertía malévolamente rastreando bibliografías fuera de los programas oficiales, para dejarlos en evidencia. Tomaba notas de libros raros e inventaba dudas muy específicas. Después aguardaba el momento oportuno, levantaba un brazo haciéndose el distraído y empezaba a plantear, con aire de inocencia, una compleja serie de preguntas. Los profesores, nerviosos, solían aplazar la respuesta para la clase siguiente. O bien respondían con generalidades e inexactitudes ante las que Xavi asentía con expresión maravillada, fingiendo tomar nota. A partir del segundo cuatrimestre de sentarnos juntos, le pedí que me mantuviera informado de sus días de actuación, para no tener que asistir a clase en vano.

Él en cambio no faltaba jamás. Las universidades, solía decir, son como los burdeles: tan repudiabiles como inevitables. Me acuerdo del profesor sin cabeza, tal como lo llamábamos. Se apellidaba Torres o Sánchez o García, como todos. Su piel era monacal, hepática. Míralo bien, me dijo al oído Xavi

el primer día de clase, ¡a ese le ha contagiado el *amour jaune* algún colega! Yo me reí sin entender: por entonces, Xavi debía de ser el único de nosotros que conocía a Corbière. Cada mañana el profesor Torres o Sánchez o García llegaba así, amarillo y sin cabeza. Se sentaba y abría su manual histórico. Entonces empezaba a dictárnoslo palabra por palabra, y su voz resonaba durante una hora y media desde el hueco de su cuello.

Pensarás que son minúsculas nostalgias de estudiante desengañado. Bueno, es cierto. Pero hay otra cosa: el estado actual de Xavi me preocupa. A veces ni siquiera abre el bar. Otras veces llega a última hora, con las llaves en la mano y la cara hinchada. Últimamente ni siquiera cita a Valle-Inclán. Él sostiene que sus amigos, gracias a su insistencia, hemos leído sus obras completas (salvo *La lámpara maravillosa*, que según él es un libro que Valle se encontró en el arcón de su abuela y se apresuró a publicar con su nombre, porque llevaba una semana sin probar bocado). Y que, cumplida esta santa labor, ya no le queda nada interesante que decirnos. Como es natural, Xavi me dijo estas cosas ebrio. Pero sus amigos sabemos que es sobre todo entonces cuando conviene escucharlo.

La semana pasada despidió a Marga. Eso me sorprendió, porque era de lo más eficiente y él no paraba de cortejarla. Anoche le pregunté por qué la había echado. Y él me respondió muy serio: Porque no me quería. Marga estaba aquí por un sueldo, le dije, no por amor a nadie. Exacto, contestó Xavi, ese es el problema. Me encogí de hombros y evité discutir. A los quince minutos, lo ayudé a vomitar en el baño.

Xavi es un machista. Todos los hombres lo somos. La diferencia consiste en que algunos intentan luchar contra su machismo intrínseco, mientras que los otros lo cultivan con entusiasmo. Con el tiempo, los primeros aprenden a interpretar la otredad femenina, descubren grandes cosas acerca de sí mismos y suelen terminar casándose con un ama de casa. Los segundos se vuelven cada vez más recalcitrantes, involucionan en su identidad de género y a menudo se enamoran de militantes feministas.

Cuando una chica inteligente y atractiva se interesa por mí (es decir: rara vez), no puedo reprimir un sentimiento de incredulidad. Como si yo estuviera viendo una evidencia terrible en la que ella no hubiese reparado todavía. ¿Por qué seguimos gustándoles? ¿Qué nos veis? El instinto ha dejado de existir. El poder ya no es cosa de los hombres. Los cuerpos más hermosos (incluyendo las gordas, que me entusiasman) son los femeninos. Las pollas se fabrican, mucho más fiables, en todos los materiales y colores. ¿Qué tenemos, entonces? Si yo fuera mujer me gustarían las mujeres. De hecho, quizá me

gusten tanto las mujeres porque yo mismo quiera ser una mujer. Para colmo, empezáis a saber de fútbol.

Siempre supuse que Xavi pertenecía al grupo de machistas satisfechos. Pero el Xavi que conocí hace unos años habría inventado alguna razón más digna para despedir a Marga. Ella le gusta. Él a ella, no. Y él se venga dejándola sin trabajo. Lo extraño es que así, tal cual, admite él que sucedieron las cosas. El Xavi de ahora nada en el barro y se siente cómodo. Ya no le hacen falta más mentiras.

Pero a veces las mentiras nos salvan.

A mí me gusta, por ejemplo, mentirme diciendo que soy buena persona. La gente, en un principio, está dispuesta a creermelo. No por ingenuidad, sino por comodidad. Desconfiar de todo el mundo resulta agotador. Así que yo me miento: Soy un buen tipo, soy un buen tipo. Y, al cabo de algún tiempo, no me queda más remedio que serlo para no defraudar a nadie. El único peligro de mentirse consiste en elegir la mentira equivocada. Una que sea indigna del fingimiento al que obliga o del propio fingidor. Lo que Xavi está haciendo consigo mismo es decirse la pura verdad, y creer que es la suya sin remedio.

Sé que no te caía demasiado bien, Xavi. En el fondo, esa es una de sus virtudes. Quienes aceptan tratarlo a pesar de todo, suelen terminar forjando una buena amistad con él: como ya han visto lo peor, las sorpresas que en adelante les depara son casi siempre agradables. He llegado a pensar que él ya lo sabe, que ha previsto incluso eso. Parece disfrutar de los obstáculos que uno tiene que sortear para conocerlo.

A veces tengo la impresión de que no tengo vida. O de que, comparada con la vida de los demás, la mía es irreal, indiferente. Estos días están poniendo un anuncio, ya lo he visto docenas de veces. Por el centro de una avenida, un transeúnte avanza en ropa interior. Nadie parece verlo. El transeúnte se mete en una tienda. Y, al salir con unos flamantes vaqueros puestos, de pronto la avenida se inunda de gente señalándolo con el dedo. Entonces él, con una sonrisa complacida, se pierde entre la multitud. Para que los demás te reconozcan hace falta disfrazarse. Pero me da tanta pereza. Yo viviría en calzoncillos, a salvo y espiando.

Ahora, por ejemplo, oigo las sirenas de la policía pasando a toda velocidad por mi calle, y no puedo evitar la sensación de que podrían estar persiguiéndome, de que podrían estar buscándome por los crímenes que a veces he imaginado que cometía. Un criminal posible, ¿no resulta mucho más

peligroso que un criminal declarado? Son una tortura, esas sirenas. Su sonido me hiela la sangre. Es como si estuvieran estrangulando a alguien que calla poco a poco. Si tuviera que aventurar qué se siente durante la agonía, diría que se oyen sirenas muy veloces girando alrededor del cráneo. Suelen sonar a estas horas a las que te escribo. ¿No las oyes? Supongo que estarás durmiendo como sé que duermes. Respirando con ganas. Inflando mucho el pecho. Soñando fuerte.

A mí, en verano, se me hace imposible conciliar el sueño. Y cuando lo consigo me despierta el sudor, alguna pesadilla o las sirenas. Lo único que me tranquiliza es vestirme y bajar al jardín de la piscina. Oler la tierra húmeda, detenerme a escuchar el grillo de los aspersores, acariciar el césped como si fuera la mascota de la noche, contemplar la firmeza del cielo y la calcomanía de la luna. Solo entonces puedo regresar a la cama para esperar un sueño más clemente.

Escribir es un remedio para combatir las pesadillas, pero no para acabar con el insomnio. Al contrario: sobre todo por la noche el que escribe comprende que es un centinela. Que debe estar alerta igual que sus palabras y, a la mínima luz, correr a nombrarla. Hay algo de imposible, Marina, en escribirte. Tardo horas en terminar mi carta, construyo lo que opino, me retracto, vuelvo a empezar de nuevo. Y en la pantalla la página parece siempre limpia, como si el tiempo no hubiera pasado más que para las pocas líneas que han permanecido. A veces tengo la sensación de que nadie las escribe, de que se escriben solas o son obra del teclado. Pero al final les pongo mi nombre, me conecto y las envío. Entonces me convierto en un impostor que ha dicho lo que siente.

Hay algo fugitivo en los *e-mails*: ¿cómo unas palabras tan lentas, pesadas y tortuosas como estas pueden esfumarse para volar lejos en cuestión de milésimas? Conozco la explicación técnica y sigo igual de estupefacto. Constantemente temo perder lo que te escribo, o que se pierda por el camino. Claro que puedo conservar una copia en mi bandeja de enviados. Pero sospecho que en esa réplica no están mis palabras, las mismas que te escribí, sino quizás el eco de mi carta. Por eso me fascina y me angustia la inmediatez con que viajan, sus desapariciones y reapariciones. En eso escribirte es parecido a recordarte, a ver en mi memoria tu cuerpo desnudo, tenerlo entre las manos hasta que se evapora, en un abrir y cerrar de ojos, a la velocidad de la corriente.

Me arden los párpados. Hora de ir a tener tres o cuatro pesadillas,

[http://www.?](http://www.)

Conéctate con nosotros.

Consigue tu e-mail gratis.

Creo que nunca llegué a contarte la historia de mi abuelo José, el padre de mi padre. De mis otros abuelos tengo pocos recuerdos. Cuando era niño apenas íbamos a visitarlos. Hoy mi abuela Catalina es translúcida, como si le hubieran puesto una máscara exactamente igual a su cara pero más fina. La última vez que fui a verla, aunque no me reconociese cuando me acerqué a besarla, me pareció que en sus ojos vidriosos destellaba el pánico. Suele delirar en voz baja, y tiene la curiosa costumbre de romper cada termómetro que le colocan. Las enfermeras ya se lo toman a broma. Mi madre cada tanto pasa por el geriátrico y deja una caja llena de termómetros nuevos.

Con mi abuelo José, en cambio, pasé muchas horas de mi infancia. Quizá no fueron tantas, pero las recuerdo todas. En el escritorio de su consulta, jugando con sus instrumentales. O en la mesa de la cocina, dibujando el cuerpo humano. O escuchando los partidos en la radio de su coche. O desayunando los domingos al pie de su cama. El abuelo José era médico de profesión, antropólogo de vocación y ajedrecista por convicción. Se había quedado viudo y eso iba oscureciéndolo. Se entregaba, rabioso, a sus pacientes y sus aficiones. Procuraba no tener un minuto de descanso. Mi abuelo era el maestro perfecto: jamás subestimaba a sus alumnos. Aunque yo era pequeño, solía hablarme de las mismas cosas que le preocupaban a él, con palabras sencillas que siguen instruyéndome.

Me decía, por ejemplo: «¿Ves este tablero? Este tablero es el mundo. O una forma de verlo. ¿Y ves cuántos cuadraditos? Se llaman escaques. Ocho por ocho cuadraditos, sesenta y cuatro escaques. En ellos caben tu pensamiento y tu mirada. Son como las ventanas de la mente». Pese a no entender del todo sus explicaciones, y a que nunca llegué a ser un buen ajedrecista, tengo la impresión de que no habría sido el mismo si él no me hubiera enseñado a jugar. Recuerdo mi asombro al descubrir que el abuelo José podía ver literalmente a través de las personas. «Debajo de la piel guardamos todo esto», me contaba coloreando el aparato digestivo, «somos una caja de maravillas».

No sé si será cosa de la memoria, que es una gran estratega. Pero yo juraría que, con la muerte de su padre, mi padre cambió de lugar y abandonó

el centro del tablero. Como si hubiera sentido que la paternidad era una trampa para dejarnos huérfanos. No suele hablarme de él. Sospecho que lo adora en silencio.

En su nota de suicidio, mi abuelo José dejó escritas unas palabras en las que me menciona: «Existen dos maneras de jugar al ajedrez: con el máximo sentido común o con auténtica desesperación. En el primer caso se juega para no caer derrotado. En el segundo caso se busca, con el riesgo que sea, el desequilibrio del otro. Son dos juegos distintos. Es posible llegar a conocer ambos, pero no ejercerlos. En algún momento de la vida terminamos eligiendo uno de ellos. No hace falta que te diga cuál es el que he elegido: el mismo que jamás le enseñaría a mi nieto».

Este fragmento, que he llegado a aprender de memoria, me lo copió mi padre en un papel después del entierro del abuelo José. Nunca llegué a verlo de su puño y letra. Mi padre no quiso mostrarme la carta ni tampoco contarme qué decía. Me dijo que esas líneas me concernían, y que el resto era personal. Ignoro qué palabras le habrá dedicado el abuelo. Pero estoy seguro de que él también las sabe de memoria.

[http://www.?](http://www.)

Conéctate con nosotros.

Consigue tu e-mail gratis.

Pesadillas, pesadillas. Las tengo de todas clases. Las colecciono. Me aterran especialmente esas donde, de una manera u otra, pierdo la dentadura. Yo, que tan poco veo en mí que me guste, siempre he estado orgulloso de mis dientes. Tú preferías que te sonriera a que te hablase. Por eso recuerdo tanto la pesadilla en la que un golpe me destrozaba la boca (un golpe así, sin más, sin origen ni agresor: de esos que hay a veces en la vida, yo qué sé) y me hacía vagar por el sueño apretando los labios. Pero la verdadera pesadilla era el final: soñé que me despertaba mirando al techo, bostezaba y entonces, con la lengua, palpaba el agujero de mi dentadura.

Anoche conocí una pesadilla nueva. Era tan asfixiante que aún ahora, varias horas después, me cuesta respirar con naturalidad. Se puede soñar que matas, se puede soñar que mueres, se puede soñar el fin del mundo. Pero anoche soñé algo peor: que no soñaba. Era como una pantalla blanca, lisa, inmóvil. Ocupaba el tamaño del mundo, el espacio íntegro de la conciencia. Por más que intentaba desplazarla, alejarme, ver una forma o algún color, aquel mar blanco lo inundaba todo. Esta visión, o esta ausencia radical de visión, duró la noche entera. Al despertarme sentí una alegría casi insostenible. Apenas podía moverme de alivio y asombro: había mundo. Durante un buen rato no pude evitar que las paredes me provocasen terror, tan blancas, lisas.

No sé si habré soñado con mi casa.

Otro paseo que narrarte. Hace unos días iba caminando por la Gran Vía. Pensaba ir al cine. Me había perdido la función de las cuatro —demasiado temprano para mis horas de levantarme— y esperaba la de las seis. Cuando cambió el semáforo, mientras cruzaba hacia Reyes Godos, creí ver de reojo una silueta familiar. Una silueta alta, morena. Sigo de largo y, al alcanzar la acera opuesta, comprendo que acabo de ver pasar a Cintia. Intento cruzar de nuevo, pero el semáforo ha cambiado y los coches comienzan a circular. Oteo entre la multitud. Justo cuando pienso en desistir, distingo una cabellera

oscura. Atiendo a su trayectoria y, en cuanto el semáforo cambia, salgo disparado.

Avanzando a empujones, logro divisarla mientras dobla una esquina. Lleva un bolso negro y no parece ir maquillada, como la noche en que la conocí. La sigo a una distancia razonable por la Avenida de Castilla, deteniéndome cuando ella lo hace y aproximándome un par de pasos cada vez. Llega un momento en que me veo situado casi detrás de ella, y me doy cuenta de que no tengo nada para decirle. De modo que me conformo con verla moverse, contemplar su agilidad de piernas, su flexibilidad, sus ademanes decididos al despejarse la frente o cambiarse de hombro el bolso. Por momentos no me da la impresión de ser Cintia sino una excelente actriz, alguien que representa el personaje de Cintia con tal perfección que solo puede estar fingiendo: nadie se parece tanto a sí mismo. Comienzo entonces a sospechar que ella ha advertido que la siguen.

Se detiene frente a un escaparate. Es el de una librería que frecuento. Me coloco justo detrás de Cintia, rozándole la espalda. Mientras ella traslada su mirada de un libro a otro, yo leo su reflejo. Solo se ha dibujado una línea a lo largo de los párpados. Para ver sus ojos necesito acercarme un poco más y, como nuestra estatura es parecida, me pongo de puntillas y asomo la cabeza por encima de sus hombros. Cintia continúa mirando las cubiertas de los libros, en apariencia sin reparar en mí. En la pantalla del cristal, veo cómo mi reflejo se acerca al de ella y mi cara se detiene junto a la suya. Cuando ella se ladea un poco para examinar los libros del otro extremo, el reflejo de su cara queda enfrente al mío, como si lo mirase de perfil. Entonces me desplazo unos centímetros y ahí, en la superficie del escaparate, toma forma un beso fantasmal. Entorno los ojos. Al volver a abrirlos, me parece divisar el reflejo de Cintia observándome con una sonrisa perpleja.

Me vuelvo velozmente y cruzo corriendo la calle. Cintia comienza a andar de nuevo. Desde la acera opuesta, camino al mismo ritmo. Disfruto paseando juntos aunque ella no lo sepa. Recorremos la Avenida de Castilla, y luego el Paseo Real hasta Fuente Nueva. Veo que entra en un café. Me detengo y espero unos minutos. Después entro yo también y, mientras finjo buscar mesa, busco la de Cintia. No tardo en localizarla en una de las del fondo. Con un helado sin empezar, junto a cierto guapo que ya he visto antes, mordiéndole el cuello.

Conéctate con nosotros.
Consigue tu e-mail gratis.

Tengo la sensación de que en nuestra familia, siempre tan peliculera, vivimos alternando el terror clásico y la comedia italiana. El presupuesto es bastante corto. El reparto, francamente previsible.

Después de varios conatos apaciguados por Paula, su novio y mi padre terminaron teniendo una pelea. No llegaron a pegarse de verdad, pero eso fue más bien por conveniencia de mi padre: el muchacho le saca una cabeza y tiene aspecto de frecuentar gimnasios. El resto fue lo mismo que si hubieran intercambiado puñetazos: insultos, amenazas, barbillas alzadas, hombros crispados. En suma, ese inefable repertorio al que recurre la mitad masculina de la especie cuando decide que ya ha hecho suficiente por la evolución del *homo sapiens*.

Estábamos comiendo los cinco. En la televisión ponían una guerra. Las compuertas de los bombarderos se abrían, los misiles se quedaban flotando un instante, caían como paracaidistas muertos y la tierra se abría. El locutor, muy concentrado, resumía la información. Las cámaras enfocaban las calles derruidas, el fuego, el humo, los cuerpos, y la voz del locutor no nos dejaba oír las voces de la gente que corría de un lado a otro. A mí, no sé por qué, me daba la impresión de que no se morían bien, de que lo hacían con cierta rutina, como si ya les hubiera pasado antes. El relato del locutor tapaba las bombas, los motores de los aviones tapaban algunas de sus palabras, y la música de fondo del telediario se confundía con el rugido de los aviones.

Mi padre no atendía a la pantalla. Masticaba. Despacio, con la mirada fija en el novio de mi hermana. El muchacho en un principio fue paciente, pero mi padre estaba inspirado y no dejó de provocarlo hasta que consiguió sacarlo de sus casillas. Comenzaron a increparse. Mi padre aprovechó su reacción para acusarlo de maleducado. Paula, que venía guardando un prudente silencio, medió entre ambos. Mi padre le contestó que ir por ahí revolcándose con cualquiera traía estas complicaciones. En ese momento se oyó caer una silla: el muchacho se dirigía en línea recta hacia mi padre. ¡Con qué facilidad lo hizo! Recordé todas las veces en que yo había fantaseado con hacer lo mismo, y en que me lo había impedido esta presunta educación pacifista que me han dado. El caso es que mi hermana lo detuvo, y hubo un instante de

perverso triunfo para mi padre, que miraba desafiante al muchacho, sabiéndose protegido por la misma persona en cuya defensa él había acudido. Se produjo entonces un curioso cruce amor-odio que, oportunamente detenido o ralentizado, bien habría merecido una filmación. Mi hermana miraba al novio. El novio miraba a mi padre. Mi padre los miraba a ambos, incitando a uno a atacarlo y ordenándole a la otra evitar el ataque.

En ese momento a mi madre, que había seguido mirando la televisión como si nada, le sobrevino un ataque de nervios retardado. ¡Paz, quiero paz!, empezó a chillar. Cuando volvió a serenarse, se levantó y dijo: Voy a regar los geranios. En la televisión había empezado una serie con risas grabadas.

Yo supuse que me correspondía hacer algo. Algo como, por ejemplo, recordarle a mi padre que su hija se ha hecho mayor y responsable de su propia vida. Me aclaré la garganta. Calculé el tono, la energía de la voz, la expansión de los ademanes y el orden de los argumentos. Cuando al fin abrí la boca, mi padre me fulminó con la mirada y preferí seguir callado.

Comprendiendo que estaba sola, Paula resopló y, con suavidad, tomó a su novio de un brazo para llevárselo a su habitación. En cuanto ella desapareció, mi padre empezó a gritarle. Enseguida oímos, a lo lejos, una música metálica. Como mi padre no estaba dispuesto a dejar su furia inconclusa, se volvió hacia mí y continuó protestando durante un rato. Cuando finalizó su desahogo, me puse el abrigo. Salí a la calle con la incómoda sensación de tener las flaquezas de un hermano menor y las responsabilidades de un hermano mayor.

Aquella misma tarde, según me enteré a medias, Paula decidió declararle la guerra a mi padre con toda calma. Al parecer, ella y el novio habían permanecido encerrados en la habitación. Al cabo de unas horas, Paula había salido despeinada, con una sonrisa de oreja a oreja, en dirección a la cocina. Luego había regresado a su habitación con una bandejita y, en algún momento de la madrugada, el muchacho había desaparecido. Al día siguiente, vi cómo mi hermana salía del baño envuelta en una toalla. Con los cabellos chorreando, entró en la sala para pasar delante de mi padre. Se sentó en una de las butacas, se cruzó de piernas y, con una lima, se dedicó a retocarse durante largo rato las uñas de los pies, salpicadas de esmalte negro. Después se levantó sin decir una palabra. Paula lleva toda esta semana de calores paseándose por la casa en ropa interior —no siempre la más doméstica— y

mirando a los ojos a mi padre. Él por ahora no dice nada. Solo vigila el cuerpo de mi hermana con nerviosa familiaridad.

El novio ha aparecido un par de veces más. Ninguno de los dos escatima efusividades delante de mi padre. Anteayer mismo, Paula apoyó una mano en una de sus nalgas y, mientras se marchaban juntos a su habitación, pronunció mi nombre a modo de saludo. Aunque, por supuesto, el destinatario del saludo no era yo.

Me pregunto cuánto durará esta situación sin que algo explote. Mi padre ha optado por agazaparse. No sé si trama algo o si, sencillamente, es incapaz de reaccionar. ¿Recuerdas lo difícil que era para nosotros encontrar un lugar para el sexo? ¿Te acuerdas del pudor que nos daba hacerlo en casa? A mi padre las cosas le han salido al revés: su primogénito sentía vergüenza de hacerse un hombre al otro lado del pasillo, y su hija menor gime tras la puerta de enfrente.

Tampoco creas que no recuerdo con simpatía determinadas torpezas, que no siento algo vecino a la ternura al evocar las salidas desesperadas en coche, el deambular nocturno por los parques, las incomodidades del portal que tocara en suerte. Había cierto encanto en aquella urgencia por buscar algún secreto en nuestros cuerpos. Lo malo es que, una vez descubiertos, los secretos son cadáveres.

Bajo a la piscina, ahora que no hay nadie.

[http://www.?](http://www.)

Conéctate con nosotros.

Consigue tu e-mail gratis.

Al principio del amor, ya lo sabes, nadie concibe la idea de arrastrarse. Ambos se prometen con los ojos llenos de Eso: «Ahora somos Felices, pero si en algún Tiempo Lejano las cosas ya no fueran tan Hermosas, nos separaríamos sin Sufrimientos Inútiles». Así, sin darse cuenta, se prometen un amor perfecto, precisamente porque no aspira a durar para siempre. Claro que todavía existen quienes se juran eternidad. Pero esos tienen que esperar muy poco para desengañarse.

Lo terrible sucede entonces con los otros, con los que reconocen la fugacidad de la pasión y por tanto se suponen a salvo. «Cuando deje de ser todo Tan Hermoso. Cuando tus ojos Ya No. Cuando tu boca no Me Llame». Etcétera. Y la pasión va tejiendo sutiles telarañas, al principio invisibles, en el techo.

Y llega al fin el día que los amantes habían previsto sin temerlo realmente. Y ambos se miran y el silencio es difícil, y en los ojos no hay nada, y el deseo se ha evaporado. ¿Se alejan ejemplarmente como habían prometido? Imposible: las telarañas bloquean la salida. Empiezan los maquillajes, las revisiones, las reescrituras. «Bueno, sí, quizás hayamos Declinado un Poco. Pero ¿cómo pretender que las cosas se Mantengan Intactas? ¿Acaso no son más importantes la Confianza, los Aprendizajes, los Recuerdos?». Así cambian el presente por las categorías. Y comienzan no solo a acostumbrarse al otro (la costumbre puede ser maravilla), sino también a no esperar gran cosa de sí mismos. Sorprenderse deja de ser misión. El cepo ha actuado.

Al principio del amor nadie está dispuesto a arrastrarse. Al final del amor, siempre estamos dispuestos a arrastrarnos un poco más. Cuando se trata de terminar algo, la urbanidad no cabe: es siempre una batalla. El problema es que a veces los amantes ni siquiera desertan de la misma batalla. ¿Cuál fue la mía? No sé, no sé.

La de la telaraña.

Conéctate con nosotros.
Consigue tu e-mail gratis.

Sí: mordiéndole el cuello. Sentada en sus rodillas, toda de lado, hambrienta. Él entornaba los párpados. Cintia le lamía el contorno. No había tocado siquiera su maldito helado.

Yo los miraba.

Un camarero se acercó amablemente para indicarme una mesa. En ese mismo instante di media vuelta y me crucé con su cara de desconcierto. Gané la calle, o la perdí, y empecé a caminar a paso rápido.

Esa noche, acostado boca arriba, con los ojos cerrados, me vengué.

Según me informa mi procesador de texto, las líneas anteriores fueron escritas hace ocho días, once horas y cuatro minutos. Como me parecieron muy poco logradas, preferí cortarlas de un correo anterior y guardarlas para más adelante. Hoy, domingo por la noche, creo que tengo un par de cosas divertidas que añadir.

Al día siguiente de haberla seguido por la calle, verifiqué la dirección exacta de Cintia y le mandé unas rosas. Fue un impulso primario: si le mandaba flores, quizás ella me mordería el cuello a mí también. No me paré a pensar si eso podría molestarla, o si se asustaría de saber que había merodeado su casa hasta confirmar el número, el piso, la letra. Simplemente, mientras desayunaba frente a mi madre, supe que lo primero que iba a hacer ese día era comprar rosas. Y no volví a hacer cálculos hasta que, una vez enviadas junto con una ridícula nota que decía *A mí también me gusta esperar a que el helado se derrita*, se me ocurrió preguntarme: ¿Y si vive con alguien más? ¿Y si estaba de viaje la noche que conocí su casa? Con un escalofrío, recordé que el dormitorio de Cintia era amplio y que su cama parecía más bien de matrimonio.

Pero ella vive sola. Y, según he podido averiguar, a Guapo lo ve solo de vez en cuando.

¿Victoria, entonces? Aquí viene la segunda cosa divertida. Anoche volví a encontrármela en un *pub* del centro y me apresuré a lanzarle una mirada intensa. De esas miradas que parecen decir: Sé lo que estás pensando, Nena.

Ella me lanzó otra con la que yo no contaba. De esas que parecen decir: ¿Podrías dejar de mirarme así, Imbécil? No tuve más remedio que acercarme. Comencé a bromear con la elegancia de un oso hormiguero. Todas las respuestas de Cintia fueron de una humillante cortesía. Se había maquillado tan tenuemente que solo se apreciaba una estela oscura a los costados de los ojos, prolongando las pestañas. El escote de su vestido era discreto pero muy suelto: daba la sensación de poder abrirse en cualquier instante, y dejaba un tentador hueco por donde deslizar dos dedos, una mano, la vida entera.

Al cabo de un rato, Cintia miró su pequeño reloj de pulsera plateado y se disculpó por tener que irse. Ni siquiera había mencionado las rosas. Ni había hablado de vernos pronto. Tampoco me había preguntado mi número, cuando yo había tomado la iniciativa de pedirle el suyo. Ni siquiera me había propinado un mordisco de compasión en la yugular. Nada de nada. Al rozarnos las mejillas para despedirnos, bajando la mirada adiviné, volcándose tras el escote, dos pequeñas tazas de leche.

¡Un donjuán sin chaqueta!, se hubiera burlado Xavi, torciendo la boca y desorbitando los ojos como un guiñol. Decidí no contárselo. Bastante tenía con mis propios espejos cóncavos.

¡Un donjuán sin chaqueta!

Pero era urgente buscar ayuda y reírme un poco. No necesité dar demasiados rodeos antes de dirigirme, resignado, al bar de Xavi. Me defraudó descubrir que había más gente de lo habitual y que él se encontraba muy atareado instruyendo al nuevo camarero. Se acabaron las musas en el bar, me explicó apestando a ginebra, ¡quiero hombres bien feos!

Los sábados son propicios a las conclusiones. Hacia la noche uno ha tenido tiempo suficiente para descansar y queda, todavía, un día entero para reponerse de las conclusiones. Por eso procuramos no pensar demasiado los fines de semana, colmarlos de planes y compromisos, aunque sean triviales: la idea es llegar al lunes exhausto pero vivo. Ayer había llovido toda la tarde. La última luz del día, limpia, honesta, dejaba en evidencia a quienes caminaban intentando ocultarse algo. En cuanto salí de casa, al levantar la vista, sentí vergüenza.

Lunes. Acabo de resucitar. Sigo, más descansado.

Serían, calculo, las tres de la mañana del sábado. O sea, del domingo. Recuerdo todo a saltos. Sentado frente a la barra, veía los hielos deprimirse en el fondo de mi vaso. Al principio los hielos parecen rocosos, pero siempre

terminan ahogándose en un charco. Después desaparecen y son nada: un espectáculo. Aquel, mi sexto vaso, se había quedado vacío, brillante. Xavi se acercó a preguntarme si me servía más. Más de qué, pregunté yo. Más de lo que quieras, sonrió. Yo me tomé mi tiempo. La pregunta era muy seria. Me costaba pensar. Cerré los ojos, reflexioné un momento, eructé suavemente. Luego volví a abrir los ojos y señalé una botella que me había gustado porque el líquido la dividía en dos mitades exactas. ¡Pero sírreme de la parte que esté llena, eh, de la llena!, le pedí. Xavi se partió de risa y me contestó: Quédate aquí, ahora vengo. Volvió con un tipo alto, de bigotes, que yo no conocía. Pasándome una mano por encima del hombro, me anunció que esa noche se había acabado la tristeza. Me habló de un precio de amigos y no sé qué más. Le dije que no me quedaba un duro. Entonces Xavi se alejó unos metros para hablar a solas con el tipo. Vi que chocaban las manos y que Xavi regresaba contento. Mirando hacia ambos lados, colocó un diminuto cartón sobre la barra y me dijo que a eso también invitaba la casa. Partió en cuatro el cartón y me entregó uno de los cuartos. Yo lo miré asustado. Él abrió la boca y se la señaló. Debajo. Debajo de la lengua, dijo.

Al cabo de no mucho, comencé a sentir una quemazón general y algo así como una bolsa llena de aire dentro de la cabeza. De pronto respiraba como si me hubiera tragado un soplete. Y, por un buen rato, no logro recordar absolutamente nada más.

Lo siguiente que vi, créeme, fue que Xavi pasaba junto a mí con un casco de ciclista, remando sobre la barra. En vez de remos, se impulsaba con dos botellas vacías. ¡Ya estás mejor!, me gritaba sonriendo, ¡ya estás mejor! Yo le decía: ¡Ayúdame! Y él repetía: ¡Estás mucho mejor! ¡Espérame que cierre y damos un paseo! Sus palabras me rebotaban en las paredes del cráneo, bajaban y subían como dados dentro de un cubilete. Vi números, vi nombres, me asusté. De golpe, con una sacudida de cabeza, me pareció que en efecto todo estaba mucho mejor. Un sabor indefinible me escarbaba el paladar. A mi alrededor todo era igual que un anuncio a cámara lenta. Notaba un bienestar cercano a la cosquilla en los pies y comencé a reírme con desesperación. Sé que dije algo de Cintia y también algo de ti. A Xavi parecía hacerle verdadera gracia cada cosa que decíamos. Creo que así conseguimos espantar a los tres o cuatro clientes que aún quedaban en el bar. Xavi me dijo que enseguida nos íbamos, y se puso a limpiar con el nuevo camarero. Yo los veía pasar trapos y no podía contener la risa. Durante un segundo se me cortó abruptamente: arriba, entre los estantes, flotando dentro de una botella, vi un pequeño reloj de pulsera plateado.

Me mantuve más o menos tranquilo mientras esperaba a que Xavi cerrase, o eso recuerdo. Sin embargo, en cuanto abrió la puerta y me dejó pasar, me topé con una hilera de peñones. Le dije a Xavi que no me sentía capaz de saltar de uno a otro. Él me contestó que saltaría por los dos. ¿Y ves también tiburones?, me preguntó. No, contesté, pero veo a los surfistas. Esos son taxis, hombre, dijo él. Parecerán, contesté yo, pero son surfistas. Caminamos por unas callejuelas que se tambaleaban. Torcimos hacia la Gran Vía. Allí hacía más frío y Xavi gritó: ¡Me cago en los esquimales! Él dice que yo miré a mi alrededor y dije: Pues de este lado hace un sol radiante. Y puede ser que lo dijera, porque recuerdo perfectamente que en ese momento nos cruzamos con una chica de ojos rojos, vestida con una minifalda quemada y un gigantesco lápiz de labios cruzado sobre el hombro, como si fuera un fusil. A mí me parecía haberla visto antes, aunque no estaba seguro. En realidad, todos los transeúntes me resultaban familiares, extraños y conocidos, como es la gente en los sueños. Las cosas ascendían en espiral. No podría afirmar si avanzaba con los ojos abiertos. ¡Cuidado con los peces!, dice Xavi que dije señalando el globo de luz de una de las farolas, ¡van a ahogarse! Tranquilo, Net, tranquilo. ¡Que se ahogan! Tranquilo, Net, los peces saben nadar muy bien. ¡Los rojos no, esos se ahogan! Rato después nos recuerdo alrededor de Fuente Nueva, bailando la danza de la lluvia en seco y golpeándonos la boca con la palma de la mano. Aquí me gustaría contarte que vi cómo de pronto empezaba a diluviar, pero nada de eso. La verdad es que en cambio se acercó hasta nosotros un gladiador romano. Nos observó bailar y luego nos pidió que le mostráramos nuestros carnés de identidad. No sé bien qué hizo Xavi, pero yo me partía de risa y no había manera de contestar a las preguntas del gladiador romano. Intercambiamos varias frases célebres en latín. Al final se esfumó y nos quedamos solos en la Plaza del Campo. Las farolas chorreaban una luz verde, llena de grumos. Comencé a sentir un hambre espantosa y le avisé a Xavi que regresaba a casa. Tu casa queda lejos, dijo él, mejor vamos en taxi, te acompaño. Para serte sincero, esta amable respuesta no es muy propia de Xavi. Pero así jura él que me contestó y no tengo más remedio que creerle. Así que nos dirigimos, según parece, hacia la parada de taxis de la Gran Vía, y es entonces cuando vuelvo a recordar algo con toda nitidez: arriba las estrellas cambiaban de posición velozmente, como en un juego de damas. Caminamos un rato entre reflejos rojos y amarillos, sin avanzar gran cosa ni ver nada extraordinario. Entonces el carrusel de la noche dio otra vuelta y nos chocamos con dos patinadoras rubias. Una de ellas tenía un collar con cientos de llaves alrededor del cuello. A mí me entró mucha risa y le supliqué que me

diera una llave. Nos despedimos de las patinadoras y supongo que nos desviamos, porque en lugar de la Avenida de Castilla recuerdo a continuación la estatua ecuestre de la Rotonda España cabalgando en círculos, y una bandada de murciélagos saltando de un trapezio a otro junto al Ayuntamiento. Sé que tropezamos varias veces con los bordes de las aceras y que los edificios, al tocarse y acercarse sus sombras, amenazaban con caer sobre nosotros. Nos refugiamos en algún portal y Xavi me obligó a sentarme. Enfrente vi cómo dos gatos, con las colas llenas de *whisky*, inspeccionaban los cubos de basura. Caminamos bajo luces borrosas, intenté vomitar y más tarde, sin saber muy bien cómo, Xavi me empujó dentro de un taxi y le explicó al conductor adónde debíamos ir. Con el llavero de la patinadora rubia alrededor del cuello, Xavi consiguió dar con la llave adecuada y abrió la puerta de mi edificio. Yo supuse que dentro me encontraría con otra hilera de peñones, pero vi un zaguán que conocía de memoria y un ascensor al fondo. Bueno, ahí te quedas, dijo Xavi palmeándome la espalda, ¡se acabó la tristeza, Net! Sí, dice él que contesté, pero sítveme de la parte que esté llena, eh, de la llena. Lo último que recuerdo haber visto, antes de desplomarme sobre mi cama, fue una enorme gallina de trapo agitándose entre los papeles de mi escritorio.

Al mediodía siguiente, amanecí desnudo y con mareos. Mi cama estaba revuelta como si en ella hubiera tenido lugar una escena de lucha libre. Me dolían los músculos. Ni siquiera tenía fuerzas para contraer el abdomen y vomitar. Cuando lo conseguí, ya eran las dos y media de la tarde y llegaban voces desde la cocina. Me demoré en entrar lo más posible hasta que, muerto de sed, abrí la puerta. Mi madre y mi hermana, cada una con un cuchillo en la mano, se volvieron para mirarme. Fingí no darme por aludido y fui en busca de una cerveza que me calmara el dolor en las sienes. Ellas permanecieron inmóviles, sin decir una palabra, hasta que salí con una lata en la mano. Cuando cerré la puerta, la conversación se reanudó, los cuchillos volvieron a golpear las tablas y comprendí que era domingo. Hice un recorrido de reconocimiento por la casa. En la sala no había rastros de mi padre. En su dormitorio, las persianas estaban bajadas y la cama de matrimonio estaba deshecha por un solo lado. En la habitación de Paula había unas bragas pequeñas, unos calcetines verdes y unos vaqueros tirados en el suelo. Regresé a la mía: el aire denso, sin renovar, parecía el de un féretro. Abrí la ventana y encendí el ordenador para escribirte.

Eso fue ayer al mediodía. Hoy ya no me duele la cabeza, aunque todavía me dura la sensación de pesadez en los músculos. A mi padre lo he visto a la hora del almuerzo. Masticaba con prisa, tenía que irse pronto. Pensé en preguntarle por la empresa, por cómo iba el trabajo, pero miré sus ojos y solo me salió silencio.

¿Qué me dirías tú, Marina, si pudieras mirarme?

Bah.

[http://www.?](http://www.)

Conéctate con nosotros.

Consigue tu e-mail gratis.

Hay algo que omití en mi último correo.

Cuando se abrió la puerta y mi padre entró en casa, mi madre enmudeció. Pareció olvidar su discusión con Paula y corrió a encerrarse en el baño. Durante varias horas solo se escuchó el correr de la ducha, el abrir y cerrar de los cajones del botiquín, las explosiones de la cisterna, el sonido nervioso de las páginas de una revista, la quietud a ratos. En una sola ocasión, mi madre salió para regar los geranios del balcón. Mi padre había vuelto con aspecto fatigado, sin afeitarse y con el mismo traje del día anterior. Eran las siete y media de la tarde del domingo.

Enseguida mi hermana fue a darse una ducha en el otro baño. Mi padre —que miraba un partido en la televisión— y yo —que hojeaba *Transatlántico* por enésima vez fumándome un cigarrillo— la vimos llegar a la sala en albornoz, descalza. Se sentó junto a mi padre y, sin decir una palabra, extrajo un cigarrillo de mi paquete. Yo la miré asombrado, porque Paula no fuma. Al menos no oficialmente. Y mucho menos en casa. Lo encendió con pericia y, dejando al descubierto medio muslo recién depilado, se dedicó a ver el partido adoptando una actitud de máximo interés. Cerca del minuto cuarenta del primer tiempo, mi padre le advirtió que se iba a resfriar. Sin mirarlo, Paula le respondió que ella tenía calor.

Cuando mi madre salió por fin del baño, cada uno de nosotros había cenado por su cuenta. Mi padre trabajaba en el despacho. Mi hermana hablaba por teléfono en la sala. Yo escuchaba música en mi habitación y, de mala gana, intentaba subrayar unos apuntes. Mi madre se preparó una ensalada con lo poco que quedaba en la nevera y, como cada noche, revolvió pacientemente el vaso donde había mezclado sus pastillas.

[http://www.?](http://www.)

Conéctate con nosotros.

Consigue tu e-mail gratis.

¿Alguna vez te has sorprendido repleta de energía, con la certeza de que la felicidad es una operación elemental que requiere no pensar demasiado? ¿Y de inmediato has sabido que esa sensación es un espejismo pero no te ha importado, y te has lanzado a la calle para devorarla con los ojos y llenarte de mundo los pulmones, antes de que el espejismo se esfumara?

A mí me sucedió esta tarde, exactamente a las siete cuarenta y cinco. Y con una ventaja: en ese momento ya me encontraba en la calle, dando un paseo gris a paso lento. De repente un motor de impresiones y ansiedades se puso en marcha. Sentí entonces la necesidad de echar a correr. En mitad de la carrera, riéndome de no saber por qué reía, me vino a la cabeza con extraña claridad un número de teléfono. Un número que me había repetido como una canción hasta memorizarlo.

Me detuve, tomé aire y lo marqué. No tenía ni idea de qué diría ni para qué llamaba. Solo estaba seguro de que debía hacerlo, y de que ella atendería el teléfono para decir:

—¿Sí?

—¡Sí! —exclamé, eufórico.

—¿Disculpe? ¿Diga?

—¡Eres tú!

—Yo, ¿quién? —se incomodó ella, con tono de estar a punto de colgar.

—Tú: Cintia.

Ella se quedó un momento en silencio.

—¿Puede saberse con quién hablo?

—Sí, claro que se puede. Pero lo vas a adivinar solita: prueba.

—Mira, Gustavo, que me llames poniendo voces raras no va a cambiar las cosas. Por mí, como si me mandas veinte cartas de amor y...

—... y una oda pindárica —completé sonriendo.

—¿Perdón? ¿Cómo?

—Por ti, como si te manda veinte cartas de amor y una oda pindárica. Pero no soy Gustavo.

—¿Y entonces eres?

—¿Y entonces soy?

Tenía que saberlo. Tenía que saberlo.

—Ah, ya —dijo, sin demasiado entusiasmo: por lo menos me había reconocido—. Hola, qué tal.

—Muy bien. Al aire libre.

—Qué bien.

—Sí.

—Sí.

Otro silencio. Pero no iba a desanimarme. No precisamente esa tarde, a las siete cuarenta y ocho. Insistí:

—¿Estabas ocupada?

—No. Bueno, sí.

—¿Sí o no?

—Iba a ponerme justo ahora...

—¿... a escribirle a Gustavo una carta de amor?

Se oyó, por fin, una pequeña risa. ¡Bingo!

—No, una oda pindárica —siguió ella.

La voz le había cambiado.

—Mejor un epigrama —dije.

Otra risa de ella. Decidí arriesgarme:

—¡O un epitafio!

Ella no contestó. Pensé: Acabo de cagarla. Alcé la vista. El sol empezaba a replegarse, dejando pinceladas sobre el pavimento. Aspiré una bocanada de aire, que se había enfriado. Sentí que de todas formas el impulso había valido la pena, y me preparé para colgar. Entonces Cintia dijo:

—Dime dónde nos vemos.

Tuve que sujetar fuerte el teléfono para que no se me cayera de las manos. A partir de ese momento, fui incapaz de improvisar un solo chiste más. Afortunadamente ya no era necesario. Titubeando, sugerí el primer sitio agradable que me vino a la cabeza. Ella decidió la hora y comenzó a despedirse. Parecía contenta. Justo antes de colgar, dijo algo muy extraño:

—Mientras no se te ocurra aparecer con un ramo de rosas...

No había sonado molesta conmigo al mencionarlo. Su tono había sido más bien el de quien piensa en voz alta. Muy muy extraño.

Cintia se presentó con un vestido rojo. Las caderas ceñidas, envueltas para regalo. Su escote era científico: el exacto como para despertar cierta inquietud

sin parecer insinuante. Por supuesto, no iba maquillada, salvo una línea oscura al borde de los párpados.

Ante aquella belleza sin alardes, tan confiada (la belleza de quien sabe que tiene mucho más para ofrecer), sentí un desasosiego difícil de explicar. Me recompuse un poco al notar a Cintia relajada, en actitud de espera. Tuve la impresión de que había decidido darme un poco de tiempo. Una eternidad. Una de sus noches.

Primero me asaltó el entusiasmo del noctámbulo que encuentra compañía. Y, de inmediato, el terror del deseo cumplido.

Cenamos con buen vino (que es lo segundo más importante en las cenas de dos) y un buen postre (que es lo más importante en ciertas cenas de dos). Más tarde paseamos por el centro histórico mientras yo representaba mi Personaje Favorable. O sea, mientras me desvivía por lograr una antología de mí mismo. Cintia había aceptado hacer de espectadora neutral, dispuesta a estudiar la representación.

Conforme crecía la noche, más me escindía yo: una precaria felicidad por un lado, un oculto pánico por el otro. Estábamos todavía en el turno de la promesa, de los dibujos en el aire. Pero muy pronto llegaría el momento de medirse con las expectativas. Durante nuestro paseo, Cintia se dedicó a intercalar risas, sintonizar ironías y fumar con un intimidante sentido del ritmo. Humeando los silencios, estirándolos. De hecho, el precipicio que tanto temía ni siquiera llegó. Como si lo hubiera decidido desde el principio, ella me dio a entender que por esta vez prefería eludir los rincones a oscuras, ya no digamos su casa. Pretendía que fuese diferente a esa otra vez en que, casi sin necesidad de seducirnos, nos habíamos acostado. Dudo que se haya imaginado el tremendo alivio que me produjo esta demora.

Cintia supo evitarnos también una despedida tortuosa. Que se trabara el telón. Sencillamente, cuando la acompañé hasta el taxi, se volvió y deslizó con suavidad su lengua entre mis labios. De inmediato, sin darme tiempo a reaccionar, se subió al coche y me hizo un guiño desde la ventanilla.

¿Sabes qué fue lo más cómico de toda la noche? Que en mitad de la cena, mientras hablábamos de nuestras anteriores parejas (ya sabes que es imposible romper el hielo sin pasar por ese lamentable asunto) y comentábamos la dificultad de encontrar a alguien afín, Cintia se refirió a ese individuo, según ella muy guapo pero de muy mal gusto, con el que había intentado conformarse durante un par de meses. Por lo visto al fulano, en

lugar de tener una conversación madura para disculparse por su comportamiento después de una pelea, no se le había ocurrido mejor cosa que la cursilería de enviarle un aparatoso ramo de rosas y una nota ridícula que decía textualmente: *A mí también me gusta esperar a que el helado se derrita*. (En ese mismo instante, con incredulidad y sobresalto, recordé que se me había olvidado firmar la nota. Observé alarmado a Cintia, y vi que seguía hablándome con los ojos encendidos). Al día siguiente de recibir aquel estúpido ramo, testimonio de alguien que lo único que tiene para ofrecer son lugares comunes, ella había llamado al zopenco de Gustavo para romper con él definitivamente. Ni siquiera le mencionó las rosas, me explicó. Hay cosas que es mejor no molestarse en decir.

[http://www.?](http://www.)

Conéctate con nosotros.

Consigue tu e-mail gratis.

Creo que no conoces la casa de Xavi. Él solo permite entrar a quienes se han ganado su confianza, o bien a quienes pretende dar un susto para alejarlos definitivamente. Alguna vez la casa fue espaciosa (antes de que el suelo se llenara de libros, electrodomésticos y desperdicios de muy diversa naturaleza) y alguna vez también estuvo llena de luz (cuando los cristales de las ventanas eran más o menos transparentes). Desde que se instaló ahí, huyendo de su familia, de su ciudad y acaso de sí mismo, el aspecto de la guarida ha cambiado bastante. Sin embargo, hoy más que nunca se diría que parece el lugar donde vive Xavi.

Es inútil tocar el timbre. Hace tiempo que dejó de funcionar y no piensa arreglarlo. Lo mejor es llamar por teléfono o, como acostumbramos, gritar desde la calle. Entonces solo hace falta esperar a que, asomado a su balcón con tortugas, él te lance el llavero. Recuerdo cómo una noche, en lugar de las llaves, aterrizó entre mis manos una de las tortugas. ¡Mira qué prisa tiene!, se moría de risa Xavi. A veces temo que, cualquier día, desde ese balcón termine bajando él mismo.

Entras atravesando un pasillo sin bombilla. Apareces en un ambiente amplio y rectangular que debiéramos llamar sala, de no ser por la cantidad de licuadoras, cafeteras, radios, planchas, televisores, tostadoras y no sé qué aparatos más desparramados por todas partes. Xavi los colecciona desde hace años. Mientras funcionen, los conserva. Cuanto más viejos sean, más le gustan. Los consigue en la calle, y de conocidos que deciden deshacerse de ellos, y de toda clase de promociones y concursos por correo en los que participa compulsivamente. Aunque rara vez los utiliza, creo que se siente tranquilo sabiendo que podría recurrir a ellos. Por lo demás, en cualquier rincón de la casa puedes encontrar discos raros, botellas vacías, pilas de libros, ropa sucia y mucho polvo. Hay un armario grande en el dormitorio, pero actualmente se encuentra ocupado por una multitud de objetos que haría falta desalojar primero.

La cocina, en cambio, se ha quedado desierta. Aparte de una nevera en miniatura como las de los hoteles, solo hay un fregadero, una mesa y cuatro sillas (una de ellas coja, y otra casi). En el escurridor de plástico verde suelen

estar los mismos tres vasos en los que invariablemente beben dueño de casa e invitados cualquier clase de líquido. Debido al método que Xavi emplea para lavarlos, digamos que los sabores nunca resultan ser como uno espera. Girando a la derecha está el baño, que tiene una enorme bañera antigua con los pies de acero y un retrete sin tapa. Esa bombilla también suele estar fundida. Él se defiende diciendo que se caga mucho mejor a oscuras. Por fortuna, un ventanuco permite que se filtre algo de aire y sol durante el día, y las luces del patio interior por la noche. La cama del dormitorio está tan cubierta de papeles, libros y cuadernos, que para acostarse hace falta apartarlos como se haría con alguien dormido. O con un cadáver.

En general, se nota que Xavi pasa menos tiempo ahí dentro que en el bar. Que yo sepa, en su casa solo hay dos cosas en orden y razonablemente limpias: las obras completas de Valle-Inclán, cuyos tomos él desempolva con regularidad, y el botiquín del baño, donde están todos los medicamentos y sustancias que consume. La primera impresión que se recibe es la de un anticuario después de un huracán. Superado el impacto, uno comprende que Xavi ha articulado un hogar a su manera, más cálido que otros muchos de higiene impecable.

Si te menciono esto con algún detalle es porque esta noche, en casa de Xavi, me ha ocurrido algo extrañísimo. Yo había pasado a visitarlo un rato para fumarnos un canuto y tomar el té (a Xavi le encanta llamar hora del té a cualquier hora). Mientras él preparaba ambas cosas, me puse a curiosear en una de las innumerables montañas de libros y papeles que apenas te permiten caminar por la sala. Después de hojear un par de ejemplares contiguos (Idries Shah y Schopenhauer: curiosa combinación), tomé otro libro al azar. Resultó ser una novela de Tolstói que nunca me ha gustado, *Sonata a Kreutzer*. La abrí por una de las páginas centrales. Y ahí, de pie, con una leve camiseta blanca, estabas tú, Marina. Era una foto pequeña que me resultaba muy familiar. Aunque no estaba seguro. Vi que el libro había sido minuciosamente subrayado. Lo cerré, procuré dejarlo donde lo había encontrado e hice un poco de sitio en el sofá para poder sentarme.

Xavi volvió de la cocina y nos fumamos el canuto. Bebimos té y ginebra. Yo no podía apartar de mi mente la imagen de la foto. ¿Dónde te la habían hecho? Y, sobre todo, ¿cómo había ido a parar allí? Xavi debió de notarme inquieto. Me preguntó qué me pasaba. Yo contesté que nada. Él no insistió, aunque se quedó mirándome a los ojos. Estuvimos callados un buen rato. La

mirada de Xavi empezó a volverseme insoportable. De pronto le pregunté si últimamente había leído a Tolstói. Él dudó y contestó que no, que hacía bastante tiempo desde la última vez. Quise saber qué novela le había interesado más. Él se rio, murmuró que esas eran cuestiones en las que no convenía pensar estando colocado, y al final opinó que quizá *La muerte de Iván Ilich*. ¿Y no mencionarías ninguna otra?, insistí. Él empezó a denigrar, con total injusticia, la estética obsoleta de *Guerra y paz*. Y sugirió que su segundo mejor libro, y sin duda el más arduo de todos, era *Resurrección*. Sin poder disimular la ansiedad, yo le solté: ¿Y la *Sonata a Kreutzer*?, ¿esa no la has leído? Xavi contestó que no, que no recordaba haberla leído. Le pregunté si estaba seguro. Él asintió.

Sin demorar un segundo, y con algo más de violencia de la que había previsto, me abalancé sobre una de las montañas, separé el ejemplar que acababa de descubrir y se lo lancé a la cara. ¿Entonces esto qué es?, exclamé exaltado. Sentí cómo en mi mente, de golpe, se desencadenaba una confusa tormenta de asociaciones. A la sala no llegaba ningún ruido de la calle. Podía escuchar nuestras respiraciones de humo, percibir el aliento a ginebra de Xavi. Tuve la intuición de que algo estaba a punto de suceder. Pero él no reaccionó como yo esperaba. Se puso en pie lentamente, sosteniendo la novela sin abrirla. Y me la devolvió con la mayor calma repitiendo que, en efecto, no la había leído. ¡Pero si tú siempre presumes de haber leído todos tus libros!, protesté. Y es cierto, contestó Xavi, lo que pasa es que ese libro no es mío. Yo me limité a levantar la barbilla en señal de interrogación. Entonces él añadió sin inmutarse: Ese libro es de Marina. Me lo prestó hace tiempo y nunca se lo devolví. Un día me lo trajo al bar. Me dijo que acababa de leerlo y que era la novela perfecta para los misóginos como yo. Cuando llegué a casa, la dejé en una de las pilas y ahí se quedó. Se me había olvidado por completo que tenía ese libro entre mis cosas.

Dicho esto, Xavi volvió a sentarse. Nos miramos. Empezamos a reírnos a carcajadas y a intercambiar codazos cómplices. Él puso un cuarteto de Beethoven en alguno de los siete reproductores de la sala. Hablamos de mujeres (bah: de sexo). Brindamos con ginebra por la muerte (lo recuerdo muy bien: Brindo por la muerte, dijo él, y yo confirmé el brindis sin mucha convicción). Y, en cuanto nos despedimos, Xavi se marchó en taxi al bar.

Mientras volvía a casa dando un paseo, se encendió un fósforo en mi cabeza: aquella foto en la que estás de pie, con una camiseta blanca, te la había hecho una amiga en la sierra. Era verano, la piel se te había oscurecido y brillaba. Lo recordé con nitidez porque a tu lado, en un extremo de esa foto

que alguien ha recortado con precisión, había estado yo sonriendo a la cámara, sosteniendo dos mochilas.

Qué cosas nos pasan cuando abrimos un libro.

Espero que estés estudiando mucho y que hagas tu examen pronto. Avísame sin falta. En cuanto a lo anterior, no quiero saber nada. Asunto tuyo. Tus asuntos y los míos, sospecho, nunca han sido los nuestros. Si me necesitas, ya sabes dónde encontrarme: en el costado ausente de la foto.

[http://www.?](http://www.)

Conéctate con nosotros.

Consigue tu e-mail gratis.

Mi imposible Marina:

No puedo entender qué pasa con los teléfonos. Es como si tu número fuera la combinación de una caja fuerte en la que estuviera escondido el silencio. Después de mi último correo, he estado buscándote. Necesitaba saber que eres algo más que el eco blanco que devuelven mis cartas. De hecho, juraría que anoche conseguí comunicarme durante un momento. Los pitidos del móvil se interrumpieron y, al otro lado, alguien pareció contestar con una voz descompuesta en fragmentos. Yo gritaba tu nombre y el mío y preguntaba si me oías, si eras tú quien hablaba. La voz emitía ráfagas de sonidos ininteligibles que iban y venían entre interferencias metálicas. Seguí gritando a través del auricular después de que la comunicación se interrumpiera.

¿Dónde estás, Marina? Es como si nunca hubieras existido. ¿O ya eres solamente un personaje de la memoria, un espejismo que nombro para poder hablarle? Si ahora fueras real, cuántas cosas podríamos contarnos.

Esto no es más que el correo de un naufrago. Me voy a navegar un rato, como dicen que hacen los marinos cuando quieren olvidar.

Releo lo anterior, que finalmente preferí no enviar. Bonito melodrama, sí, señor. He tenido la tentación de borrarlo todo. De hecho, acabo de suprimir varios párrafos. En un primer momento, fíjate, intenté eliminar el pasaje completo. Pero, por error, solo seleccioné unas cuantas líneas. Después de borrar esa parte (que empezaba justo después de *cuántas cosas podríamos contarnos...*, y acababa justo antes de *Esto no es más que el correo...*), me disponía a acabar con el resto cuando, de pronto, tuve la sensación de que no debía hacerlo. Así que decidí respetar lo que había quedado. Y así es como lo leerás. Si lo lees.

Ahora bien, ¡bonito melodrama! No lo tomes demasiado en serio. Había sido un día difícil. Mi casa, un manicomio. La calle, una trinchera. El bar de Xavi, un cementerio. ¿Qué podía decirte? No debería haber escrito nada en

ese estado. El caso es que he dejado pasar unos días antes de seguir. Y debo decir que las cosas no han ido nada mal.

En primer lugar, mis tíos vinieron a comer a casa. Teniendo en cuenta el estado bélico en el que nos encontramos, yo me temía lo peor. Sin embargo, en cuanto el tío Miguel y la tía Remedios atravesaron la puerta, la situación dio un vuelco: nuestros parientes habían venido a visitarnos y nosotros parecíamos otra familia, una familia ajena alquilada por un rato o copiada de otro tiempo. Sentados todos juntos a la mesa, estábamos irreconocibles. Mi padre intervenía con ingenio, mi madre lo escuchaba interesada e incluso se permitía alguna risa. La tía Remedios lograba la proeza de contar chistes verdes sin pronunciar una sola palabra malsonante, a ver, mi sol, ¿no vas a callarte?, y el tío Miguel, reposando los brazos sobre su barriga, me preguntaba por las chicas de la Facultad. Solo Paula parecía incómoda y se mantuvo ajena. Durante los postres, pidió permiso para retirarse a su habitación y no volvió a salir, aunque el tío Miguel se levantó un momento de la mesa para hacerle una visita.

Con el café y los puros, mi padre y su hermano hicieron un aparte. Sus esposas los imitaron. Yo me quedé mirando a ambos lados, y supuse que me correspondía sentarme con los caballeros. Su conversación era vagamente futbolística. Participé poco. No me gusta hablar de fútbol con mis mayores: su concepto de la estrategia no suele ir más allá de las zonas genitales. Luego recogí la mesa fingiendo que acostumbro a hacerlo, y mi madre colaboró conmigo fingiendo no sorprenderse. A mi padre y al tío Miguel se les fue apagando el puro. Fue el momento de temer la despedida. En cuanto los tíos se pusieron sus abrigos, y nos besaron y abrazaron muertos de risa (mi sol, ¿no...?), y nos prometieron volver pronto, y nosotros también muertos de risa, en cuanto la puerta de nuestra casa se cerró, las caras regresaron a la normalidad y nos dispersamos con rapidez. Al rato asomó Paula, con aire distraído, para encender la televisión.

No fue la única tregua de estos días, ni la más importante. Hasta anoche, Cintia y yo nos habíamos visto un par de veces más. Nuestros encuentros habían resultado agradables, incluso demasiado agradables, y la situación iba exigiendo pasar de una vez a la horizontalidad. Sin embargo, yo estaba desconocido. Ni siquiera había ido demasiado lejos con las manos. Era como

si nunca hubiera tocado a nadie: me estaba convirtiendo en un virgen *a posteriori*. Apenas había alcanzado a palparle los pechos, en un cine. Los había notado puntiagudos, dispuestos, mientras ella respiraba por la boca. Incluso diría que, al sentir la proximidad, sus muslos se separaron un poco. En lugar de excitarme, este detalle me atemorizó. Así que bajé los brazos (nunca mejor dicho). Ella permaneció erizada, expectante. Y volvió a relajarse lentamente, procurando concentrarse en la película. Entonces comprendí que el equilibrio no podría mantenerse por mucho tiempo.

Y resultó que el salto llegó solo. O lo dio la misma Cintia anoche. Siendo exacto, ella lo dispuso todo para que pareciese que era yo quien lo daba. Dejé que ella actuara como si yo la hubiese emborrachado. Permití que me reprochara juguetonamente mi presunto deseo de acabar la noche en su casa. Cooperé como pude en el juego de los besos interrumpidos, las manos retiradas justo a tiempo. Sabía que Cintia estaba dándome una última oportunidad y que, después de tanto esfuerzo, su orgullo no toleraría otra fuga. La acompañé a su casa. Y allí, de pie junto a la puerta, sin decidirme a entrar, me pregunté si no estaría pareciéndole un pelele sin sangre. Su mirada me sugirió que sí. Pero también que estaba decidida a llevarse a la cama a un pelele sin sangre.

Cintia resolvió que había llegado el momento de que invirtiéramos los papeles. Disipando los —a medias verdaderos— efectos del alcohol, me condujo a la cocina con el pretexto de un café que me reanimase para poder regresar a casa. Desde luego que pretendía reanimarme: de haber sido necesario, habría metido mi cabeza en la bañera. Recobrando la agilidad, fue encendiendo y apagando luces a su paso. Puso *jazz* suave y varias velas. Preparó café para los dos. Y se sentó de un salto en el sofá. Quise decir algo audaz, pero solo me oí preguntar inoportunamente: Ah, ¿no íbamos a la cocina? Eso, sin duda, habría terminado de desanimar a cualquier mujer sensata. Y Cintia parecía muy sensata.

Pero a veces la magia se impone a la fuerza. Mientras yo esperaba su respuesta airada, esa misma que probablemente ella se disponía a darme, sucedió algo insólito: las velas se apagaron a la vez. Cintia ya había arqueado las cejas y despegado los labios, a punto de mandarme, supongamos, a la mierda. Yo masticaba la idea de mi merecido castigo y visualizaba la calle desierta. Y de pronto, sin que mediase corriente de aire alguna, la luz de las velas redujo su intensidad y se esfumó. Casi en penumbra, ambos cruzamos una mirada de desconcierto. Y, a continuación, otra de reencuentro. Aquello no podía despreciarse.

Ella se puso en pie. Yo me acerqué. En vez de comenzar de nuevo con los abrazos parciales, Cintia me dio la espalda y se encaminó directamente a su dormitorio sin decir una palabra. La seguí por el pasillo, observando las evoluciones de sus gemelos. Una vez dentro del dormitorio, me ordenó con la mirada que cerrase la puerta. Parecía más alta que otras noches. Comenzó a desvestirse. El primero de sus gestos me impresionó: se quitó su pequeño reloj plateado, lo dejó colgando de dos dedos, hizo que se balancease y lo posó en la mesita de noche. Luego se soltó el pelo. Su pelo largo, oscuro. Me di cuenta, algo tarde, de que debía imitarla. Mientras caía su falda, comencé a desabotonarme la camisa. Al volar su blusa, yo seguía con los botones. Cintia ralentizó sus gestos. Logramos coincidir en los zapatos. Luego sus medias, mis pantalones. Mis calcetines, y ella quieta: dejó que la contemplara así, en ropa interior negra. Al final de sus muslos, aunque finos, se formaba un pliegue blando alrededor de las rodillas. Me alegró reparar en esa imperfección: ahora podíamos empezar con las mías.

Ella se desabrochó el sujetador y lo sostuvo un momento por las copas. Esta demora clásica produjo en mí el deseado efecto de ansiedad. Al siguiente movimiento, sus pezones me apuntaban. Sin quitarse todavía la pieza inferior, Cintia avanzó hasta mí —en calzoncillos e inmóvil— y, por decirlo en verso, me puso una mano en el paquete. Con la otra, mientras, tomó mi mano derecha y la atrajo. Entonces, mediante una ondulación abdominal que aún no comprendo del todo, logró que mi mano quedase atrapada entre la tela y el pubis. Un pubis no del todo depilado. Yo me sentía inexperto y completamente estúpido. Cintia pareció leer mis pensamientos: retiró mi mano con delicadeza y se acercó un poco más para besarme. Fue un beso prolongado que me serenó. Vi cómo ella cerraba los ojos y se quedaba en mi boca. Yo los mantuve abiertos, observando las leves contracciones de su cara y las rotaciones oculares bajo los párpados. Quise dejar de mirar, hundirme, perder la cabeza. No lo conseguí. ¿Podrías decirme si siempre fui tan tímido? Necesité que Cintia me tumbara en la cama y me arrancase los calzoncillos. Por supuesto, mi miembro estaba diminuto y enrollado como una criatura en incubación. Ella se aplicó a él. Sentí primero unas cosquillas, luego una especie de picor ascendente, y luego unas punzadas de placer que me pusieron incluso más nervioso: no estaba muy seguro de poder corresponderle con firmeza. Por fortuna, Cintia parecía adelantarse un segundo a cada descalabro. Comenzó a alternar su tarea con besos y mordiscos en ingles y pectorales. Eso me recordó que yo tenía un cuerpo entero, otras extremidades y multitud de rincones. Ella aún llevaba puesto el tanga, brillante y resbaladizo como un

traje de baño. Tras comprobar que mi condición era, si no boyante, al menos digna, lo hizo desaparecer con un veloz juego de manos y pronunció con calma: Ahora voy a follarte, ¿entendido?

La veía encima de mí, con los ojos cerrados. Esbozaba, lo recuerdo, una media sonrisa. Gemía con naturalidad, sin exageraciones cinematográficas. De mí no salía un solo sonido. Oía la música, el crujido elástico de la cama, la respiración de Cintia, el frotamiento de nuestras pieles. Busqué lugares lejanos donde solo existiera mi cuerpo. Me vi en una playa inmensa, flotando entre las olas. Me vi en medio de la nieve, resbalando montaña abajo. Vi también tu cara, Marina, espiándonos desde el techo. Me vi atrapado en una red, dentro de una pantalla, navegando al ritmo de la luz. Me vi de nuevo en la cama de Cintia, y noté que ahora me miraba. Ven —dijo sonriendo, y se acostó de espaldas separando las piernas—: ahora te toca a ti. Estuve a punto de preguntar qué era lo que me tocaba, pero callé a tiempo. Me acomodé sobre ella. Me contraí. Hice cuanto pude por adquirir algún protagonismo, pero Cintia ya gozaba consigo misma y con la noche: estaba en paz con el placer. Intenté invertir la habitación, reconstruir mi cuerpo parte a parte, despertar una por una. Aceleré mis movimientos, apretándome más. Y tuve la visión de un último resplandor, como un monitor que se apaga. Imaginé que entrometía un dedo por detrás del horizonte y lo levantaba igual que una alfombra, para ver qué hay detrás. Conseguí dar un grito. Luego otro. Mis músculos se soltaron. Perdí la noción del ritmo, entré en el ritmo de esa pérdida. Sentí que era capaz de estallar de inmediato o durar para siempre. Ella me tiraba del pelo, me miraba muy fijo, apretaba los dientes. Desde mi cabeza caían gotas de sudor sobre la suya. Un mar sucio nos unía. Hubo algo que ardió, y fue verdad. Cintia me atravesó con un alarido. Luego fue sumiéndose en un estado de lasitud. Se rio como una niña y me besó. Comenzó a lamerme el sudor de la frente, gota a gota.

Yo no había conseguido eyacular, me había costado un considerable esfuerzo mantenerme erecto, y solo hacia el final había sentido esa corriente eléctrica del sexo sin angustia. Y, pese a todo, supe de inmediato que aquella vez había sido distinta, que a la mañana siguiente, cuando nos despertáramos, seguiría estando esa sonrisa en la boca de Cintia y ese cuidado al susurrar mi nombre. Quisimos conversar un rato, pero el sueño nos sorprendió enseguida.

En cuanto abrí los ojos, encontré encima de mí una bandeja con frutas y café. Y a Cintia sentada al borde de la cama, fumando mientras canturreaba

Good day sunshine. Cuando dejé su casa, era casi la hora de la cena. La calle burbujeaba. Soplaban un viento nuevo.

[http://www.?](http://www.)

Conéctate con nosotros.

Consigue tu e-mail gratis.

B:> El detective en jaque

La correspondencia es un género anacrónico, una herencia tardía del siglo XVIII: los hombres que vivían en esa época todavía confiaban en la pura verdad de las palabras escritas. ¿Y nosotros?... Sin embargo, te confieso que una de las ilusiones de mi vida es escribir alguna vez una novela hecha de cartas.

RICARDO PIGLIA, *Respiración artificial*

¡De qué escribir! Toda mi vida es una carta a ti.

VIKTOR SKLOVSKI, *Zoo o cartas no de amor*

Raro: llevaba tiempo sin escribirte. Por aquí, mientras tanto, han ocurrido unas cuantas cosas. En realidad, desde cierto punto de vista, siempre están pasando cosas. Y, desde otro punto de vista, nunca pasa nada. Lo cierto es que no sé cómo empezar. Supongo que eso significa que tengo mucho para contarte.

Paula rompió con su novio hace ya unos meses. Una tarde, en casa, tuvieron una discusión con puesta en escena barroca: ella entraba y salía de la sala mientras él, desorientado, buscaba al apuntador. Desde entonces, por supuesto, ha habido varios amagos de reconciliación. Hoy hemos confirmado que no habrá más intentos. Fin de la historia. Yo presumía que mi hermana caería en una de sus depresiones juveniles (tiene en quién inspirarse). Que se encerraría en su cuarto, perdería el apetito y no hablaría con nadie. Pero nos lo ha comunicado durante el almuerzo, entre bocado y bocado, como quien menciona una noticia que acaba de leer en el periódico. Mi padre no hizo ningún comentario, si bien capté un destello de triunfo en sus ojos. Mi madre eligió la táctica contraria y comenzó a asediarla con preguntas, demostrándole lo mucho que lo lamentaba y lo consternada que se sentía. Paula los ignoró a ambos y —¡sorpresa!— se dirigió a mí para saber qué opinaba. Yo dejé de masticar, sin saber muy bien qué decir. Improvisé unas palabras sobre la prioridad de su bienestar personal por encima de todo y algunas otras banalidades protectoras con las que, inesperadamente, pareció quedar satisfecha. Me miró con una complicidad que no solemos profesarnos, y el almuerzo prosiguió como si nada.

Tampoco sus notas han sufrido altibajos. De hecho, me da la sensación de que ahora estudia con mayor disciplina y con la mente puesta en la carrera que hará, cuando decida por fin cuál es. Aunque sigue sin dirigirle apenas la palabra a mi padre, ya casi no discute con mi madre. Al contrario, se las ve cada vez más compenetradas. Se ha implicado del todo en las tareas de la casa, y hay que reconocer que hoy uno sabe con exactitud a qué hora se come, cuándo se hace la compra, en qué momento se limpia y otras cosas que en nuestra familia solían ser un misterio. Yo celebraría todos estos cambios, si no fuera porque Paula se ha encargado también de recordarme mis propias

obligaciones domésticas. Como lamentablemente tenía razón, no he tenido otro remedio que ponerme manos a la obra. El único trabajo que me agrada es ocuparme de los cristales: limpiándolos, uno descubre que existen. Por lo demás, excepto en el tema innegociable de mi cama (que permanece deshecha desde que tengo quince años), no ha habido manera de evitar los horarios y la lista de tareas rotatorias que mi hermana ha pegado con dos imanes en la puerta de la nevera. A eso lo llamo yo reforma constitucional.

Mi madre, mientras tanto, no parece mi madre. Lo único que sigue haciendo como siempre es regar los geranios del balcón. Ha logrado resucitar algunos rojos y morados. El resto sigue seco. Cada tarde, regadera en mano, ella conversa en voz baja con las macetas. Francamente, no sé qué es más extraño: si la terca sequedad de esos geranios ante los cuidados de mi madre, o los tercios cuidados de mi madre ante la sequedad de sus flores. Sospecho que ambas partes mantienen un secreto intercambio de estados de ánimo. Por lo demás, su conducta ha cambiado bastante. Antes solía deambular en silencio por la casa. Ahora sale a menudo y, cuando regresa, se sienta en la cocina a charlar con Paula vete a saber de qué. Las dos se mueren de risa y yo, de curiosidad. Hace tiempo que no me la encuentro con la vista perdida en un vaso, viendo cómo se disuelven los polvillos blancos.

El otro día, por ejemplo, mis padres tuvieron una de sus peleas. Pronto se impuso la voz de mi padre, que se quedó gritándole a mi madre mientras ella callaba. Desde mi habitación oí los pasos descalzos de mi hermana remontando el pasillo. La puerta de la sala se abrió de golpe, amplificando el sonido, y los gritos de mi padre se interrumpieron. La voz de Paula resonó durante un momento. La puerta de la sala se cerró con brusquedad. Y no volvió a escucharse una sola palabra. De hecho, no se oyó nada más en toda la casa excepto otra puerta, esta vez la principal, a esa hora de la noche en que mi padre suele fugarse cuando no tiene viajes de trabajo.

Así están las cosas por aquí. Quizás hayamos alcanzado cierto orden porque, en realidad, ya nadie tiene ganas de reclamar nada. La familia parece compuesta por tres satélites que giran —cada uno con distinta velocidad y amplitud de órbita— en torno a Paula, que emite luz y evita colisiones.

Tengo que irme corriendo: hoy me toca encargarme de la compra. Pronto mi hermana llegará de clase y, sinceramente, soporto menos sus reproches silenciosos que los tradicionales gritos de mis padres.

Esta noche, o a más tardar mañana, te envío otro correo con el resto de novedades. Ojalá un día de estos me escribas unas líneas. Como habrás visto, he cambiado de dirección. La antigua iba tan lenta que me volvía loco.

Saludos,

Net

[http://www.?](http://www.)
Más fácil y más rápido.
Haz clic y será tuyo.

Marina:

En primer lugar, disculpas. Había prometido escribirte enseguida. Y, ya ves, he tardado una semana. No sé si me habré vuelto perezoso para escribir, o qué. Últimamente paso días enteros sin asomarme al chat ni abrir casi el correo. Trataré de volver a disciplinarme.

Estos días Cintia y yo hemos estado yendo bastante al cine. Los prolegómenos son siempre igual de pintorescos. A ella le interesa una película, y a mí me interesa otra. O a los dos nos interesa la misma, pero ella prefiere que vayamos a las diez y yo prefiero la sesión de medianoche. O ella se muere por alquilar una película y que nos quedemos en su casa, y yo siento la urgencia repentina de que salgamos a tomar algo. No hay modo de aburrirse: nos pasamos el día negociando. Eso sí, cuando la cosa empieza a ponerse fea, suspendemos todos los planes y nos metemos en la cama a dirimir las diferencias.

Debo añadir que, con este método, en general soy yo quien acaba dejándose convencer.

El caso es que estos días hemos estado yendo bastante al cine, y la otra noche me acordé de ti. Habíamos elegido una francesa —drama burgués, sexo de *bon goût*, miradas larguísimas— y al entrar descubrimos que éramos los únicos espectadores en la sala. ¿Te acuerdas de cuando nos pasaba lo mismo? Aunque en esta ocasión no fue posible hacer gran cosa en las butacas, porque Cintia se pone muy solemne con el cine y no quiere perderse un solo diálogo. El problema de las sesiones de medianoche, que son las que a mí me gustan porque no va nadie, es que cuando volvemos a su casa Cintia entra bostezando. Y aunque uno —que a esa hora se encuentra en plenitud de facultades— despliegue todos sus recursos para reanimarla, a ella se le van cerrando poco a poco los ojos, y la línea negra de sus párpados va unificándose. Observo cómo se descalza, cómo empieza a desvestirse, y me asalta la urgencia de curiosear entre sus muslos. Pero ella me deja un beso breve, susurra unas palabras soñolientas y me dice hasta mañana. ¿Cómo que mañana?, me quedo rumiando, ¡quizá mañana esté muerto! Pero entonces la miro, acostada de perfil y respirando hondo, y recuerdo que a ella le sucede

conmigo algo muy similar por las mañanas, cuando le entra esa libido madrugadora y no hay manera de despertarme. De modo que me tumbo a su lado, intentando no rozarla mucho. O me dirijo al baño, me masturbo civilizadamente y me pongo a leer un rato, hasta que se me escurre el libro y se me cierra sobre el pecho.

Lo de Xavi, en cambio, va cada vez peor. Si antes solía perder la sobriedad detrás de la barra, ahora prefiere llegar al bar colgado de antemano. Algunas noches, al pasar frente a la puerta, la veo cerrada. Supongo que más tarde termina abriendo, pero desconcertar a los clientes con un horario impredecible no es la mejor manera de conservarlos. Dentro del bar, los sobresaltos continúan. Si tienes la paciencia de quedarte más allá de las tres, es posible que asistas a algún que otro episodio de esgrima. El problema no es solo que Xavi provoque en cierta forma esas escenas, sino que ahora viene gente mucho peor que la de antes. Muy de vez en cuando, también se incorpora al bar algún despistado nuevo. La otra noche, sin ir más lejos, me encontré a mi hermana bailoteando con una amiga. Si el antro les gustó lo suficiente como para quedarse, no quiero ni imaginarme cómo era el lugar del que venían.

Hay madrugadas en que por la barra circulan menos copas que sobrecitos de plástico o cartoncitos de colores. Eso sucede sobre todo a última hora, que desgraciadamente es la que más me gusta. Intento hablar con Xavi, preguntarle si sabe qué está haciendo, pero ya te imaginas. En cuanto empiezo a reprenderlo, él me suelta, imitando a Don Latino de Híspalis: ¡Relájate, Net, que se te tuerce la boca! Y me llena la copa de nuevo. Algunos no aceptan que te preocupes por ellos. Cuando intentas ayudarlos, te miran con gesto alarmado y te preguntan si necesitas ayuda.

Hasta que, el día menos pensado, se ahogan en un mar de salvavidas.

No sé si te habré hablado de mi amigo Fernando, el compañero al que todos admirábamos en la escuela. Era fuerte y callado. Por lo tanto, parecía invencible. Solía hacer los deberes de sus amigos más burros. Dejaba que te copiaras de sus exámenes. Metía buenos goles de cabeza. Y, para colmo, era el subcampeón de pulsos de nuestra clase. Esto último era probablemente lo más importante. Fernando jamás necesitó defenderse, pero todos sabíamos que hubiera podido romperle la nariz a cualquier niño del curso superior.

Aunque se pasara los recreos corriendo detrás de una pelota, al final de la mañana su uniforme seguía inmaculado. Quizá su elegancia consistiera en eso: en pasar por las cosas sin mancharse.

Como es natural, en aquel tiempo yo no me hacía estas reflexiones. Simplemente lo adoraba, lo perseguía, lo necesitaba. No sé si para él llegué a ser eso que llamábamos mejor amigo. ¿Podía Fernando querer una amistad así, de las que uno acaba dependiendo? Los fines de semana me gustaba ir a su casa de las afueras, que tenía un patio con perros, árboles y un cobertizo donde nos escondíamos para fumar sin tragarnos el humo o para intercambiar revistas no precisamente culturales. Aquel patio cumplía con los requisitos del paraíso: había sombra fresca y espacio suficiente para tirar penaltis. Fernando solía treparse al techo de chapa del cobertizo, saltar al jardín de los vecinos y robar naranjas. Yo no me decidía a subir tan alto. Desde el filo de la tapia, él me gritaba riéndose: ¡Cagado! Y muy pronto bajaba con frutas para los dos.

Cuando salíamos a dar una vuelta en su bicicleta, uno se montaba en el sillín y el otro encima, intentando mantener el equilibrio. En el camino de vuelta siempre pedaleaba Fernando, que parecía inmune a cualquier forma de cansancio. Aún recuerdo su voz entre infantil y adolescente, como una grabación antigua, dándome ánimos mientras tiraba del peso de ambos. En lugar de burlarse de mi escasa resistencia, él exclamaba: ¡Ya nos queda poco! Y entonces yo sentía que también pedaleaba.

La historia de mi amigo Fernando se terminó una tarde, cuando la chapa del cobertizo cedió imprevistamente y su cabeza se estrelló contra el suelo de cemento. Ese techo que sus padres le tenían prohibido pisar. El mismo al que yo nunca me había atrevido a treparme y desde el que Fernando, altísimo, inalcanzable, con los brazos en la cintura, me había demostrado tantas veces su valor. Fue la primera muerte de la que tuve conciencia. Y, sobre todo, una extraña lección sobre la supervivencia del más débil.

Trato de no contar demasiado esta historia: siento que estoy profanando algo. Aun así prometo que, si me armo de valor y consigo quedarme a solas con Xavi en estado de sobriedad, se la voy a contar a él también. Por alguna razón, intuyo que le concierne.

Posdata postacadémica: había olvidado decirte que no me he matriculado en la Facultad para este curso. Teniendo en cuenta lo poco que me falta para terminar la carrera, sé que mi decisión podría calificarse de estúpida. Pero, considerando todos los años que llevo de estudiante universitario, y

recordando casos de licenciados brillantes como Xavi, quedarme ahí más tiempo habría podido calificarse como una decisión *muy* estúpida. La prioridad es largarme cuanto antes. Estoy dispuesto a dejarme explotar ahora mismo, en lo que sea y por quienes sea, con tal de empezar de cero. ¿Cómo desaprovechar en un aula este súbito arranque de iniciativa propia? ¿Para qué consumir otro verano subrayando apuntes? Empezar de cero: borrar memoria, sustituirla, renovarla. Qué pureza.

Hablando de largarse, le he prometido a Cintia que esta noche iría a verla bailar. Pronto saldrá de viaje otra vez y estaremos un par de semanas sin vernos. Cuando el trabajo se lo permite, ella actúa en un grupo informal de danza contemporánea. Lo que más me gusta son los estiramientos que hace cada mañana: Cintia amanece abriéndose de piernas ante el sol. Así que me despido. Tengo que afeitarme, arreglarme y esas cosas. ¡Curioso hábito, este de vestarnos con esmero para la persona encargada de desvestirnos!

[http://www.?](http://www.)
Más fácil y más rápido.
Haz clic y será tuyo.

Cintia está a punto de volver. En mi anterior carta (¿debo decir capítulo?) te mencionaba, creo recordar, su viaje a las Canarias. Lo que no estoy seguro de haberte contado es el motivo de sus continuos desplazamientos. Cintia es guía turística. Lleva a grupos de excursión aquí y allá, los conduce al hotel, les explica la historia de cada lugar, les enseña monumentos, los lleva de compras, planea sus comidas, los mantiene entretenidos. Es decir, cordialmente engañados.

Como suele ocurrir con los mejores destinos, Cintia empezó en el gremio casi por azar. Hoy, sin embargo, le resulta imposible concebir otro trabajo. El ritmo es intensivo y discontinuo, igual que ella. Trabaja muchas horas, por períodos. Puede estar varias semanas pasando de un grupo a otro, cambiando de ciudad sin descanso, y más tarde tener diez días libres. Me la imagino dando brincos coreográficos, repartiendo sonrisas de manera equitativa, siendo amable con todos pero guardando las distancias, ganándose el respeto y las propinas. Sé que en verano vendrá lo peor. Pero aún es otoño y no quiero precipitarme. Por el momento, y a pesar de que la he visualizado cientos de veces montando a gringos fornidos en hoteles de lujo, no podemos quejarnos de su régimen laboral. Sus ausencias intermitentes nos dan aire, mantienen alerta la pasión y, sobre todo, nos entrenan en la incertidumbre. Como si fuéramos samuráis de la distancia.

Cuando por fin regresa, Cintia no desea otra cosa que quietud, comer en casa, ver películas, echar de a dos la siesta, asomarnos al balcón a fumar (estoy intentando dejarlo por enésima vez) y huir de las multitudes. Encerrarse por voluntad propia: justo lo que mejor sé hacer. Me figuro que, tarde o temprano, viajaremos a algún lugar juntos. Todavía no me he atrevido a proponérselo. Aunque no nos levantemos del sofá, con Cintia tengo la sensación de estar siempre en movimiento.

Mientras ella está fuera de la ciudad, nos llamamos casi todos los días. Muchas veces no tenemos qué decirnos, o no sabemos cómo decirlo. Por mi parte, no hay nada extraordinario para contarle: no acostumbro a cambiar de paisaje, alojamiento ni compañías. Ella por su parte ve tantas cosas nuevas, visita tantos lugares y habla con tal cantidad de gente al mismo tiempo, que

cuando intenta resumírmelo se queda en blanco. Imagínate qué dos. Como yo siempre espero que ella me narre sus andanzas, y ella espera que yo la ponga al día de las novedades aquí, a menudo nos quedamos callados. Así que nos disfrutamos por omisión. Nos escuchamos respirar. También la escucho sonreír. De verdad. Cuando Cintia sonríe, percibo cómo se le curva la respiración. Estás sonriendo, le digo, y a ella se le acentúa la curva.

Para esas ocasiones telefónicas, hemos ido perfeccionando toda una gama de onomatopeyas aproximativas. Por ejemplo, si ha tenido un día horrible y no soporta más a los turistas, Cintia profiere un *brrrr*. Y yo comprendo. Si nos echamos un poco de menos, basta con un *mñaaaauuu* y no hacen falta mayores explicaciones. Cuando la encuentro rara, me asaltan ciertas dudas y *tssss*, *tssss*. Tampoco faltan los momentos en que todo se me vuelve un poco *gloggg*. Pero Cintia me socorre con algunos chasquidos de lengua, o con ciertos suspiros sincopados que acaban por reanimarnos más allá de lo previsto. Entonces nos pegamos al auricular y nos entregamos a frenéticos intercambios de *pluuummms*.

Eso sí: militamos contra la nostalgia. La nostalgia es un veneno velado. Se empieza por percibir un sospechoso bienestar frente a un paisaje, la lluvia en los cristales o la luna llena, y se acaba delante de un revólver. Por eso, en cuanto nota que la echo demasiado en falta, Cintia me reprende y me recuerda que tenemos la fortuna de estar juntos sin renunciar a los descansos. Pero si yo no me canso de estar juntos, protesto. Y ella contesta que la idea, justamente, es no llegar a cansarse.

Acabo de empezar a dar clases en una academia. Pagar, pagan una basura y de contrato, ni hablemos. Pero con esa basura me ahorro las caritas condescendientes de mi padre cada vez que le pido dinero.

Para celebrar como se merece mi flamante precariedad laboral, voy a buscar a Xavi. ¿Le mando tus saludos?

[http://www.?](http://www.)
Más fácil y más rápido.
Haz clic y será tuyo.

Hola. Espero que estés bien.

Por mi parte, depende.

Hasta el momento, no puede decirse que en la academia nos exploten. Más bien nos sobreexplotan. Hay demasiados alumnos por clase. Tengo un horario a saltos. Voy y vengo todo el día. Pagan mal y tarde. En la cafetería de enfrente, ya soy como de la familia. Cuando vuelvo a casa, en cambio, me siento como un intruso. Estoy pensando en pedirles a los camareros que me adopten.

Hablando del gremio, con Xavi no hay manera: el personal del bar sigue cambiando. Otro día te cuento con más detalle. Lo demás no me va mal, lo cual ya está muy bien. ¿Y tú qué tal? Supongo que al fin se habrán convocado esas oposiciones. Seguro que quedas entre los primeros. Estudiando eras un faquir. Yo lo intenté, pero me atravesaban los clavos.

Después de muchas dudas, Paula se matriculó en Historia del Arte. Sigue sin estar del todo convencida, pero quiere probar. Últimamente anda de lo más ilustrada: el otro día incluso la sorprendí escuchando un cuarteto de cuerdas. Pensé que militaba en contra de cualquier instrumento sin amplificador. Tiene gracia: si yo hubiera seguido con las asignaturas que me faltaban, este año los dos habríamos coincidido en la misma Facultad. Imagínate. Ir bajando las escaleras entre una multitud de estimulantes jovencitas, mirar de un lado a otro con la voracidad del veterano, y descubrir de pronto las caderas de mi hermana.

El tiempo hace estas bromas.

Te deseo que pases unas buenas navidades y que descanses un poco. Tanto silencio tiene que agotar. En casa tendremos pavo, cava, postres, colesterol catártico. Vendrán el tío Miguel y la tía Remedios. Cuanto peor nos llevamos en la familia, más en serio se toman mis padres las fiestas. Tampoco me parece mal: a mí me encanta el pavo.

Felices fiestas y próspero yo qué sé,

Net

[http://www.?](http://www.)
Más fácil y más rápido.
Haz clic y será tuyo.

Xavi se hartó del último camarero que había contratado. No entiende absolutamente nada de poesía, me dijo. Y volvió a traer a una chica al bar. Me aseguró que esta vez no habría líos porque era una buena amiga. Yo preferí callarme lo que pensaba y le dije que me parecía buena idea. Me gustaría contarte que lo hice por discreción o por respeto a sus decisiones, pero me consta que fue por cobardía.

Como era de esperar, el mes pasado su amiga renunció. Ahora el bar no tiene otro camarero que Xavi. Nadie sabe más que él sobre cócteles raros o procesos de fermentación, pero cualquiera sabría más de relaciones públicas. Así que su bar sigue perdiendo clientes. Quedamos tan solo:

- a) Los que resistimos (por amistad, pereza o resignación).
- b) Los ocasionales (que aún no han tenido tiempo de discutir con Xavi).
- c) Los desprevenidos (que entran por casualidad y en general no vuelven).
- d) Y esa gentuza nueva que trae Xavi últimamente.

En estas semanas, he vuelto a encontrarme el bar cerrado en varias ocasiones. Xavi se pasa el día tirado en el suelo de su casa o perdiendo su tiempo con los de la categoría d). Cada vez hablamos menos sobre libros. Él, como Mallarmé, dice que ya los leyó todos. Me temo que es más bien por lo otro que dijo Mallarmé, lo de la carne. Sin embargo, la otra noche se me acercó y me dijo al oído con toda seriedad: Te prohíbo que releas a Rimbaud. Después me rodeó el cuello con un brazo, me dio un beso en la mejilla y se perdió entre el humo.

En vez de buscarse mujeres de su nivel, Xavi engatusa a adolescentes drogadictas con el pelo violeta que no saben qué hacer con los fines de semana. Cuando le pregunto por qué hace esas cosas, él no pierde ocasión de citar a su marqués de Bradomín: Yo soy un santo que ama siempre que está triste. Apenas nos llamamos por teléfono. Yo porque él ya no lo hace, él viceversa.

Con Cintia seguimos bien: discrepamos lo justo para que todo parezca verdadero. Desconfío de esos idilios sin una mala palabra. Acaban de repente,

a golpes. Nosotros nos gritamos un rato, después nos reímos y después tenemos sexo. Me parece una secuencia saludable. A ella le encanta contradecir los elogios. Si le digo por ejemplo que folla como una reina, ella responde que prefiere gozar como una plebeya.

Cintia un día te abre de par en par sus puertas, y al día siguiente te las cierra en las narices. Eso la vuelve tan atractiva como frustrante. Tampoco he conseguido que me jure fidelidad. Ella la considera una forma de dominio, de sostén del patriarcado y todo eso. Pero a mí, qué quieres que te diga, me tranquilizaría bastante. Ella siempre me sale con el argumento de la lealtad emocional por encima de la posesión física, entre otros lemas *cool*. Insiste en que da igual si un día me apetece irme con alguien a la cama. Siempre y cuando —agrega burlándose— al volver no haga ruido con la puerta, porque ella tiene el sueño delicado.

No sé si seríamos capaces de entendernos durante años. Pero hoy, ahora mismo, en este instante, no puedo imaginarme cada día sin ella. Me preocupa que se ausente durante buena parte del verano. Cintia me consuela diciéndome que así después tendremos más dinero para viajar juntos. *Tsss, tsss*. Si vuelve.

Con la llegada de la primavera, ella ha ido perdiendo ropa y yo, los nervios. Salimos a la calle —faldita corta— y lobos. A tomar un helado —sin sujetador— y más lobos. Al parque a tomar sol —el ombliguito al aire— y lobos, lobos. Creo que, cuando nota que sufro por esas tonterías, ella disfruta más.

Estimad@s ciudadan@s, si tienen la bondad, ¡disparen a los lobos callejeros!

[http://www.?](http://www.)
Más fácil y más rápido.
Haz clic y será tuyo.

Noticia número uno. Bastante previsible: he dejado la academia. De vez en cuando paso por la cafetería de enfrente, para hacerles una visita a los camareros.

Noticia número dos. Un poco más original: he entrado a trabajar en un almacén de accesorios para cortinas. Se trata de un local instalado en un sótano, repleto de argollas, sacos, tornillos y rieles. Comparto espacio con otros cinco tipos de lo más simpáticos. Han desarrollado una admirable capacidad para no aburrirse. Prestan toda la atención del mundo a objetos que para mí hubieran resultado invisibles. Mi tarea consiste en ordenar las argollas por tamaños y colores, agruparlas por decenas y pasárselas a un compañero, que las introduce en una bolsa junto con los tornillos correspondientes. Un tercer compañero pega una serie de etiquetas en las bolsas: Roble, Pino, Blanco, Nogal, etcétera. 120 centímetros, 160, 200, y así. De vez en cuando nos intercambiamos las funciones. Un trabajo variado. Un sentido completo. Es importante mantener la concentración porque, si te equivocas con las piezas, en algún lugar de la ciudad habrá alguien que no pueda colocar las cortinas en su ventana. El sótano tiene su encanto fotogénico. Pasillos que se estrechan, sombras largas, ambiente brumoso. Nos permiten escuchar la radio y encender cigarrillos. No creas que me pagan menos que por dar clases de lengua o gramática latina.

Cintia opina que he sido un impaciente. Que, si hubiera aguantado un poco más de tiempo, quizás en la academia me habrían ofrecido un aumento de sueldo o un contrato estable. Si queremos vivir juntos, no nos vendría mal conseguir algo así. Pero no te imaginas qué descanso es preparar cortinas. En el sótano agrupo las ideas, planeo mis correos, ordeno los recuerdos como si fueran argollas. Nadie nos interrumpe. Nadie baja a molestarnos. Solo al final de la tarde, antes del cierre, vienen a contar las bolsas y anotan las cantidades. ¿Cómo es posible que en esta ciudad hagan falta tantas cortinas?

Se me ocurrió proponer en casa que cambiásemos las nuestras, que están bastante deterioradas. Se lo pregunté a mi madre. Eso es cosa de tu padre, contestó. Aunque apenas hablamos, fui a decírselo a él. Su respuesta: Eso es cosa de tu madre.

Lo que necesitaríamos, pensé, son más ventanas.

[http://www.?](http://www.)
Más fácil y más rápido.
Haz clic y será tuyo.

Mi padre jamás me enseñó a defenderme. Me explicó que reflexionar sobre mi propia conducta me evitaría utilizar los puños, que un diálogo a tiempo es mucho más eficaz que un directo al estómago.

Qué cosas tienen que escuchar los niños.

La violencia existe al margen de nuestros principios. Incluso si pudiéramos gobernar nuestras reacciones (¿podemos?), poco puede hacerse para controlar las ajenas. Recuerdo las escenas que, día tras día, tenían lugar en mi colegio. Nunca fui el más fuerte, el más alto ni el más ágil. Tan solo de cruzarme en el patio con ciertos compañeros, temblaba de pánico y rompía a sudar. Pero al cumplir más o menos diez años, cuando aprendí que mi tranquilidad dependía de la desesperación con que devolviera los golpes, las cosas se me hicieron un poco más soportables.

Mi padre no se molestó en comprobar cómo funcionaba la realidad fuera de sus propias leyes. Creía honestamente que con libros y buenas palabras le bastaría para mantenerme a salvo de la barbarie, que siempre es eso que practican los demás. Una tarde de domingo, sin embargo, lo convencí de que jugáramos al boxeo. Yo estaba asombrado. Era la primera vez que mi padre hacía algo así conmigo. Recuerdo muy bien cómo alzó los antebrazos, cómo apretó los puños a la altura de los pómulos y empezó a balancearse flexionando las rodillas. Entonces hice un descubrimiento increíble: mi padre sabía pelear. ¿Dónde había aprendido? Entusiasmado, yo procuraba imitar sus movimientos. Cruzamos golpes imaginarios. Mi padre sonreía. Su mirada, en cambio, me asustaba. Respiraba como si estuviera entrenándose. Me costaba seguirle el ritmo. Nuestros nudillos se rozaban en el aire, deteniéndose unos centímetros antes de llegar a nuestras caras. Nos movíamos al mismo tiempo. Girábamos cada vez más rápido. De pronto, algo salió mal: él estiró demasiado el brazo, o yo debí de acercarme a él en el momento equivocado. Sentí un impacto en la punta de la nariz y mi ropa empezó a llenarse de sangre. Tuvieron que llevarme a un hospital. Recuerdo a mi padre conduciendo, su cara descompuesta en el retrovisor y el silencio indignado de mi madre, que estuvo sin hablarle varios días. Entretanto yo, sin saber muy bien por qué, me sentía culpable.

De modo que mi padre, que jamás me enseñó a defenderme, me noqueó por error un domingo con su anillo de bodas.

Años más tarde, le pregunté por qué ya no usaba el anillo. Quizá tenía la esperanza de que me dijera que, desde aquel accidente, no se había sentido capaz de usarlo. Mi padre me contestó que sus dedos habían engordado. Le sugerí que lo mandara ensanchar o lo cambiase. Eso díselo a tu madre, respondió él. Y era cierto: me di cuenta de que ella tampoco llevaba su anillo. Le pregunté cuándo se lo había quitado. El mismo día en que a tu padre le engordaron los dedos, dijo ella.

Todo eso fue antes de que mi madre renunciara a quejarse. Ahora simplemente sale de compras, va a la peluquería, al cine o a pasear con amigas: cualquier cosa que la aleje de esta casa. Llega una edad incómoda en que los hijos empezamos a reconocer, en las estratagemas de los padres, las propias estratagemas.

Imposible saber quién es quién aquí. Mi hermana le pregunta a mi madre dónde ha estado todo el día. Mi madre le pregunta si ya está lista la cena. Mi padre se refugia en el despacho para evitarlas a ambas. Yo le pido consejo a mi hermana menor acerca de qué hacer con nuestros padres. Ella me contesta que para algo soy el mayor. Y yo reflexiono y me digo que no, que para nada en especial.

Para colmo, Paula se ha hecho adicta a los cigarrillos negros. Fuma muy bien, dibujando una O expansiva con los labios. Está aprendiendo muchas cosas en la Facultad. Yo no conseguí fumar así de bien hasta tercero, por lo menos.

Te escribo frente al rectángulo celeste de la piscina seca. Han tenido que vaciarla, porque este año el agua había sobrepasado el límite de contaminación para poder reciclarse. Durante el otoño y el invierno, ha sido hermoso ver flotar y agitarse las hojas pardas de los árboles. Se acumulaban tantas que parecían formar la piel de alguna criatura dormida en las profundidades. Ya no veré al jardinero colar el agua con esa paciencia de buscador de oro, ni limpiar morosamente el fondo con su aspirador. Pero en cambio ahora veo el hueco enorme de la piscina desalojada. La guarida de la criatura. Los azulejos transmiten una sensación de simetría cercana al mareo. Cuando el sol cae perpendicular, su resplandor me hiere los ojos. Sé que, una

vez llena, el agua al mediodía será un gong estremeciendo los cristales de las ventanas.

[http://www.?](http://www.)
Más fácil y más rápido.
Haz clic y será tuyo.

El marqués de Bradomín se diluye, Marina. Sus noches son un desastre. Su casa, un estercolero. Bradomín se nos va. No sé si sabrá volver.

Últimamente pasaba por el bar un tipo alto, con bigotes de esos que en teoría ya no existen. Venía solo y no hablaba con nadie salvo con Xavi. Nunca se quedaba mucho tiempo. Desaparecía durante semanas y de pronto venía varias veces. Supuse que era el tipo que le vendía las pastillas y todo lo demás que él suele consumir. Pero estaba equivocado: en realidad se las pasa para que él las venda entre la clientela del bar. Xavi acaba de confirmarme que se lleva una comisión.

Estoy acostumbrado a hacer la vista gorda con sus líos. Xavi es el único que me ha escuchado siempre. Y sin juzgarme en absoluto. Así que yo también evitaba juzgarlo. Pero esto es diferente. Y me doy cuenta, estúpido de mí, de que sin esto el bar sería una completa ruina. O, siendo más exacto, de que el bar sigue abierto para esto.

La otra noche Xavi me pidió que lo acompañase a los polígonos industriales. No parecía la zona más apropiada para una fiesta. Me insistió con tanta vehemencia que fui incapaz de negarme. Al comprobar que nos alejábamos de la parte urbanizada y nos dirigíamos hacia las naves, empecé a ponerme nervioso. Detuvimos el coche, entramos en una de las naves y nos topamos con dos individuos de muy mal aspecto. En cuanto nos vieron aparecer, se pusieron a insultar a Xavi. Él les gritó de forma temeraria. Discutían sobre cantidades de dinero bastante considerables. Cuando las cosas se pusieron feas, Xavi me lanzó una mirada que no entendí del todo y luego les advirtió que yo iba armado. Corrió un segundo de silencio helador por la nave. Imaginé que los otros dos sacaban sus pistolas y nos freían a tiros. Me quedé rígido como una estatua. Los dos individuos me miraron de arriba abajo. A mí se me incendiaron los intestinos. Entonces ellos se calmaron — tragué saliva— y aceptaron bajar la cantidad. Xavi pareció satisfecho. Les entregó un sobre que llevaba en el abrigo, nos metimos en el coche y nos marchamos.

Desde entonces no he vuelto por el bar. Tampoco tengo ganas. Sé que Xavi llamó a casa hace un par de días. Mi hermana habló con él. Yo había

salido a cenar con Cintia.

No estoy seguro de cuándo habrá empezado todo esto. ¿O acaso abrió el bar con vistas a esta clase de negocios? Prefiero no saberlo. Brandomín se nos va. Ya no le quedan estaciones.

[http://www.?](http://www.)

Más fácil y más rápido.

Haz clic y será tuyo.

Cuánto tiempo, ¿verdad? El tiempo rara vez es simétrico: se detiene o acelera. Me sorprende haber pasado tanto sin escribirte. Aunque ahora, mientras decido qué contarte, me doy cuenta de que ya lo sabes todo. De que he estado contándotelo en voz callada, escribiéndote la carta de mi vida. Quizá por eso no te he echado de menos. Porque te he secuestrado, porque estás detrás de mis palabras.

Finalmente mis padres se han separado. Según se mire, se trata de una noticia obvia o asombrosa. Era evidente que no se soportaban, que no nos soportábamos. Pero las cosas se habían degradado tanto, era tal la costumbre de enfangarse, que parecía imposible que algo cambiara. Después de haber vivido durante años en mundos ajenos, mis padres viven al fin en casas distintas.

Quien se ha quedado en casa, sin embargo, ha sido mi padre. Es la segunda noticia: mi madre se ha mudado muy gustosa. ¿Recuerdas aquella vez en que Paula irrumpió de golpe en la sala para que mi padre dejara de increpar a mi madre? Yo estaba en mi habitación y oí los pasos descalzos de mi hermana remontando el pasillo, su voz resonando, un silencio repentino en toda la casa. No sé si recordarás que, en mitad de la noche, también oí abrirse y cerrarse la puerta principal. Y que supuse que sería una de las huidas nocturnas de mi padre. Bien: quien se había ido, la que regresó al amanecer, era mi madre.

Al saber esto, no me fue difícil adivinar los motivos de las recientes ausencias de mi madre, de sus salidas, paseos y enfáticos peinados. Podría haberse tratado de algo pasajero o de una mera advertencia a mi padre, pero qué va: por lo visto, se nos ha enamorado de su amante. Mi padre montó en cólera. Le dijo que ni soñara con echarlo de su casa y que además tenía excelentes abogados. Mi madre le contestó que podía quedarse en casa, siempre que se ocupara de nosotros como corresponde. Y que podía quedarse también con el coche y con sus excelentes abogados. Y que de hecho se sentía encantada de largarse, porque tenía adónde ir. Eso será, le gritó mi padre,

hasta que ese pobre imbécil se harte de ti. Mi madre le comunicó que, por el contrario, de quien se había hartado era de su esposa y que por eso pensaba divorciarse. Que él también dejaba su casa y se iban juntos a una nueva.

Paula y yo no teníamos especial interés en que mi padre se ocupase de nosotros. Mi hermana, menos aún. Esa es la tercera noticia: ahora vive en un piso de estudiantes. Aunque mi padre le pasa algo de dinero por mes, ella ha empezado a dar clases particulares a niños y a trabajar de camarera los fines de semana. Ahorra todo lo que puede. Va menos a clase, pero estudia por su cuenta e incluso —indigna hermana mía— piensa presentarse a todos los exámenes. La pobre, sin embargo, va aprendiendo: el otro día me comentó que tenía toda la impresión de que a uno de sus profesores le faltaba la cabeza. En cuanto a mí, duraré poco en esta casa. Estoy buscando una con Cintia. Así que mi padre está a punto de quedarse solo. Más que triste, parece desconcertado. Mi madre me llama de vez en cuando, y sé que ve a mi hermana con frecuencia. Paula viene a casa una vez por semana, nos hace una breve visita y se marcha. Informa a mi padre de sus novedades, le confirma que los estudios marchan bien y poco más. El resto del tiempo charla conmigo. Me cuenta algunas cosas. Me pregunta por libros. Me recomienda series. Creo que sigue soltera, orgullosa de estarlo.

Lo curioso es que, cuando Paula viene a almorzar, mi padre se encarga de la comida y limpia un poco. Para sorpresa mía, he descubierto que mi padre sabe cocinar aceptablemente. Se diría incluso que apenas bebe. Se da cuenta, en suma, de que ahora nadie se ocupa de él. Creo que a Paula le molesta comprobar que no sufre demasiado sin las mujeres de la casa.

Ahora bien, yo diría que mi padre se ha vuelto transparente. Miro a través de él, de su mirada líquida. En ella no hay temblor, no hay espera. Solo un presente en blanco. Incluso cuando me toca —porque se ha acostumbrado a palmearme la espalda todo el tiempo en señal de complicidad—, noto cómo su mano es un guante lleno de agua.

Aparte de sus logros en la empresa, las iniciativas que ha tomado en estos meses son básicamente dos. La primera fue arrancar todos los geranios de mi madre. Me causó cierto impacto encontrármelos entre los desperdicios del cubo, como manchas de témpera en mitad del barro. La segunda fue un amago de autocrítica, actividad que en la familia apenas conoce precedentes. Mi padre mencionó al pasar, como a propósito de nada, que era muy consciente de los conflictos —a veces por acción y otras veces por omisión— que había causado. Sobre todo con sus hijos, añadió. Sobre todo con mi hermana, especificó enseguida. Temiéndome que estuviera tanteándome

como intermediario, me apresuré a decirle que entonces no era yo quien más necesitaba escuchar eso. Mi padre suspiró (un suspiro para mí desconocido en él, más agudo, femenino) y me contestó: No, hijo, no. El daño nos deja sordos.

Repitió varias veces esta última frase hasta que se calló. No hemos vuelto a hablar del tema.

Mientras tanto, sigo con las cortinas. Las descompongo en partes. Las armo y las desarmo. Las corro y las descorro. Trabajo en doble turno. Pienso quedarme por lo menos hasta agotar el último contrato temporal. Necesito algo más de dinero para irme a vivir con Cintia. Ella está bien, aunque ha dejado el grupo de danza. Dice que está demasiado cansada para cumplir con los ensayos. Me siento algo responsable de eso. Antes de conocerme, no tenía demasiados problemas para ensayar entre viajes. Ella opina que yo debería aprender para que bailemos en casa. (Carcajadas, aplausos). Ahora tiene bastantes viajes, porque en verano se tomó unos días más de los previstos. En septiembre pudimos escaparnos a la playa. Unos amigos nos prestaron su casa: apenas vimos el sol. Tanta felicidad me pareció sospechosa. Yo volví pálido como siempre, ella regresó con una inexplicable piel tostada.

Releo todo lo anterior. Sé, intuyo, que estás en otra parte. ¿El tiempo nos habrá dejado sordos? Cuando se escribe para alguien que no está, se experimenta un vértigo similar al de esos anuncios donde un coche vacío atraviesa un paisaje: así, sin conductor, nos va paseando el tiempo.

[http://www.?](http://www.)
Más fácil y más rápido.
Haz clic y será tuyo.

He pensado muchas veces, Marina, en nuestro viaje a Londres. El último. El primero. Nunca habíamos pasado tanto tiempo juntos en la misma habitación. La recuerdo tan lejana como si la inventase. Un cubo blanco con una extraña ventana, demasiado angosta para su altura. Un armario empotrado que no llegamos a usar. Una cama casi tan amplia como el suelo. Un viejo edredón a cuadros. La alfombra raída. Tus pies descalzos arrastrando los talones, dejando surco. Las ramas rozando los cristales. La mesita de noche con dos libros. Imaginando aquella habitación, se me ocurre que tú ya conocías el final de la historia. Te mostrabas demasiado amable, demasiado paciente conmigo. Evitabas discutir, aceptabas cada paseo. ¿Cómo no me di cuenta de que esa entrega preparaba la despedida?

Una foto casual resume aquel momento. No sé dónde estará, quizá la tengas tú. Paseábamos por Covent Garden. La foto nos la hizo otra pareja de turistas mayores. En el centro nos veo a ti y a mí, abrazados delante de un carrusel girando. Unas gafas oscuras te cubren media cara. A mí me deslumbra el resplandor y entrecierro los ojos. La imagen capta el torbellino de colores a nuestras espaldas, una mancha compleja entreverando sus hilos de luz. Nosotros mientras tanto aparecemos completamente inmóviles, como si se tratara de un montaje de dos fotos: una alegre y dinámica al fondo, en primer plano otra congelada y perpleja. Después de fotografiarnos, la pareja se despidió de nosotros deseándonos mucha felicidad por largo tiempo. Nosotros asentimos.

O así me imagino la escena. Así me hubiera gustado que terminase la historia.

En cuanto regresamos, me comunicaste tu decisión. Pese a la gravedad del tono, los ojos te brillaban de libertad. No creo que mi reacción fuese la más razonable. Ni siquiera te diré que estaba fuera de mí: no, aquel era exactamente yo. Me reconozco en cada aspaviento, cada palabra de sobra. Uno se reconoce mejor en sus debilidades. Los errores nos pertenecen más que los aciertos. Según tú, no te habías enamorado de nadie. Solo preferías estar sola. Poco después desapareciste para preparar esas oposiciones que

estoy seguro de que has aprobado, que a lo mejor te habrán llevado a otra ciudad, o que tal vez no existan.

Yo, por mi parte, preferiría no tener que irme de aquí. Aunque he vivido en esta insulsa ciudad durante toda mi vida, camino por ella igual que un forastero. Como un turista fijo. No siento que sus transeúntes sean mis semejantes ni mis hermanos. Los veo codo a codo y remotos, conmovidos por algo que nunca llegaré a averiguar. La ciudad nos pertenece a todos, pero por separado. En vez de compartirla, nos la hemos dividido. Mudarme a otra ciudad significaría tener que volver a disputármela, ganarme mi porción de calles, de bares habituales, de rincones con memoria. Y como hay quienes, vayan donde vayan, serán de todas formas extranjeros, prefiero serlo en territorio conocido.

Todos los lugares son iguales. Todos los lugares son distintos.

Hablando de bares habituales, tendré que buscarme otro. Con Cintia volvimos un par de veces al de Xavi. Y, como era de esperar, no terminó de gustarle. Ella no tiene bar predilecto, así que practicamos el nomadismo. Aunque salimos más bien poco. Nos gustan las noches interiores. A Xavi no lo veo hace bastante tiempo. La última vez, mejor olvidarla. Cuando quiera darse cuenta, solo quedarán sus tortugas.

Dudo que recuperes aquel libro, la *Sonata a Kreutzer*. A estas alturas debe de estar sepultado bajo los objetos más absurdos o rodeado de electrodomésticos. Eso sí: finalmente Xavi leyó la novela. Por lo visto, aquella tarde en su casa le despertó la curiosidad. Meses después me contó que le habían hecho mucha gracia tus subrayados y anotaciones. Dijo que te habías detenido sobre todo en las partes en que Pozdnyshev, indignado, suelta sus parlamentos misóginos de Schopenhauer ruso. Pero que él, en cambio, había quedado maravillado con el modo en que el violinista Trujachevsky logra seducir a la esposa, fingiendo indiferencia y pese a la obsesiva vigilancia de su amigo Pozdnyshev.

Tolstói era un fanático, me dijo Xavi, pero también un genio. Por eso fue capaz de desdoblarse en un patriarca ortodoxo y en un cínico adúltero. El peso de la novela parece recaer en los pasajes moralistas de Pozdnyshev acerca de las mujeres y el matrimonio, pero Xavi subrayó esos otros pasajes en que, entre disertación y disertación sobre la fidelidad, su esposa y Trujachevsky intercambian fluidos a través de una sonata de Beethoven.

Según él, fue divertido comprobar cómo, de esas páginas voluptuosas y los ataques de celos de Pozdnyshev, no subrayaste nada.

Al leer —recuerdo que me dijo—, cada cual oculta sus propias entrelíneas.

Xavi iba ebrio y procuré no seguir su razonamiento hasta el final. Tampoco a ti voy a hacerte preguntas. Solo te digo que ese libro está enterrado bajo el polvo.

[http://www.?](http://www.)
Más fácil y más rápido.
Haz clic y será tuyo.

Ordenaba mis cosas. Intentaba ganar tiempo para cuando Cintia y yo nos mudemos. Imagínate, tantos años viviendo en esta madriguera: en cada estantería, en cada cajón iba topándome con juguetes, libros, tebeos y objetos inservibles. En casa nadie, nunca, ha tenido la idea de tirar nada. Como si todos hubiéramos vivido atrincherándonos, levantando barricadas contra el tiempo.

Al marcharse, mi madre se llevó lo mínimo indispensable y mi padre no protestó. Si se abren los armarios o los botiquines del baño, cualquiera pensaría que mi madre solo ha salido de vacaciones. Durante la limpieza encontré ropa, adornos y papeles suyos. Se lo dije a mi padre. Él se encogió de hombros. Así que decidí juntarlo todo, meterlo en varias bolsas y guardarlo en el despacho.

No quisiera demorarme con preámbulos. Digamos que cada objeto me llevó a otros objetos, cada papel a otros papeles. El caso es que estaba ordenando mis cosas y las de mi madre, moviéndome de habitación en habitación, cuando encontré la nota. Curioso: intentando reunir todas mis pertenencias olvidadas, di por accidente con el único recuerdo que, sin pertenecerme, llevaba toda la vida buscando.

La nota de mi abuelo estaba en el cajón inferior del escritorio, entre documentos de la empresa. Estaba tan a mano que me pareció una burla del azar, un secreto con fraude. ¿Cómo no la había visto antes? Quizá porque nunca antes me había molestado en curiosear en los asuntos de mi padre.

Esperé a quedarme solo y bajé a fotocopiar la nota de mi abuelo. Eran siete hojas dentro de un sobre marrón como los de las radiografías. La letra del abuelo José resultó más legible de lo que había imaginado. Su pulso transmitía precisión y firmeza. Los trazos eran limpios pero veloces, como si aquella hubiera sido la transcripción definitiva de un borrador previo.

Luego devolví la nota al cajón, y nadie supo.

Hijo querido,

puedes considerar estas líneas, si suenan más gratas así, como una última carta. Como la carta que te manda un viejo antes de marcharse. ¿Debería decir desaparecer? Confío en que no. Mi intención es justamente la contraria: marcharme

ahora, no esperar a convertirme en un estorbo, para dejarles a mis hijos una memoria digna de permanecer en sus corazones.

¿Cuánto cabe en un corazón? Tendemos a creer que su capacidad de almacenamiento es infinita. Sin embargo, después de dedicar mi vida a la cardiología y la cirugía de tórax, me siento en condiciones de afirmar que es poco, y muy selecto, lo que cabe en el corazón de un hombre. Por nuestro propio bien nos vemos obligados a elegir, medir, descartar: el desarrollo de las emociones no está tan lejos, creo, de la belleza trágica del ajedrez. El tiempo está en juego. Y, aunque sus movimientos parezcan transcurrir despacio, en realidad todo avanza rápido y nada lo detiene. Reconozco haber llorado ante algunas partidas de Alekhine, Capablanca o Fischer, igual que me estremece razonar la perfección de los ingenios del doctor DeBakey. Una perfección que no es estética, sino cuestión de vida o muerte. ¿Qué han sido para mí durante todos estos años la cirugía y el ajedrez, mis dos ciencias más preciadas? Tal vez la misma cosa: una técnica emocionada.

Espero que perdones, hijo, estas divagaciones mías que tanto te impacientaban cuando eras un muchacho. Pero, como la vida es tan frágil en sus equilibrios, no puedo dejar de imaginarme que el orden y el peligro con que las piezas circulan por un tablero copian la minuciosa trama de la sangre a través del cuerpo. Pensamiento (inspiración), apertura (espiración, plenitud de la aorta) y las piezas comienzan a moverse en grupos (bombeos, división de la vida por arterias). Enseguida se dan los intercambios: en los vasos más finos (peones) los primeros materiales se cruzan y van desechándose (el oxígeno entra, el dióxido de carbono sale). Entonces el tablero cambia de colores, lo claro se oscurece, lo oscuro se aclara. Así las piezas blancas y las piezas negras se unen combatiendo, y trabajan juntas encaminándose hacia su fin: sístole (ofensiva), diástole (jaque)... El resto solo son defensas, estrategias para sobrevivir.

¿Qué tengo para decirte, hijo? Que te quise como pude, que pude quererte mejor. Que cuides el tablero. Que no malgastes piezas. Sé que he sido severo (tal vez más contigo que con tu hermano: ventajas y problemas de llegar primero). Que intenté rodearte de reglas, estudiar tus movimientos. Que siempre necesitaste más libertad de la que te concedí. Recuerdo (*¡re-cordo!*) tus argumentaciones y desobediencias, mis censuras y castigos. Recuerdo el furor con que acudías a las manifestaciones, las compañías en las que te empeñabas, ese par de detenciones que tanto me disgustaron y tanto te enorgullecieron. También recuerdo haberte reprochado que confundieras democracia y disturbio. Pero nunca te dije, hijo, creo que nunca te he confesado que yo apreciaba tus rebeliones. Que no las compartía en absoluto, pero que en el fondo —un fondo oculto— siempre admiré esa indignación con que te oponías a mi autoridad. ¡Un padre no es un policía!, me gritabas, hecho un hombre y aún con voz de niño. ¡Un padre es eso: un padre! Qué respuestas inflexibles las mías. Y sin embargo, creo, necesarias. Yo he vivido siempre, hijo, como mi padre consideró que debía vivir. Su voluntad fue que estudiara Medicina, y así lo hice. Él dispuso que tu madre y yo formalizásemos nuestra relación sin apenas conocernos, y así fue. Incluso mucho más tarde, al final de sus días, mi padre no aprobó mis planes de divorcio. Y yo seguí viviendo con tu pobre madre hasta que se nos fue, encontrándome a escondidas, como supongo que ya sabes de sobra, con la mujer que amaba.

Ya ves cómo he acabado. Esa mujer se cansó de esperarme, de envejecer sola, y se casó con otro hombre. Desde hace años estoy solo, viejo y lúcido como una lámpara de anticuario. ¿Tengo por tanto derecho a darte consejos? Probablemente no. Pero, a pesar de todo, un padre lo es para siempre. Por encima de sus propias desdichas, de sus propios errores y, si me apuran, incluso por encima de los deseos de su hijo. Por eso, sin ningún derecho excepto ese, porque es mi obligación y también mi orgullo, necesitaba decirte que tenías razón: tal vez un padre no sea un

policía, un guardián ni nada parecido. Pero lo que seguro no debe ser un padre, hijo, es un prófugo. Tú ya me entiendes. Y ojalá sepas perdonarme la intromisión.

Mi nieto es un niño muy observador. Presta gran atención a todo lo que le enseñan. Sin embargo, o por eso, está asustado. Te ruego que lo prepares para el dolor. No dejes que lo aprenda él solo, porque entonces se hará viejo antes de tiempo. Tu abuelo solía repetirme eso de que los hombres se hacen a golpes, porque sabía que la vida duele aunque no queramos. Pero, si nos hacemos a golpes, ¿quién golpea primero? Solo estoy sugiriéndote que le enseñes las reglas para jugar. Que le pongas un marco, algún tablero. Que le hagas ver que nadie juega libre desde el principio. Y que solos somos menos libres todavía.

Una variante más, antes del jaque mate. Tengo la impresión de que hoy los mayores les temen a los jóvenes. No quieren hacer uso de su autoridad, se sienten desarmados y no saben qué hacer. Eso es ridículo. La autoridad no se depone: se administra bien o mal. Se es justo o no con ella. Como en el quirófano, las decisiones más delicadas son las únicas que no pueden dejar de tomarse. O, como en una partida, las blancas no pueden eludir la responsabilidad de abrir el juego y proponer un desarrollo. Salvo que quieran perder la posición y quedar indefensas.

Por lo demás, he aprendido que existen dos maneras de jugar al ajedrez: con el máximo sentido común o con auténtica desesperación. En el primer caso se juega para no caer derrotado. En el segundo caso se busca, con el riesgo que sea, el desequilibrio del otro. Son dos juegos distintos. Es posible llegar a conocer ambos, pero no ejercerlos. En algún momento de la vida terminamos eligiendo uno de ellos. No hace falta que te diga cuál es el que he elegido: el mismo que jamás le enseñaría a mi nieto.

Me gustaría que, para nosotros, esta carta fuera menos un rodeo que un atajo. Dudo que los dos hubiéramos sabido hablar de todo esto. Espero también que entiendas por qué aquí no he intentado expresar otra clase de cosas, esas mismas que tal vez ahora estés necesitando que te exprese: cuánto te he querido, hijo, cuánto me has importado, son cosas que no pueden redactarse. Especialmente en una nota como esta.

He escrito otras dos cartas. Una es para Miguel. Ya habrás visto los sobres. No abras el del juez ni toques nada más hasta que vengan a buscarme.

Cuédate mucho y cuídame a mi nieto.

Te abraza para siempre,

tu padre

[http://www.?](http://www.)

Más fácil y más rápido.

Haz clic y será tuyo.

Parece que, por fin, Cintia y yo hemos encontrado casa. No ha sido fácil dar con un lugar que nos convenciera a los dos sin exceder nuestro presupuesto, que no daba precisamente para un palacio nazarí.

Para serte sincero, la zona tampoco me encanta. Pero, después de tantos intentos frustrados, prefiero dar por finalizada la búsqueda. El apartamento está al final de la Avenida de la Constitución, bastante cerca de la estación de autobuses. Eso es bueno y malo: bien comunicado, indistinguible. Las calles de ese barrio me parecen intercambiables como el trazado urbano de un videojuego. Si quitaran las placas con los nombres y los números, ningún vecino podría asegurar exactamente cuál es su edificio. Casi todas las tiendas de los alrededores venden las mismas cosas, los bares se imitan entre sí y los transportes son los mismos que llegan al centro. De los vecinos aún no puedo opinar, aunque diría que hay pocos estudiantes, unas cuantas parejas jóvenes, un buen número de familias trabajadoras y algún que otro personaje inquietante.

Ahora bien, el interior es óptimo. Bastante espacioso —de sobra para dos— y con luz natural en la sala y en una de las habitaciones. Hay paredes y rincones ideales para saturarlos de libros, un pasillo con un arco que no sé para qué sirve, un balcón con superficie para docenas de macetas, y una cocina americana en la que caben perfectamente las nalgas de Cintia.

Podría haberme instalado por un tiempo en su casa, pero ella insistió en mudarnos a un lugar neutral: prefería no ver invadidos espacios que habían estado siempre libres. Como por ahora es ella la que tiene un sueldo estable, yo no iba a discutirle ese punto. Haría falta arreglar un poco el baño, pero ya se lo hemos dicho a los propietarios y parece que no habrá problema. Siendo lo más parecido que tengo a una oficina, para mí el baño resulta de máxima importancia.

Por cierto, ¿a que no te imaginas quiénes son los propietarios? Un matrimonio de gentiles cincuentones que, como descubrimos por casualidad, resultaron ser los padres de Andrés: el argentino pedante que no nos caía nada bien, ese que a veces me ofrecía mate. Cuando fuimos a ver el apartamento por segunda vez, él mismo se encargó de abrirnos la puerta. Al verlo asomar

la cabeza, sufrí un serio sobresalto. Hacía mucho que no me lo encontraba. Por inexplicable que resulte, él pareció alegrarse. Nos recibió entre exclamaciones afectadas, nos hizo pasar con cierta ceremonia. Me preguntó por la Facultad y por remotos compañeros. Le contesté sin el menor entusiasmo. Él sí terminó la carrera. Ahora escribe una tesis sobre narrativa argentina y, muy redundantemente, le está dando un enfoque político. Propinándonos una sonrisa detestable, Andrés nos dijo que iba a preparar café. Antes de hacer el recorrido nos sirvió una taza y se empeñó en rememorar obtusas anécdotas universitarias.

Fue de lo más incómodo para mí. Supongo que todavía te acordarás de su aspecto. Delgadez tensa. Estatura tirando a corta (aunque de esto no estoy del todo seguro: ¿no creemos ser siempre más altos que los otros?). Cabeza tan grande como su labia. Sonrisa veloz, un tanto defensiva. Mentón ligeramente erguido. Barba entre bohemia y calculada. Cierta firmeza suave, cierta amabilidad irónica. Mirada de pronto muy directa, de pronto distraída. Tono de voz intenso, que pretende persuadir por las buenas. Y, en general, algo irritante en él. Algo que sin embargo te impide rechazarlo del todo y te genera cierta curiosidad. Eso debió de ser, supongo, lo que le sucedió a Cintia. Sentí que, por un lado, a ella tampoco le caía bien. Que lo encontró desde el principio molesto y presuntuoso. Pero, por otro lado, me temo que la atrajo. No es la clase de hombre que suele gustarle. Y, de todos modos, noté alarmado cómo ella le miraba la boca mientras Andrés hablaba, cómo dejaba que él se le acercase para rozarle un hombro mientras nos explicaba los detalles de la casa. Puesto que sus modales resultaban desesperantemente educados, no me quedó otro remedio que mantener la cortesía, aguantar y odiarlo en silencio.

Al final del recorrido, nos quedamos charlando un rato más. Me vi forzado a aceptar otro café, que él preparó como si fuéramos vecinos toda la vida. Tuve la impresión de que Cintia empezaba a convertirse en dos mujeres simultáneas. Una era mi pareja y me lanzaba discretas miradas de complicidad, propias de quien se sabe en la obligación de soportar a alguien por puro compromiso. La segunda Cintia se dedicaba en cambio, encantadora, a darle conversación a ese imbécil más allá de lo imprescindible y a sonreírle mucho más allá de lo prudente. Cuando él peroraba, ella asentía todo el tiempo. ¿Nos íbamos o no? Llevábamos así como una hora. Poco a poco fui quedando excluido del diálogo entre ambos. Él, mira tú por dónde, entendía de danza. Le fas-ci-na-ban las coreografías de Vandekeybus, qué bien, dame un revólver.

Al despedirnos, tal como sospechaba, Andrés propuso que nos encontrásemos esa noche para cenar. O a lo mejor —me interpeló con repugnante camaradería— para tomarnos unos matecitos en mi casa, ¿eh? Cintia no parecía tener demasiada prisa por rechazar su invitación. Me adelanté y, dándole las gracias, le expliqué que teníamos muchísimo que hacer con la mudanza. Andrés escrutó a Cintia en el centro de los ojos. Ella no los desvió ni un milímetro. Él sugirió que en ese caso intercambiáramos nuestros números para buscar otro momento. Yo me vi sin defensas. Derrotado. No había ninguna excusa para negarse. Espié de reojo a Cintia, inmensa con su cabello despeinado, y sentí que el pecho se me vaciaba. Me preparé para lo peor. Saqué con lentitud el teléfono del bolsillo.

Pero, justo en ese instante, al acariciarme la otra mano, Cintia la notó fría y sudorosa. Entonces me miró, leyéndome. Y sé, sé que comprendió todo. Me apretó la mano. Y, girando la cabeza, le respondió a Andrés que por el momento prefería que nuestras relaciones fueran inmobiliarias.

Comenzaremos la mudanza enseguida. No hay por qué demorarnos. Cuando le di la noticia a mi padre, no intentó retenerme de ninguna manera. No sé cómo —todavía— esperaba otra cosa.

Anoche tuve una pesadilla hermosa. ¿Es eso posible? Fue, digámoslo así, una visita.

Jugaba una partida de ajedrez con el fantasma de mi abuelo José. Estábamos en una habitación en penumbra, atravesada por una rejilla de luces: el suelo era el tablero. Mi abuelo vestía una especie de túnica blanca que, ahora que la visualizo de nuevo, podía ser un uniforme de cirujano exageradamente largo. Su cara quedaba oculta en la zona tenebrosa de la habitación. Yo solo veía sus manos —inconfundibles, ágiles— y el final de sus piernas. Pero sabía que era él. Ninguno de los dos decía una palabra. Movíamos las piezas con una lentitud de otro mundo. Yo me retorcí de ansiedad. Él parecía tranquilo, como si hubiera preparado aquel sueño. Un enorme reloj pendía del techo, imitando una lámpara de araña. El segundero emitía un crujido con eco. Así permanecíamos un rato incalculable, el uno frente al otro, rozándonos las manos al mover las piezas.

Hacia el final del sueño, yo conseguía darle jaque mate. Entonces el fantasma de mi abuelo José surgía de las sombras, acercándose, y lo veía sonreír.

Buenas noches, Marina, si es que en tu mundo hay noches.

[http://www.?](http://www.)
Más fácil y más rápido.
Haz clic y será tuyo.

Hace varios meses que nos hemos mudado. Estamos contentos con el apartamento, a gusto con la luz y con los pocos muebles. El baño, por supuesto, no han venido a arreglarlo. Vivimos bien: comemos cualquier cosa y nos duchamos juntos.

Hasta ahora, la única discusión seria ha sido por culpa de nuestros libros. Cintia insistía en que los colocáramos todos juntos en los anaqueles que había en la casa. Yo no estaba dispuesto a semejante mezcolanza, así que compré unas estanterías nuevas para el pasillo y la segunda habitación. Cintia opina que esa división es absurda. *Brrrrr*. Pero yo considero que hay cosas que resulta peligroso compartir. He aprovechado para clasificar mis libros por géneros, épocas y nacionalidades (¿dónde pondrías a Gombrowicz? ¿Y a Nabokov?). Cada ejemplar tiene su historia íntima, sus accidentes, subrayados y opiniones. Me parece promiscuo que la gente ande confundiendo bibliotecas así como así.

Cintia aún no ha tenido que hacer demasiados viajes, por suerte. Le espera un mes de mayo agotador (temperaturas cálidas, ropa ligera, paisajes idílicos, solteros desesperados), pero para entonces ya estaremos plenamente coordinados. Por mi parte, en la empresa de cortinas me ofrecieron renovar mi contrato por otros tres meses más y fui incapaz de negarme. Cintia insiste en que debería buscarme una academia. Yo le insisto en que juguemos a la lotería.

Me gustaría contarte algo que ocurrió durante la mudanza. Algo que, hasta hoy mismo, me resulta inexplicable. Aunque, en mi vida con Cintia, no tengo demasiado interés en que todas las cosas tengan explicación.

Estábamos desembalando cajas. Anocheceía. Acabábamos de estrenar el apartamento y nos sentíamos eufóricos. Como habíamos cometido la torpeza de no identificar las cajas, cada vez que abríamos una se desvelaba un misterio. Habíamos puesto música bien alta, de esa que te molesta solo cuando la ponen los vecinos. Los canutos habían hecho su trabajo y nos

reíamos por todo. Estaba resultando tan entretenido que, de hecho, nos alegrábamos de no haber organizado mejor la mudanza.

De pronto, al desembalar una de las cajas, apareció en el fondo una máquina de escribir. Dejé de reírme. La alcé despacio y me acerqué a la luz para verla mejor: una Olivetti de color turquesa. La estudié con atención. Era idéntica a la máquina de cinta doble que mi tío Miguel me había regalado a los diez o doce años, esa en la que escribía el diario de la vida que deseaba tener. Hacía media vida que no veía la máquina de mi tío: se había estropeado y mi madre terminó deshaciéndose de ella. O eso me había dicho, al menos. Jamás había vuelto a encontrarme otra tan parecida. Dejé la Olivetti en el suelo e inspeccioné la caja. Ni siquiera recordaba haberla embalado. Cintia había dejado de ocuparse de la suya y me observaba con curiosidad. Le señalé la máquina. Ella asintió sonriente. Me sentí algo mareado. Atónito, le dije:

—Tú has caído del cielo.

Ella me susurró:

—No, no. Yo vengo de la tierra.

Dejamos todo como estaba y nos zambullimos en la cama. De vez en cuando yo le lanzaba a Cintia una mirada inquisitiva, pero solo veía su cara frunciéndose y relajándose, gozando a sus anchas.

No hemos vuelto a mencionar el asunto. Tampoco me he atrevido a probar la máquina. La guardo, cuidadosamente embalada, en uno de los armarios.

[http://www.?](http://www.)
Más fácil y más rápido.
Haz clic y será tuyo.

Mejor empiezo por el principio. Así voy dosificando mi perplejidad.

Era sábado. Cintia estaba de viaje por la Costa Azul. Y, para mi tranquilidad, le había tocado guiar a un grupo de pensionistas.

Como no tenía ganas de comer solo, esa mañana llamé a Paula. Por su tono de voz, creo que la desperté. O quizá los despertara, no sé. Le pregunté si podía ir a su casa. Yo cocino, tú friegas, disparó. Acepté y colgamos.

Cuando llegué a su casa, me pareció que todo estaba demasiado en orden: a Paula le gusta borrar sus huellas. Me dio un beso y me dijo que todavía le quedaba un rato en la cocina. Entonces le pedí permiso para consultar mi correo en su ordenador. Ella se encogió de hombros y, alejándose por el pasillo, murmuró algo que no llegué a escuchar bien.

Mientras mi hermana terminaba de preparar el almuerzo, me senté frente a la pantalla y apareció una ventana con un espacio para introducir la clave del usuario. Resoplé con fastidio. Estaba a punto de levantarme para buscar a Paula, cuando vi un adhesivo amarillo pegado junto al aparato. Tenía una serie de números escrita a mano. Parecía un teléfono. Por si acaso, o por pereza, tecleé la serie. De inmediato se abrió una nueva ventana con el correo personal de mi hermana. Aunque mi verdadera intención era entrar en el mío, comprenderás que no pude evitar pasar los ojos por la bandeja de mensajes. Justo antes de salir, en una especie de visión retrospectiva, me pareció haber leído un nombre y un apellido familiares. Volví a la bandeja de entrada y revisé la columna con los últimos remitentes. No tardé en encontrar lo que buscaba. El nombre era Javier. El apellido era el de Xavi.

No voy a declarar que sentí remordimientos por la intrusión. En determinadas situaciones, la mecánica de la curiosidad es capaz de levantar cualquier carga, incluida la mala conciencia. Así que, con un simple movimiento, pinché el mensaje y se abrió. Contenía un documento adjunto. Bastante largo. Tras ojearlo a toda velocidad, agucé el oído: al otro lado del pasillo seguían sonando los cacharros, los chorros, las sartenes. Entonces reenvié la carta a mi propia dirección, y borré mi reenvío del correo de Paula. Luego me detuve a inspeccionar esa bandeja de mensajes enviados y localicé, almacenado entre otros muchos, uno que Paula le había mandado a Xavi

meses atrás. Contenía otro documento adjunto. Lo reenvié a mi dirección sin leerlo. Volví a eliminar mi rastro, giré la cabeza y me quedé mirando el edificio que se ve desde el dormitorio de mi hermana. Vi un gato posado en la baranda de uno de los balcones, quieto, relamiéndose.

De pronto oí que Paula me llamaba. El gato huyó del balcón. Cerré el correo. Apagué el ordenador y fui a la cocina. Durante la comida no hice ninguna pregunta.

(Estas son las cartas que se cruzaron Paula y Xavi, o al menos las dos que ella ha conservado en la memoria de su correo. Te las copio y pego en el orden en que fueron enviadas. Y te las copio enteras, incluyendo los pasajes que más duelen o mienten).

Mi querido X, ya sé que te debo una explicación. No solo por lo que puedas pensar de mí, sino por lo que yo pensaría de mí misma si no te la diese. Tampoco creas que me resulta fácil. Contigo pocas cosas son fáciles. ¿Debería inventar un gran preámbulo, como seguramente harías tú? No sería capaz. A veces cuesta entenderte. Haces que pasen cosas de las que luego te declaras víctima. No me parece justo.

Yo tampoco puedo dar lecciones de justicia, cierto. Me da vergüenza haberme escapado así de tu casa, esa no es manera de resolver las cosas. Si supieras lo tonta que me sentí tropezándome con todo a medio vestir, intentando encontrar el interruptor de la luz, cayéndome sobre libros, pateando batidoras y cafeteras. Supongo que al día siguiente, cuando te despertaste y viste todo tirado, habrás pensado que me había vuelto loca. Pero yo creo que más bien tuve un ataque de cordura. Tu mundo es otro, Xavi. Y si no tengo razones para juzgarlo, tampoco las tenía para seguir en él. Mientras cerraba la puerta de tu casa, me dije que lo hacía por mis estudios o mi futuro. Ahora, con más calma, pienso que lo hice simplemente por mi salud. Te pido perdón por no haber pensado también en la tuya, y haberte dejado ahí en las condiciones en las que estabas.

Pero alguien tenía que tomar alguna decisión, ¿no te parece? Esa es otra forma de sufrir las consecuencias. Estoy segura de que la conoces bien, de que la habrás estudiado en tus libros y hasta podrías explicármela de maravilla, aunque no sé si la has vivido en primera persona. A ti las iniciativas no te gustan, prefieres el papel de crítico. ¡Qué harás cuando te topes con alguien idéntico!

Como ves, he terminado cayendo en un preámbulo. Lo irónico es que todo esto me saldría mucho mejor cara a cara, pero no es posible porque se trata precisamente de eso, de no vernos más. Sería inútil volver al bar para que hablemos otra vez. Ya lo he intentado y siempre terminas hipnotizándome. Es lamentable que conozca todos tus trucos y no haya averiguado cómo se combaten. Así que renuncio a verte: salgo corriendo, Xavi. Tienes todo el derecho de llamarme miedosa, niñata o lo que quieras. Pero te ruego que, si de verdad no quieres hacerme daño, no me busques. Y preferiría que tampoco me llames más.

Bueno, ¡por lo menos lo he dicho! En mis palabras, no sé, suena todo más tajante de lo que quisiera. Es tan raro. Siempre me pareció que eras invulnerable. Y aquí me veo ahora, intentando no ser demasiado brusca contigo.

Porque, reconozcámoslo, tu situación es grave. En eso tengo que darle la razón a mi hermano, cosa que por suerte hago bastante poco. Siempre me preguntas cómo te ve mi hermano, qué siente. No tengo más remedio que contestarte que él también, a

su manera, está preocupado por ti. A pesar de su costumbre de salir ileso de todo (¿serán así los hombres?), sé que él te tiene cariño y que le duele verte hecho un despojo. Francamente, no sé si podrías desmentirlo.

En fin. Antes de sentarme, me prometí que no iba a desahogarme contigo. Así que es preferible no seguir escribiendo. Habría mucho más que decirte, pero mejor dejo la carta aquí. Temo decir cosas de las que luego me arrepienta. Es un error que cometo a menudo y del que no me siento orgullosa. Aunque lo llames carácter, yo admiro a esas personas que dicen la verdad sin necesidad de ensañarse. Y, claro, sin necesidad de estar ebrias.

Pero estoy ensañándome. Perdóname. De cualquier manera, no habrá más oportunidades para equivocarme. Así debe ser para nosotros, me temo. Te ha querido, te quiere,

P.

(Tres meses y medio más tarde, no sé si respondiendo a este correo o a algún otro, Xavi le adjuntó el texto que te copio debajo. El estilo, digamos, es muy suyo. En cuanto a sus delirios sobre mí, *no comment*).

Tu silencio se vuelve cada vez más absurdo, como si se contestara a sí mismo, insisto en encontrarnos, ya no sirven de nada las cartitas de princesa, y mucho menos ahora, ¿y qué es ahora?, fácil, cuando todas las cartas quedan boca arriba, y la cuestión, mi niña, no es quién tiene un as en la manga sino quién miente primero, pero tú mientes mal, en ese juego pierdes, no me vengas con ejercicios de distancia, puede que nos necesitemos por motivos distintos, eso es irrelevante, digamos que te enamoraste y yo no exactamente, yo te quiero, Paula, como a una casi viuda, ¿se entiende?, lo dudo, o como si quisiera ser un padre pero eso resultara imposible porque te necesito así, un poquito huérfana, y entonces yo tuviera que acostumbrarme a ser más bien tu hermano. Y justo así es como más te quiero, siendo él, en paralelo a él, con-él, supongo que es difícil que lo aceptes hasta el fondo porque yo mismo me pierdo en ese fondo, está oscuro y te da miedo, mira a quién fuiste a pedirle que te defienda de los monstruos, exijo que nos sentemos frente a frente y cada uno juegue sus cartas, es lo más razonable aunque protestes, aprendiz de rebeldías, discípula del no, me gusta tu carácter, esa manera tuya de oponerte, tan diferente de las que dicen no porque se mueren por que les arranquen un sí, juegan a que ese sí no es suyo, a desplazar el léxico, «no» significa «sí pero más tarde», un «sí» demasiado rápido quiere decir «ya veremos». En cambio tus no son no, lo nunca visto, por eso si te insisto no es tanto para que me digas la verdad como para hacerte ver que tu sinceridad se equivoca, que lo mejor sería vernos aunque sea una vez más, si estás furiosa conmigo te falla la puntería, lo único que me daña es la pasividad, no la furia ni el rencor, eso a mí me alimenta, ¿no ves que estoy hecho de eso? Estaba pensando en poner justo aquí un punto y aparte, pero no voy a permitir que te vayas de este párrafo, ¿me oyes?, voy a retenerte en la sintaxis cuanto pueda, en este ovillo de palabras que algo hará, digo yo, para que reflexiones, curiosamente tú me pedías lo mismo, tendrás que disculparme, yo ya he perdido esa capacidad, estoy carcomido, mi niña, los gusanos se comen la manzanita del cerebro, ¿te acuerdas?, te juro que le daría una patada ya mismo a este puto aparato si no fuera mi única alternativa, colgarme el teléfono fue de muy mal gusto, chop, chop, chop, los gusanitos avanzan mucho más rápido si me haces eso, mi estúpida predilecta. Y pese a todo ojalá tu hermano me hiciera al menos eso, colgarme el teléfono, despreciarme, escupirme, molermme a patadas, yo me las arreglaría para disfrutar de toda esa energía, qué demonios puede hacerse con una ausencia, ¿sabes hace ya cuánto que tu hermano y yo no tenemos contacto?, ni una visita al bar, ni una llamada, ni un correo, nada, ni

siquiera me ha devuelto los libros de Lautréamont, fíjate, le presté mi infierno, lo mejor que tenía, nada, nada, yo no pienso ir a buscarlo porque chop, chop, chop, ya no podría resistir su repugnante cortesía, y me alegro de verte, y palmaditas, y rápido que estoy llegando tarde o entro a trabajar o me está esperando Cintia o mañana va a llover o yo qué sé, no pienso ir a buscarlo, sufro mejor así. Y por eso te necesito, Paula, quizás a ti él te escuche, tú que eres transparente como una figurita de cristal, y mucho menos frágil, a lo mejor podrías, hazme ese favor porque tu hermano vive en Babia, siempre ha vivido ahí, escribiendo, imaginándose las cosas, fingiendo no entenderlas del todo para no hacerse cargo, modificando su memoria, ciudadano ilustre de Babia, yo seré un miserable pero tengo intuición, si es que no me la han absorbido los chop chop chop, y esa intuición me dice que él sintió algo, que hubo algo muy cerca y se asustó, para comprobarlo me basta con mirar fijamente esa foto en la que está tan guapo, la media foto que recorté de su ridícula postalita serrana, ¿quién sería esa turista extranjera que se dejaba abrazar por él con gesto incómodo? El muy imbécil, como siempre, se fijó en lo visible, solo le preocupaba la turista de la camiseta blanca, solo prestó atención a la mitad que queda de la foto y no a la mitad que falta, intuyo que eso es algo que a las mujeres os desespera, que no sepamos ver lo que falta, ese vivir pendientes de la mitad equivocada de la vida, como si a todos nos hubieran chop chop chop. Pero sucede que a Net lo adoro así, o lo adoraría, si él se dignara aceptar la realidad, qué hipocresía la mía, me doy asco, hablar de realidades cuando vivo en el fondo, en el subsuelo que diría el ruso, si se dignara, te juro que si lo viera lo ahorcaría, por lo menos entonces tendría que abrir bien esos ojitos suyos y decidirse, qué quieres que te diga, niña transparente, a mí me pasa como al Pozdnyshev del otro ruso, he llegado a la conclusión de que los pactos solo se cumplen si se firman con carne. Tú no eres como yo, vas a salvarte, siempre lo supe y mira que te conozco de lejos, tú tendrías, no sé, ¿unos doce años?, eras tan finita, tan acuática, te conozco de bien lejos y sé cómo se te forma una guirnalda, diría Bradomín, que amaba las sonatas como Tolstói (o esa novelita horrorosa del violinista, imagínate, el pobre la tenía toda subrayada, toma, me dijo Net creyendo que así sonaba moderno, toma, es el libro perfecto para los misóginos), las sonatas de Ludwig o mejor sus cuartetos, sus últimos cuartetos, *allez, la musique!*, infierno vecino, yo que voy a morirme escuchando el 131, tienes, tienes que escucharlo, niña, y yo sé cómo se te forma una guirnalda en las mejillas y otra sobre el vientre, diría Bradomín, eso ya no puedes quitármelo, no puedes. Pero te lo devuelvo igual, el secreto es tuyo, no conviene llevar demasiada carga mientras uno se hunde, ¿no te parece?, hubo una unión distinta entre él y yo, algo instantáneo desde los primeros días de clase en la facultad, facultad va siempre con minúsculas para alguien de mis facultades, desde antes de empezar con el negocio, yo no llevaba demasiado tiempo en la ciudad, me pregunto si alguna vez él te lo habrá contado, o aquella otra noche del ácido y más tarde en su dormitorio, él pidiéndome por favor que lo acostara, que lo ayudara a desvestirse, ¿cómo querías que me quedara cruzado de brazos y no me apretara fuerte contra su espalda? «Rechazad la incredulidad y me complaceréis», el pobre Lautréamont confiaba en la verdad y por eso se desengañó tanto, en el desierto tarde o temprano todos nos rebajamos a traficar con armas, ojalá quisieras entenderlo, ahora me tienes rencor y te lo confieso, Paula, dormí contigo para soñar a tu hermano, para apropiármelo un poco, *l'erreur est la légende douloureuse*, de todas formas qué importa si chop chop etcétera, hermanita de cristal, me gusta tanto ver cómo la luz entra y sale de ti, cómo no te lastima, tampoco olvido tus guirnaldas, no he podido llevármelas pero, créeme, todavía puedo olerlas desde el subsuelo,

X.

Qué te puedo decir. Hace tanto que no veo a Xavi: eso sí es cierto.

Desde que vivimos en esta casa, además, Cintia y yo apenas vamos al centro. Pero, incluso si me decidiese a pasar por el bar, ya no tendría ningún sentido pedirle explicaciones. Escribirle sería suicida. Y por teléfono hay cosas que no pueden hablarse.

Cuando el sábado vi la clave de acceso a mi alcance, pensé que se trataba de un descuido de Paula. Ahora se me ocurre que quizá fuese deliberado. ¿Mi hermana no sabe esconder sus secretos, o esta es su manera de contármelos? Y, en cualquier caso, ¿se calló tantas cosas por discreción? ¿Por mi bien? ¿Por revancha?

Cuánto nos parecemos.

[http://www.?](http://www.)
Más fácil y más rápido.
Haz clic y será tuyo.

C:> La edad inmóvil

Si desea ayuda para hacer algo dentro de Windows, haga clic en Ayuda... Para cambiar entre ventanas, haga clic en el botón que desee... Windows le proporciona diversas maneras de comunicarse con el resto del mundo.

WINDOWS 95, *Instrucciones de uso*

All in all it's just another brick in the wall.

PINK FLOYD, *The Wall*

Te escribo frente a la ventana de la habitación pequeña. Aunque el escritorio da a un patio interior estrecho, la luz del mediodía se las arregla para entrar a raudales. Ya no tengo una piscina que contemplar ni a mi admirado jardinero, así que en estos días de verano estudio las ventanas de los vecinos y las cuerdas de la ropa. Parecen partituras. O un cuaderno a rayas.

Hablar con los vecinos me dice mucho menos de ellos que espiar su ropa tendida. He comprobado que las palabras que cruzo con el prójimo suelen ser una fuente de malentendidos, más que de conocimiento. Su vestimenta, en cambio, resulta transparente (a veces en sentido literal). Me intrigan las diferencias de estilo y antigüedad que existen entre las prendas de cada familia. O, mejor aún, entre los distintos miembros de una misma familia.

La vecina de enfrente, por ejemplo, una señora de cierta edad que vive sola con su marido, acaba de tender unas bragas de proporciones bíblicas. Y un sostén color carne, con borrosos bordados florales, que podría servir perfectamente como un gorro de baño (en rigor, dos). Lo curioso es que él usa unos calzoncillos elásticos, siempre negros o rojos, de lo más modernos. Dudo que una señora de gusto tan recatado aliente a su esposo a arriesgarse con semejantes lencerías. Y, a la inversa, parece improbable que un señor con tanta osadía bajo los pantalones no le haya sugerido otros modelos a su cónyuge. Así que deduzco que, con esos calzoncillos, el caballero intenta complacer (si complacer fuese el verbo) a una mujer mucho más joven que él. Su esposa, por supuesto, se encarga de lavarlos y colgárselos amorosamente.

Más arriba, a la izquierda, hay otra cuerda que pertenece a una estudiante de costumbres bohemias, si se me permite la redundancia. Jamás se asoma a tender antes de medianoche, lo cual me impide apreciarla con la misma nitidez con que observo sus prendas. Su repertorio incluye todo género de camisetas cortas, minúsculos conjuntos, tangas de fantasía y algún que otro ligero de estilo tradicional. Este último detalle me sugiere cierta afición a la filмотeca universitaria. Imagino a mi estudiante como una de esas personas atrevidas que, en el último momento, se retraen por pudor. O al contrario: como uno de esos prodigios que, incluso en los momentos de desenfreno, son capaces de un gesto de elegancia. O en su justo medio: mi vecina pone límites

a su propio descaro, posee un punto de autocontrol que la hace irresistible y desesperante. Sobre todo para esa clase de hombres (aproximadamente todos) que se dejan llevar por el vestuario y, con ejemplar simpleza, esperan encontrar a una mujer lasciva debajo de un vestido corto. Mi vecina es una noctámbula frágil. No hay más que ver esos calcetines con los que, me figuro, duerme cuando está sola: patitos, conejitos, ardillitas. Odia el paternalismo tanto como el frío en los pies.

Un poco más abajo, tres ventanas a la derecha, como cada mañana, una madre acaba de corregir la suciedad de sus retoños. Algunos de ellos, los delatan sus tallas, han dejado de ser niños. ¿Por qué los adolescentes se resisten a encargarse de su ropa? ¿Qué clase de vergüenza los separa de sus propios calzoncillos? El hijo mayor de mi vecina mancha una considerable cantidad. Lo más revelador de alguien es su ropa interior: la suya presenta un sospechoso halo en la parte delantera. ¿Dejará también copiosos rastros informáticos, esconderá revistas en lugares previsibles, se encerrará en el baño durante horas? ¿Sabrá que su madre lee sus calzoncillos?

En el extremo opuesto del patio, en uno de los terceros, un vecino maniático se molesta en alinear todas sus prendas por tamaños, tipos y colores. Jamás una camisa junto a una toalla de mano. Vive solo. No me extraña. ¿Cómo dormir con alguien incapaz de confiar en el azar? Esa ventana me tiene preocupado: por más tiempo que pase montando guardia, nunca logro sorprenderlo en acción. La ropa aparece colgada muy temprano, y a la mañana siguiente ha desaparecido. Mi vecino maniático es un maestro del disimulo. ¿Se trata de un mero caso de sigilo? ¿O quizá de alguien que no debe ser visto?

Te confieso que a veces me cuesta apartar la mirada del otro lado y regresar a mis asuntos, a mis propios objetos. Desde aquí, observados con paciencia, los detalles más triviales se vuelven un misterio irrepetible. Por supuesto procuro, como corresponde, atisbar a la gente mientras se desviste, detectar una espalda furtiva saliendo de la ducha, o atrapar un segundo de lujuria antes de que se cierren las cortinas. Pero, sobre todo, no pierdo la esperanza de presenciar algún día una escena prohibida, algún secreto terrible. Quién no ha soñado inconfesadamente con presenciar un crimen. Cuando espiamos a alguien, ¿acaso no esperamos que, en ese mismo instante, su vida dé un vuelco?

Ciertas noches de cristales turbios, me asomo a la ventana con un cigarrillo (he vuelto a fumar, sí, y lo peor es que Cintia lo ha dejado). Y, mientras espero el final del humo, de pronto siento que estoy a punto de ver

algo que no debo, y es como si regresasen las sirenas que se oían desde mi casa, como si yo fuera parte de una persecución que ignoro o el cómplice casual de algo que no entiendo. Y ya puedo oír un frenazo, adelantarme al bullicio, intuir cómo dos policías bajan de un patrullero, cómo retumban sus pasos, cómo suenan todos los timbres del edificio, y corro a abrir la puerta, bajo las escaleras atropelladamente para gritarles a los policías: Yo he estado allí y lo he visto, por una vez, lo he visto todo. Solo que ahora, en esas noches, alguien enciende una luz a mis espaldas y unos brazos muy suaves, oliendo a ducha fresca, me rodean para rescatarme. Entonces *pluuuummm*.

Como habrás comprobado, voy del patio interior a la pantalla, de las ventanas vecinas a los recuadros de mi ordenador. Y así es como transcurre la vida en las ventanas.

Hace unos días, tras varios intentos fallidos, mi madre vino por fin a conocer la casa. El apartamento le gustó, aunque lamentó que Cintia estuviera de viaje. Para mí fue un alivio: me incomoda verlas juntas. En cuanto me abrazó, tuve la impresión de que mi madre había recuperado su antiguo entusiasmo. Entró dicharachera y maquillada. Elogió cada detalle de la decoración y cada rincón de la vivienda, algunos incluso antes de verlos. También declaró echar de menos los tiempos en que vivíamos juntos. ¡Pero qué mayor te has hecho, tesoro! Yo no estaba seguro de cómo comportarme. Me preguntaba si lo suyo era un rapto de ternura o de ironía.

Al guiar a mi madre por la casa, no sé muy bien por qué, evité mostrarle mis macetas de geranios. Le serví una taza de café y nos pusimos a charlar. Me sentía completamente desentrenado en semejante escenario: ahí estaba mi madre, escuchándome. Le conté lo menos posible con la mayor cortesía. Luego adopté la estrategia de devolverle todas las preguntas, cediéndole la palabra. Ella habló largo rato, con la mayor desenvoltura. Hasta me contó que está planeando casarse con su amante desconocido, si el trámite del divorcio se concreta. Mi madre se reía con cada cosa que ella misma decía. El café le encantó, le encantó.

No sabría decirte cuánto duró su visita. Me sentí todo el tiempo como en una película en la que yo hacía de mí sin demasiado éxito. Nos despedimos lo mejor que supimos, evitando las sobreactuaciones, cosa que le agradecí. Se marchó prometiendo volver la semana que viene, o a más tardar la otra. Yo prometí llamarla la semana que viene, o a más tardar la otra. Cuídate, cuídate. Escuché sus tacones alejándose. Y ya.

Pero adivina qué. Hubo algo más. Después de cerrar la puerta, fui hacia la ventana del balcón y me quedé observando la calle. No tardó mucho en aparecer, cruzando deprisa hacia la acera de enfrente, la espalda de mi madre. La seguí entre geranios. Pude ver cómo, al llegar a la esquina, ella se echaba en brazos de un hombre gordo y alto que la esperaba con las manos hundidas en los bolsillos. Ambos giraron un poco durante su abrazo, y entonces logré distinguir al hombre: era mi tío Miguel. Echaron a andar juntos, unidos por la cintura. Mi madre movía la cabeza y gesticulaba. Mucho después de que salieran de mi campo de visión, yo seguía mirando mi reflejo en el cristal.

La verdad, como siempre, solo deja preguntas. ¿Lo supo mi padre? ¿Cuándo? Y, si es que mi hermana lo sabía, ¿por qué no me dijo nada?

Hablando de Paula, ella se partió de risa cuando le mostré mis macetas. No tiene idea del trabajo que me dan. Temo que las flores se me sequen. Las vigilo sin descanso. Si nos vamos de vacaciones, supongo que se las confiaré a ella. Por el momento, mi hermana afirma seguir sola —salvo alguna que otra noche de fin de semana— y felizmente ocupada consigo misma. No acepta más dinero de mi padre. Sé que mi madre y Paula siguen viéndose a menudo, y que se cuentan cosas que yo nunca sabré. Sobre mi padre, pocas novedades. Trabaja. Existe. Duele.

En cuanto termine estas líneas, habrá que resucitar y preparar el almuerzo. Cintia todavía duerme. La pobre está agotada. ¿Sabrá que, mientras sueña, yo la escribo? Nos quedan estos días de junio para estar juntos, antes de que se marche de nuevo a las Canarias y después a Italia. Es posible que en septiembre nos fuguemos a la playa, para que ella se dore y yo permanezca pálido. Cuando tomo sol, me siento como en ese anuncio donde cuatro rubios juegan al vóley-playa en mitad del Polo. Vistos desde arriba, los jugadores se mueven con armonía y dibujan líneas en la nieve. Están impecablemente bronceados y llevan puestos unos trajes de baño de colores alegres, gorras americanas y gafas de sol. Junto a la red, mientras tanto, un esquimal envuelto en pieles los contempla con envidia. Bien: soy un esquimal en el Mediterráneo. Todo sea por Cintia y sus piernas en la arena. Me gustan las marcas que los trajes de baño dejan en la piel. Hacen que ciertas zonas del cuerpo parezcan más recónditas, y a la vez las subrayan. *Mñaaaauuu*. Solo de pensarlo, me dan ganas de ir a despertarla.

Conservo todas las cartas que te he escrito, de la primera a la última, bajo un título común en la memoria del ordenador. De vez en cuando abro algún

archivo, lo releo y lo retoco. Ahí están contenidos mis recuerdos, invenciones y franquezas. Suman ya unas cuantas páginas, aunque en términos físicos no ocupen más espacio que una brizna. Es fácil que una brizna se extravíe. ¿Cómo será quedarse de golpe sin recuerdos, igual que una pantalla en blanco? Eres el último nombre en tinta negra, Marina. ¿Debería seguir inventándote? Puede que la amnesia no sea un vacío sino el fondo del pozo, lo que sucede cuando se ha recordado demasiado. Si el pasado se te adhiere a la espalda, por mucho que te vuelvas no ves nada. Se me ocurre que te he escrito cartas para olvidarme de ti, cartas para olvidarme.

Mi memoria recuerda, pero miente. Ojalá supiera dejar de recordar como si se tratase de la memoria de otro, de las vidas de otros. Aunque quizás entonces no escribiría nada. Conozco cobardías que refuerzan. Pienso en ti como en una superficie sobre la que proyectar imágenes que nos aluden. Esas imágenes van y vienen por las ventanas de los ojos, las veo emitir luz y desaparecer, venir e irse de nuevo, y así hasta que se apagan.

Es extraño que, como dijo mi padre, el daño nos deje sordos y al mismo tiempo nos abra los ojos, nos vuelva centinelas. Los recuerdos caben en una brizna, pero esa brizna vuela por todas partes, Marina, está en el aire mismo.

Quizás aquella tarde, en Covent Garden, el carrusel estuviera invitándome a subir en marcha.

Hablando de dar vueltas, ¿qué te parece eso de la era de la movilidad? Yo no estaría tan seguro. Podemos verlo todo sin levantarnos. Demasiados transportes como para moverse. En cuanto a los que creen que viajan, suelen seguir quietos por dentro, puedo asegurártelo: mi novia los guía hasta que vuelven a casa.

Más que nosotros, son nuestras palabras las que viajan todo el tiempo. La distancia es la ficción. Tenemos cómo hablarnos, ¿tenemos qué decirnos? Mis palabras, otro ladrillo en la superficie del muro. Todos los lugares son distintos. Todos los lugares son iguales.

De alguna forma, creo que entiendo a Xavi. Quizá no soportó la idea de ser solo un *voyeur* en vez de un visionario. Él, semejante, hermano, tenía razón en una cosa: cuanto más se aleja el veinte, menos falta para el siglo diecinueve. ¿Será que nos persigue el *mal du siècle*? Avanzar es un círculo. Y su centro es intocable.

Me pregunto qué sentiría obedeciendo el impulso de borrar todas mis cartas de la memoria, esas páginas que tal vez se perdieron antes de llegar. Como te decía, hay cobardías que refuerzan, mentiras necesarias. Al fin y al

cabo se trata de una brizna. De un solo movimiento. Un movimiento fácil como el olvido, tan difícil. Fácil como decir: adiós, fantasma.

[http://www.?](http://www.)
Más fácil y más rápido.
Haz clic y será tuyo.

Granada, mayo de 2000-diciembre de 2001
Revisado, diciembre de 2015-enero de 2016

Gratitudes

A Justo Navarro, ventana de tantas cosas. A Roberto Bolaño, a ambos lados de la vida. A Antonio Soler, por sus generosos consejos. A Susana Reisz y Clara Obligado, por enseñarme tanto sobre personajes femeninos. Y a los casuales internautas que me abrieron su mundo de ficciones, que de algún modo está modificando nuestra noción de la memoria y del espacio, nuestro sentido de la vista y de la compañía. ¿Tendrá acaso razón, mañana más que nunca, el poeta Carlos Vitale cuando dejó escrito: «el ojo es el fracaso de la mano»?

A. N.,
abril de 2002